

TENSIONES DE LO COTIDIANO: CONVERSACIONES DE SALA

SIMÓN LÓPEZ VILLAMIL

TRABAJO DE GRADO

Presentado como requisito para optar por el  
Título de Profesional en Estudios Literarios

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
Facultad de Ciencias Sociales  
Carrera de Estudios Literarios  
Bogotá, 2015

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J.

DECANO ACADÉMICO

Germán Rodrigo Mejía Pavony

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Cristo Rafael Figueroa Sánchez

DIRECTOR DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Jaime Alejandro Rodríguez Ruiz

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

Julio Alberto Bejarano Hernández

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

*Dedicado a los Pro, al club del audiolibro y a su miembro difunto.*

## Contenido

<b>Primera Parte: Tensiones de lo cotidiano</b> .....	1
Introducción .....	1
Antecedentes del cuento moderno .....	2
Algunas distinciones teóricas: literatura y lectura .....	5
I. Dos casos ejemplares.....	13
Anton Chéjov .....	14
Franz Kafka.....	16
II. Norteamérica: visiones de la realidad .....	18
El marinero Melville.....	20
Sherwood Anderson.....	22
El vigor de Ernest Hemingway .....	23
Fitzgerald y el desencanto.....	25
J.D. Salinger: lo falso y lo absurdo.....	27
Charles Bukowski: los mundos bajos .....	29
Raymond Carver: las palabras exactas y la ternura. ....	31
III. Latinoamérica: narrativas plurales.....	33
Breve panorama del siglo XIX .....	34
Carrasquilla.....	35
Dos concepciones de la Historia.....	36
Jorge Luis Borges .....	36
Julio Cortázar .....	38
Juan Rulfo.....	39
Monterroso, el breve .....	41
Nutrirse de la experiencia: Julio Ramón Ribeyro.....	43

Caicedo, escritor libertario.....	45
La valentía de Roberto Bolaño .....	46
Tundama Ortiz: desde el cuento hacia el cuento .....	48
Conclusión general: notas y lecciones .....	49
Epílogo: el joven que escribe.....	51
Anexos al libro de cuentos.....	53
Bibliografía .....	73
<b>Segunda Parte: Conversaciones de sala.....</b>	<b>76</b>
Sonrientes, despreocupados .....	80
Zapatos nuevos .....	86
Tocadiscos .....	90
Tranquilo.....	93
La luz de la sala .....	97
Despedida.....	104
Culpa.....	108
La puerta del mundo .....	114
Pingüinos .....	120

## **Primera Parte: Tensiones de lo cotidiano**

### **Introducción**

Esta tesis comprenderá dos partes principalmente. La primera parte estará dedicada a una breve historia del cuento en la modernidad, desde el siglo XIX hasta nuestros días. Comenzará viendo ciertos antecedentes específicos del relato corto en la historia de la humanidad, desde los ritos indígenas y tradicionales, hasta el nacimiento de la modernidad en el cuento con Edgar Poe. Luego, se harán unas cuantas distinciones de los conceptos de lectura y literatura, para guiar al lector en el camino que se quiere trazar en cuanto al género cuentístico. Estas definiciones de varios teóricos son meras abstracciones de lo que luego será ejemplificado con los escritores nombrados. Así, esta historia estará centrada en tres focos, tres tradiciones de la cuentística: la europea, con dos maestros indiscutibles, la norteamericana y la latinoamericana. El análisis de las tradiciones estará distribuido en una comprensión del estilo realista y la importancia de todos los autores en la literatura universal. De esta manera, al final de esta historia se habrá creado un catálogo personal de autores que tenderá a una objetividad remarcada por la elección cuidadosa de todos los autores aquí mencionados.

La segunda parte de la tesis estará conformada por una serie de relatos cotidianos y de la vida en la ciudad y influenciados en su gran mayoría por el estilo realista norteamericano. Nueve historias comprenderán este libro de cuentos, todos contruidos a partir de dos personajes principales, llamados Alberto y Lucía, que dan la idea de una unidad estructural. Cada cuento estará precedido por una pequeña viñeta, iluminación o poema en prosa que transmite tal vez un sentimiento mostrado más adelante en cada cuento. Se dará a conocer una breve y concisa poética de estos cuentos, refiriéndose principalmente varios aspectos estilísticos como el ritmo, la elipsis y el silencio, los finales abruptos y la escritura diaria como método de composición y perfeccionamiento. Se mostrarán también los procesos de escritura, adjuntando borradores y finales alternativos para algunos de los relatos. En los nueve cuentos se podrá ver una escritura desnuda, escueta, con un estilo directo y sin adornos, bastante austera. El objetivo principal será una búsqueda de lo extraño en lo cotidiano.

## Antecedentes del cuento moderno

En tiempos antiguos los relatos contados oralmente tenían un carácter ritual, precisamente porque eran historias de origen que se contaban en el contexto de un culto, donde no todo el mundo estaba autorizado a escuchar lo que se decía. Los ancianos contaban las historias a los jóvenes, esperando que de ellas se sacara alguna enseñanza valiosa para la vida cotidiana. Vladimir Propp anota esto en el último capítulo de su libro *Las raíces históricas del cuento* (1946), hablando del mito como el origen fundamental de lo que hoy conocemos como cuento: “las narraciones se desarrollan junto con el ritual y constituyen una parte imprescindible” (528). Existen, como se indica más adelante, representaciones dramáticas de estas historias, de las cuales no se tienen registro alguno. Estas actuaciones representan una parte importante del desarrollo de la cultura en esas sociedades, ya que llevaban siempre un significado limitado e imprescindible para la comunidad. Es en estas ceremonias donde se transmitía una sabiduría ancestral para cada uno de los miembros, y por esto también eran las historias prohibidas para otras personas extrañas, lo que lleva a eso que Propp llama *profanación* del texto sagrado (534).

El ruso señala que existe una separación esencial que es de alguna manera el surgimiento de todos los relatos artísticos. Es cuando los jóvenes o personas que no están en relación con la tribu tienen acceso a estas historias originarias que hay un cambio en la interpretación de los textos. El cuento es separado de su carácter ritual y es allí donde aparece la historia contemplada únicamente en su carácter narrativo. “El momento de separación del rito es también el comienzo de la historia del cuento maravilloso, mientras que su sincretismo con el rito constituye su prehistoria” (531). Cuando leemos *Popol Vuh* o el mito de Yurupary estamos apelando a su naturaleza artística, pues nosotros no somos parte de la comunidad maya ni amazónica, y solo podemos imaginar cómo existían estos textos en cuanto rituales, pues ya es imposible para nosotros presenciarlos como algo más que arte. Propp indica que esta separación o profanación del relato sagrado no constituya una disminución del texto, “libre [el cuento] de los convencionalismos religiosos, se evade en una libre atmósfera de la creación artística que recibe su impulso de factores sociales [...] y empieza a vivir una existencia exuberante” (531), ya que adquiere nuevas verdades saliendo de su comunidad cerrada y secreta, se eleva hacia diferentes estadios del lenguaje que antes no hubiera podido tener, debido a su restricción como texto sagrado.



Para tomar algunos ejemplos, desde las parábolas de Jesucristo hasta las historias de los jasídicos tienen una importancia artística más allá de su significado religioso. Roberto Juarroz ha tomado en gran medida algunos relatos de la tradición jasídica para relacionar la poesía con lo sagrado. Dice Juarroz, en su texto *Poesía y realidad*: “La realidad produjo al hombre porque algo en ella, en su fondo, misteriosamente, pide historias. O dicho de otro modo, parece haber en lo profundo de lo real un reclamo de narración, de iluminación, de visión y hasta de argumento que los hombres deben proveer, haya o no haya otro sentido” (11). Así, la humanidad está obligada a producir historias aun cuando no exista un significado consistente en donde se pueda justificar la existencia de aquellas ficciones. Jesucristo necesitaba explicar algo que estaba más allá del entendimiento de los hombres, pero con una pequeña enseñanza tenía la capacidad de revelar una sabiduría en las cosas más sencillas de la cotidianidad.

Los chinos de los primeros siglos de nuestra edad colectaban el conocimiento en enciclopedias enormes en donde estaba contenida la memoria de cada dinastía. Había una parte para la poesía, para la filosofía y la historia, pero también existía una pequeña y desdibujada sección que comprendía unos relatos fantásticos que no eran bien mirados, puesto que eran ficticios y nada revelaban sobre la condición humana, eran un simple divertimento. Aquí un ejemplo que evidencia también el carácter de brevedad de las fábulas: “Cuando hay un pelo de un hombre sujeto en el pico de un pájaro que vuela, ese hombre sueña que vuela”<sup>1</sup>. Desde este momento en la historia podemos ver la naturaleza menor del cuento, pues ya que al parecer no tiene que ver con la realidad sino con otras dimensiones del humano, debe ser dejado de lado y ni siquiera propiamente conservado en las grandes enciclopedias de la dinastía.

En la edad media existieron también obras narrativas de carácter breve que pueden ser consideradas como cuentos. Es el caso de *El conde Lucanor* del Infante Don Juan Manuel y *The Canterbury Tales* de Chaucer. El primero tiene una clara propuesta moral, en donde el Conde quiere resolver una duda ética a través de un cuento, contándoselo a su consejero Patronio. Al igual que Chaucer, Don Juan Manuel intenta crear la estructura antes propuesta por el *Decamerón*, una historia dentro del mismo relato. Estos dos casos dan paso para que luego se escriban libros como *El lazarillo de Tormes* que también tiene una estructura episódica en donde

---

<sup>1</sup> Zhang Hua (232-300).

el mismo muchacho hace maldades y travesuras a diferentes personalidades de un pueblito español determinado.

Ya más adelante, en el siglo XVI y XVII vendrían las fábulas y cuentos de hadas de Charles Perrault (1628-1703), marcadas de manera explícita por el folclor y la oralidad, debido a que toma fábulas que no tienen un origen claro, las vuelve a contar como a él le parece, sin ningún rigor claro con texto oral. Sus más conocidos relatos son “El gato con botas”, “Pulgarcito” y “La cenicienta”. Siempre moralizantes, las historias de Perrault son a la vez fantásticas, mostrando personajes hiperbólicos que representan la realidad francesa del siglo XVI. Así también procedió con el español Felix María Samaniego (1745-1801), un poco después. Sus fábulas, escritas en verso pero con una dirección claramente narrativa, apuntaban hacia una crítica de su sociedad, a la vez que una burla de otros fabulistas como Esopo.

Todos los autores que hasta ahora he nombrado se caracterizan por narraciones fantásticas, y llegado a este punto, la figura de Edgar Poe (1809-1849) se hace inminente, pues fue él quien llevó el relato corto a nuevas cumbres que hasta ahora no se conocían, aun manteniéndose en la enorme mayoría de su obra en el género fantástico, si es que ya existía esa distinción. El cuento moderno surge de Edgar Poe. Tanto la estructura como los temas y personajes y el estilo de Poe dan un salto gigantesco hacia una nueva concepción de la poesía y la narrativa, que pasa por alto (al menos en sus relatos) la influencia romántica de su predecesor inconfundible Henry Longfellow. Desde la tan nombrada creación del género policiaco con tres cuentos de inteligencia incomparables, hasta relatos herméticos y misteriosos con un serio reconocimiento de la sociedad autómatas como “El hombre de la multitud” (1840), Poe buscó un nuevo lenguaje con el cual nombrar los problemas que acechaban a la cultura norteamericana de ese momento. Baudelaire refiere a esto en un ensayo llamado “Edgar Allan Poe: Su vida y sus trabajos” (1852): “El americano es un ser positivo, satisfecho de su potencia industrial y algo envidioso del viejo continente. ¿Apiadarse de un poeta a quien el sufrimiento y la soledad podían llevar a la locura? Para eso no tiene tiempo”. La vida de Poe estuvo marcada por la desgracia y la miseria, sus visiones sobre la sociedad de su tiempo eran muy distintas, muy visionarias, muy *reales* como para ser aceptado en el círculo literario estadounidense. Allí también está la razón por la cual Poe se distingue, se separa como predecesor de la narrativa del siglo XX, no solo fantástica.

## **Algunas distinciones teóricas: literatura y lectura**

Es necesario tener en cuenta algunas distinciones teóricas para una mejor comprensión de las concepciones de literatura y escritura que va a ser enunciadas aquí. La definición del lenguaje y los usos que el hombre le ha dado a través de la historia son fundamentales, en tanto vienen de los mismos textos literarios y pueden dar nuevas luces sobre los mismos. De esta manera, intentaré esbozar algunas nociones básicas por medio del análisis de textos teóricos. Primero, me refiero entonces a la definición que en el Renacimiento se tenía de literatura o del acto de la lectura. En su libro *Los géneros del discurso*, Todorov se refiere a una definición de literatura que viene desde el Renacimiento y que su evolución se remite principalmente al siglo XVIII y XIX. Todorov busca desde un comienzo darle a la literatura la connotación de una entidad, una entidad que tiene dos *aprehensiones* principales: la “funcional” y la “estructural”, siendo la primera una definición de lo que la literatura hace en el determinado sistema que es el lenguaje, y la segunda que tiene que ver con las características propias y aplicables a todos los objetos que puedan ser llamados literarios. Todorov dice que lo más fácil sería decir que la literatura solo tiene el componente funcional y que no es posible comprobar que exista el elemento estructural del que se habla. Pero, a través de dos definiciones de literatura que a lo largo del tiempo han existido, intenta probar que puede que sí exista ese *algo* estructural.

La primera definición, que viene desde la antigüedad, hace referencia a la naturaleza imitativa del arte: “el arte es una imitación, diferente según el material que se utilice; la literatura es imitación a través del lenguaje, así como la pintura lo es a través de la imagen” (14). Esa imitación de la que habla Todorov no es simplemente del mundo real, de los objetos materiales, sino también de cosas que aún no existen. La literatura es imitación en tanto ficción. Todorov aborda tangencialmente el hecho de la definición de un texto literario, pues según los ojos del lector, a cualquier texto se le puede atribuir la naturaleza literaria. No se trata tampoco de darle un sentido verdadero o falso a los escritos literarios, sino por el contrario creer en esa naturaleza ficcional en donde la literatura se convierte en una nueva visión de mundo que intenta alejarse de la historia, y así como Aristóteles, citado por el autor, se cree que “la poesía se ocupa más de lo general y la historia de lo particular” (14). Y allí reside otro problema, pues Todorov anota que es mucho más difícil darle a la poesía la connotación de ficción que a una novela o a un cuento, debido precisamente a que “la pregunta no se realiza en la medida misma en que la poesía no cuenta nada, no designa ningún hecho, sino que se contenta, a menudo, con formular una

meditación, una impresión” (15). Allí entonces se plantea que no todos los textos literarios necesariamente tienen que ser ficcionales, mas todas las ficciones tienden a ser leídas como literatura (15).

La segunda definición de literatura, que surge en el siglo XVIII con el clasicismo francés, plantea que esa imitación debe ser artística y debe estar regida, acompañada y justificada por el concepto de lo *bello*. La definición cambia en tanto que la naturaleza del arte debe dejar de ser utilitaria, formativa y educacional y pasar a ser autotélica, creada y orientada hacia sí misma. “La literatura es un lenguaje no instrumental, cuyo valor reside en sí mismo; o como dijo Novalis, en ser «una expresión por la expresión»” (16), el lenguaje de la literatura no se rige ahora por ninguna otra cosa que su misma condición, por las palabras y los significados que estas tienen al momento de ser leídas. Todorov luego expande su texto hacia algunos ejemplos de autores que han intentado, a veces inconscientemente, formular una definición de literatura usando las dos explicaciones anteriores, este es el caso de René Wellek y Northrop Frye.

En otro texto de Todorov, un capítulo del libro *The poetics of prose*, llamado “Lenguaje y literatura”, el autor se refiere constantemente a los estudios de los formalistas rusos y su relación cercana con la lingüística. Victor Shklovski distingue dos tipos de combinaciones en las historias, estudiando la tipología narrativa: “una forma abierta en donde nuevas peripecias siempre pueden ser agregadas al final [...], o una forma cerrada que empieza y termina con el mismo motivo, mientras que adentro del mismo se nos están contando otras historias” (21). A lo que quiere llegar Todorov explicando esto, es que algunas formas narrativas están construidas a través de motivos y configuraciones que vienen directamente de la lingüística. En una definición de literatura más completa se deben tener en cuenta estos impulsos del lenguaje, las diferentes maneras en que la lengua utiliza al hombre para llegar a estados elevados que no tendrían antes ninguna posibilidad de aparecer.

Al igual que Todorov, Raymond Williams hace una pequeña historia sobre las diferentes definiciones de literatura en su texto *Marxismo y literatura*, solo que se concentra más en la dimensión de la lectura, aquello que surgió como una primera propiedad de la palabra como tal, que viene del término *littera*. Williams hace énfasis en que en un comienzo la literatura no se trataba de la producción sino del uso, es decir, se trataba de tomar un texto ya escrito y contemplarlo y analizarlo, mas no la composición formal, como ahora se cree generalmente. Williams dice “La literatura fue todavía, primeramente, la capacidad de leer y la experiencia de

leer, y esto incluía la filosofía, la historia y los ensayos tanto como los poemas” (62). Aquí el autor toca otro punto importante: ¿en dónde se puede trazar una línea clara entre lo que es literatura y lo que no es? Se decía que todo libro impreso era literatura, precisamente debido a su carácter pasivo de lectura, cualquier persona que examinara un texto, de cualquier tema, ya estaba practicando el acto referente a la literatura. Williams refiere también al problema del teatro, pues en tiempos isabelinos los dramas eran exclusivamente creados para su representación mas no para su lectura. Si no estaba escrito, ¿no podía ser considerado como literatura? Es una pregunta que deja Williams.

El autor expone a su vez la evolución desde el concepto de literatura como lectura, diciendo que existen tres principales motores para que haya podido avanzar la entidad literaria en los siglos siguientes al Renacimiento. El gusto y la sensibilidad, la especialización de los trabajos imaginativos y la concepción de la literatura nacional. Los primeros dos elementos tienen que ver con un sentimiento de clase. Son opiniones subjetivas que se convierten en objetivas en cierta clase social, debido a una autoridad que propone ciertas categorías que implican la calidad literaria, separando de esta manera la “gran” literatura de las obras de carácter “menor”. Allí Williams explica cómo esto está relacionado directamente con la concepción de la crítica entendida como glosa o comentario de un texto, teniendo en cuenta claramente la dimensión del gusto y la sensibilidad. Con la crítica se empieza a tener en cuenta entonces al público lector, debido a que los juicios empezaban a tener peso en la decisión de la calidad de la obra.

El llamado “proceso de especialización de la literatura” (64) tiene que ver directamente con el capitalismo, con la especialización del trabajo y la producción de mercancías. Más adelante, en otro capítulo del mismo texto, Williams amplía la noción de la mercancía, diciendo que ésta afecta a los procesos de recepción de los textos. Hay que tener en cuenta que el arte se distingue de los métodos de producción burguesa de una manera radical, debido a que las mercancías son nada más que producción y no creación, que es la naturaleza del arte. Williams hace esta distinción debido a que los estudios formalistas han evadido el tema de separar el arte de la producción. Desde el siglo XIX existió una nueva posición en torno a la estética, la cual “se desplazó desde su sentido de percepción general hacia la categoría especializada de lo «artístico» y lo «bello»” (65). Así cambió también la concepción de literatura, pues ya no era referida simplemente a todos los libros impresos, sino que ahora se añadía una magnitud relacionada con el gusto, dejando de lado algunos textos que pueden ser cuestionablemente

literarios. Es el caso de los mitos, pues siendo éstos ficciones, no entran generalmente en las categorizaciones de obra literaria, pero ¿qué impide al mito ser literatura? Solo cuando es escrito o narrado en poema como las *Metamorfosis* de Ovidio Nasón puede llegar a ser considerado el mito como un proceder diferente al simple hecho de narrar historias del origen del mundo y todas las cosas.

Siguiendo con su lógica, Williams ahonda en el tema de la calidad de la obra, diciendo que existen dos estadios en los cuales se podría ver las “cualidades elevadas” de una obra. Son estas la dimensión imaginativa y la dimensión estética. La primera tiene que ver con el acercamiento que tiene la obra a una verdad “más profunda” que se aleje completamente de las nociones cotidianas y científicas. La segunda, el trato del texto con relación a la forma, a la visión del escritor de un estilo determinado. Estos dos rudimentos son los que permiten en un comienzo a la crítica volver su mirada hacia ciertas obras y a otras no.

El tercer motor del que habla Williams tiene que ver con la idea de *tradición* literaria, en cuanto al carácter nacional de la literatura. Aquí toca el tema de los “valores literarios”, aquellas características que constituyen la grandeza o la calidad última de una obra en específico que pueda representar a una nación o su construcción.

Desde la perspectiva del formalismo ruso, “La teoría del método formal” de Boris Eichenbaum hace una descripción de lo que es la lengua poética y los procedimientos estilísticos de narrativa. A su vez, Roland Barthes, en “El Grado Cero De La Escritura” plantea una separación entre la escritura de la Novela y la escritura poética. Es un tema esencial en los dos textos, por lo que es pertinente hacer apreciaciones acerca de las diferencias y semejanzas que los dos autores tienen en la concepción del lenguaje literario.

Roland Barthes hace una distinción muy clara con respecto a la escritura novelesca y la escritura poética. En cada los dos capítulos que dedica a esta materia, Barthes se empeña en formular ciertas características de la novela y la poesía, para así poder diferenciar más fácilmente estas dos formas de escribir. En una primera instancia, se compara la Novela con la Historia, debido al uso de un tiempo específico llamado pretérito indefinido. Esta forma temporal permite al lector tener una certeza frente al mundo presentado, no tener dudas acerca de la existencia, sino vivir en un universo estable que no se puede venir abajo. Otras formas temporales como el presente simple dan al lector una duda acerca de la existencia de ese mundo descrito, precisamente por la inmediatez del tiempo presente. El pretérito indefinido es una manera por la

cual el autor puede mostrar una ambigüedad en el lenguaje, pues si bien todo lo que dice es mentira, se transforma en verdad en cuanto se devela como arte. El escritor occidental quiere hacer saber que su escritura es arte y no mera imitación de la naturaleza y, por medio de esta ambigüedad en el lenguaje de la novela, logra su cometido de hacer ver al lector que su Novela es arte. Otra estrategia descrita por Barthes y utilizada por los novelistas es la tercera persona. La utilización de un “él” permite crear la misma ambigüedad en torno al arte que se crea con el pretérito indefinido. El “yo” es una manera de hacer que el relato sea menos ambiguo y se torne más hacia un ideal de presentarse como literatura inmediatamente, o por otra parte, también es un medio por el cual se puede destruir ese ideal de ser literatura.

En “La teoría del método formal”, Eichenbaum trata el problema de la prosa desde la noción de motivación. Esto refiere a una construcción que hace el escritor a lo largo del proceso mismo de escritura de la novela, incluyendo de esta manera, unos personajes y en general todos los componentes que habrán de constituir toda la novela al término de la misma. Las motivaciones de una obra literaria tienen que ver entonces con la manera en que se organizan los materiales, se crea un argumento y una trama. Cabe aclarar la diferencia entre estos dos conceptos para poder entender hacia donde dirige el formalismo su análisis. La trama es simplemente una descripción general de los hechos del relato, en cambio, el argumento, que contiene en sí mismo a la trama, es un “procedimiento de composición” mediante el cual el escritor ordena ciertos hechos o desplaza las acciones para hacer más interesante una trama ya construida. En este punto Eichenbaum resume lo que se ha hecho en estudios anteriores acerca de la prosa:

Se ha definido la diferencia que existe entre la noción de argumento como una construcción y la noción de trama como un material; se han descubierto los procedimientos específicos de la composición del argumento; se abrió después una amplia perspectiva para el trabajo dirigido a la historia y a la teoría de la novela (39)

En donde radica la diferencia con las características que Barthes le da a la novela es que los formalistas tratan de describir la construcción del texto por medio de las motivaciones del escritor y los procedimientos que el mismo utiliza para poder subrayar la importancia de una continuidad en la obra. Por esto es que en algún punto Eichenbaum dice que el Quijote no es una novela completamente “motivada”, pues algunos de los hechos están anexados más no pensados estrictamente para el momento en que son narrados. Barthes, más que una descripción de la

construcción del texto, habla de ciertas estrategias que el escritor usa para su beneficio en términos formales. El texto no se construye a partir de estos elementos, son simplemente tácticas usadas para hacer de su obra un texto más creíble pero a la vez falso en su objetivo de mostrarse como arte.

La diferenciación entre la poesía clásica y moderna en Barthes es bastante significativa para entender lo que el autor quería vislumbrar en relación al concepto de poesía que él tenía. En primer lugar, la poesía clásica se fundamenta como una prosa con adornos, siendo estos adornos la rima, el metro y las imágenes, y por oposición, la prosa era poesía sin adornos. Se creía que la escritura poética era una manera de decir de acuerdo con presupuestos ya organizados por otros escritores, es decir, no se trataba de una trasgresión del lenguaje, sino de una expresión bella que se transmitía a través de la palabra escrita. Existe una unidad de significados, en donde todo un poema refiere a un mismo elemento de la naturaleza o a un objeto, más no existe una significación por cada palabra escrita en él. Por esto, se creía tan importante la armonía de las palabras. Existen también ciertas relaciones entre las palabras que se forjan a través de una idea de hacer funcionar una rima o un metro determinado. Por otro lado, y es este el que nos interesa, la poesía moderna trata de construir un pensamiento a través de la escritura, más que reflejar un pensamiento por medio de un poema. Aquí, los poemas dejan de tener significados unitarios, para pasar a tener cada una de las palabras un espesor y una densidad que nos permiten saber que existe una significación determinada para cada palabra. La armonía se rompe y hay un ideal de trasgresión del lenguaje por medio de la creación de palabras no existentes anteriormente. De esta manera, las relaciones con las cosas también se rompen y pasan a existir como elementos secundarios subordinados a la palabra, sobre este tema, Barthes sugiere, en la poesía moderna, a la palabra como una “morada” en donde están contenidos todos otros componentes:

En la poesía moderna, las relaciones sólo son extensiones de la palabra, la Palabra es “morada”, está implantada como orígenes en la prosodia de las funciones comprendidas pero ausentes. Aquí las relaciones fascinan, la Palabra alimenta y colma, como el súbito develamiento de una verdad; decir que esta verdad es de orden poético, es sólo decir que la Palabra poética nunca puede ser falsa porque es total. (52)

Barthes no se centra en elementos formales de la poesía, sino en una diferenciación estricta de lo que era y lo que es. En el caso de los formalistas, no se hace un seguimiento sobre la poesía



clásica o moderna, se habla más generalmente sobre lo que los diferencia a ellos de otros teóricos que han trabajado propiamente el verso, el ritmo, el metro y la sintaxis.

Los formalistas quieren dejar atrás la importancia de la métrica y centrarse esencialmente en el problema del ritmo. No es que se elimine totalmente el estudio del metro, sino que pasa a cumplir un papel secundario en la construcción del verso. Esto ligado a las nociones sintácticas que son inherentes al estudio del verso más generalmente. La sintaxis entonces tiene que ver con la idea de que existe un ritmo determinado del verso que se gesta a través de la construcción que el escritor considera al hacer poesía. Para los formalistas el verso se construye como un “discurso específico, cuyos elementos contribuyen al carácter poético” (42), de manera que se aleja completamente de las concepciones de género que los simbolistas querían unir. Pues si el verso se convierte en ese discurso específico, queda claro que no tiene nada que ver con la escritura de la prosa, ni por su construcción, ni sus motivaciones específicas.

Terry Eagleton, por su parte, en la introducción a su texto *Una introducción a la teoría literaria*, comienza preguntándose por la naturaleza de la literatura, su relación con los sucesos reales y la separación a simple vista arbitraria de ciertos textos que son considerados literarios y otros que no. Eagleton dice que en la Inglaterra del siglo XVI y XVII “la palabra ‘novela’ se empleaba tanto para denotar sucesos reales como ficticios” (11), creando la cuestión primordial de qué textos específicamente se pueden considerar como literarios. Haciendo un panorama general sobre las teorías formalistas, el autor enfatiza la relación de la literatura con un “empleo característico de la lengua”, una extrañeza que se crea en el lector al acercarse a un texto determinado, sin embargo esto no deja de ser un problema porque hay otras disciplinas que pueden reordenar el lenguaje de maneras que puedan extrañar o desacomodar al que lee. Así viene el concepto de la “desautomatización”, en donde los autores buscan violar ciertas normas básicas para su época y de esta manera innovar en términos formales o de contenido, buscan deformar la lengua de forma que sea reveladora o vanguardista (si es el caso). Al igual que lo decía Williams, Eagleton también cree que “el discurso literario aliena o enajena el lenguaje ordinario, pero, paradójicamente, al hacerlo, proporciona una posesión más completa, más íntima de la experiencia” (14). Esta última parte es la más interesante, pues plantea que el lenguaje del común no es suficiente para dar una completa visión de la realidad, la poetización de la existencia lleva al autor a tocar niveles más altos de la experiencia humana, a entender más allá de su propia verdad cotidiana.

Desprendiendo esta idea, Eagleton anota de esta manera que hace mucho tiempo la literatura se desasíó de su componente pragmático, si es que alguna vez tuvo uno. Este tipo de lenguaje no está atado a dar información clara y concisa de ciertos eventos, sino que por el contrario trata de la “rarefacción”, un término que también toma de los formalistas. A su vez, el autor dice que es imposible crear una serie de dictámenes o presupuestos que nos den una visión totalizadora de cada texto literario, así aparezcan características análogas del lenguaje. Por esto, la definición de lo pragmático o no pragmático en la literatura se define por cada época, aunque en la nuestra ya la gran mayoría de textos no tengan un fin práctico (21). Tomando esta inestabilidad de la definición, Eagleton dice: “No existe literatura tomada como un conjunto de obras de valor asegurado e inalterable, caracterizado por ciertas propiedades, intrínsecas y compartidas” (22). ¿No son acaso eso los cánones? ¿De dónde sale entonces la definición de un *clásico*? Me parece que la visión de Eagleton acerca del carácter efímero de las obras es un poco sesgada, no podemos desligarnos de la tradición y tampoco creo que en un futuro otras sociedades vayan a despegarse de Shakespeare. Hay autores y obras que tienden a la inmanencia, por más de que el hombre sea un ser momentáneo.

## I. Dos casos ejemplares

Ahora que se han explicado ciertos criterios sobre el quehacer literario, me dispongo a crear un catálogo de escritores, en su mayoría del siglo XX, que representan de manera clara la evolución del género realista en la forma del relato breve. Trataré tres tradiciones específicas: La europea, la norteamericana y la latinoamericana. El centro de esta tesis está en la selección y el estudio de diferentes maestros del género que bien han contribuido de una u otra manera, o personalmente me han ayudado en mis búsquedas escriturales.

Así, en primer lugar, en la tradición europea existen dos escritores que se destacan como figuras tutelares en el cuento moderno: Franz Kafka y Anton Chéjov. Harold Bloom comenta en *El canon del cuento* (2005) que existen dos tradiciones en las que se podrían dividir las influencias en el género del cuento. Bloom dice: “casi un siglo después de su muerte Chéjov sigue siendo el más influyente de todos los cuentistas. Hay en el cuento una línea alternativa a la de Chéjov y es la tradición iniciada por Kafka y desarrollada por Borges” (137). Los dos personajes seminales y más relevantes en la tradición cuentística son precisamente Kafka y Chéjov, el primero detonando las diferentes perspectivas del relato conjetural, enigmático e increíblemente imaginativo y de un hermetismo privilegiado; y el segundo llevando a nuevos extremos las visiones de la cotidianidad, mostrándole al lector algo que no puede ver. Bloom anota que Chéjov “tiene la facultad de convencerte de que eres capaz de ver algo que de otra forma, sin él, nunca se te mostraría” (138).

Dos personajes más relevantes en la cuentística europea es probable que no existan, y la inclusión en un recuento de la tradición del cuento corto sin ellos estaría incompleta. Chéjov y Kafka, tan distintos entre ellos dos, bien pueden llevar a cuentas esas dos líneas de las que habla Bloom sin ningún problema, pues ya tienen hoy, y desde hace ya muchos años, una calidad mitológica.

## Anton Chéjov

Anton Pavlovich Chéjov nació en enero de 1860. Atendió a una escuela griega en donde aprendió el idioma y su cultura. Su padre a mediados de 1870 tenía dificultades económicas en la ciudad donde vivían, por lo que se mudaron a Moscú en pobreza. Chéjov se quedó para vender todo lo que había quedado de sus vidas y para terminar sus estudios. A finales de 1880 publicó su primer cuento, llamado “Las esposas de los artistas”. Muchos de estos relatos tempranos tienen un tono humorístico y retratan la vida en Moscú. Toda su vida Chéjov practicó su profesión de médico para mantener a su familia, a la vez que el ejercicio literario. En una frase célebre dice “La medicina es mi esposa legítima y la literatura mi amante”. Algunos de sus relatos más conocidos son “El beso” de 1887; “Pabellón No. 6” de 1892 y “La dama del perrito” de 1899. Su última obra es una pieza de teatro llamada *El jardín de los cerezos*, editada en 1903, un año antes de su muerte. Chéjov murió de la enfermedad de su época, la tuberculosis, que padecía desde años antes. Las circunstancias de su fallecimiento fueron ficcionalizadas por Raymond Carver en el cuento “Tres rosas amarillas”.

Luego de muchísimas dificultades para la configuración de un amor aparentemente imposible, Chéjov nos deja con estas últimas frases en el cuento “La dama del perrito”, tal vez su más conocido y difundido: “Y les parecía que pasado algún tiempo más la solución podría encontrarse... Que empezaría entonces una nueva vida maravillosa. Ambos veían, sin embargo, claramente, que el final estaba todavía lejos y que lo más complicado y difícil no había hecho más que empezar” (231). La esperanza todavía está viva aún al final del cuento. La soledad y la tristeza son dos grandes temas de los cuentos del ruso, los personajes todo el tiempo buscan y rebuscan en el mundo aquella persona con la cual podrán vivir una “vida maravillosa”. En muchos cuentos esta ilusión no se cumple, la desilusión es parte de sus vidas. En un relato precioso llamado “Alma de paloma”<sup>2</sup> (1899), Olenka, la protagonista, busca en muchos hombres una manera de crear un nuevo pensamiento que nunca es propio. Es decir, cada opinión que tiene Olenka viene de las visiones del mundo que tiene el hombre con quien se casa. Chéjov habla del *alma* de paloma en tanto que la nobleza de Olenka no parece ser limitada, todo lo que le dice su marido le parece bien y siempre está de acuerdo con todo. En el cuento, Olenka tiene tres

---

<sup>2</sup> Muchas veces se lo ha traducido como “El ángel” o en inglés “The Darling”. “Alma de paloma” es definitivamente la más precisa.

esposos, y por muerte o simplemente aburrimiento, termina sola, pero esta condición es inaceptable para ella. El personaje no soporta la soledad, por lo que se hace cargo al final de un niño que termina pareciendo su hijo, pero el niño crece y la deja también. Todo concluye en que Olenka queda sola y sin qué pensar. Es un relato bastante triste especialmente por la benevolencia de la mujer, pues cada vez que alguien la deja se siente un pesar irremediable, como si una parte de su alma fuera arrancada, como si sus pensamientos y opiniones fueran borradas de nuevo y la única solución fuera encontrar a alguien más. Chéjov, en sus “Consejos para escritores, dice: “Cuando escribo no tengo la impresión de que mis historias sean tristes. En cualquier caso, cuando trabajo estoy siempre de buen humor. Cuanto más alegre es mi vida, más sombríos son los relatos que escribo”.

Chéjov tiene muchos tonos y no simplemente se limita a las historias de amor. Como ya había mencionado, tiene varios relatos cómicos que son cuadros de la vida en la ciudad. Un cuento especialmente maravilloso es “El león y el sol” (1887), que cuenta la historia del alcalde de una ciudad, que en vista de que un turista persa arriba a la ciudad, se empeña en que este último le dé una condecoración que retrata un león y un sol, para así darse más prestigio a sí mismo. El persa no le da nada, y el alcalde se preocupa hasta que encuentra un nuevo deseo: “lo que ahora deseaba era la condecoración serbia de la Tacova. La deseaba apasionadamente, dolorosamente...” (Chéjov, 81). El alcalde solo desea el reconocimiento y la apariencia de importancia, de donde provenga. Este tono de Chéjov no tiene la solemnidad y la adustez de otros muchos cuentos, pero aún así entrega historias simples, cotidianas y bastante cercanas a una visión más real del hombre.

“Es más fácil escribir de Sócrates que de una señorita o de una cocinera”, dice Chéjov en sus “Consejos para escritores”, dando cuenta de su humilde intento de captar los personajes de la cotidianidad más que hablar de los grandes temas que conciernen al hombre en tanto su ser. La dificultad a la que se refiere Chéjov tiene que ver con un anhelo de objetividad, de mostrar las cosas como son y dejar que el lector interprete su verosimilitud y su moralidad. En una carta a A.S. Savourin, quien ataca a Chéjov por el tema de la objetividad, el ruso responde: “Quisieras que al describir unos ladrones de caballos yo dijera: ‘robar caballos está mal’. Pero eso se ha sabido desde hace siglos sin que yo lo dijera. Dejemos que sea el jurado quien los juzgue; yo simplemente me ocupé de mostrar qué tipo de gente son” (Chéjov, 320).

## **Franz Kafka**

Franz Kafka nació en Praga a la altura de 1883, en una familia judía de idioma alemán. Estudió para ser abogado, profesión que desempeñó a lo largo de toda su vida, especializándose en accidentes laborales, una rama del derecho laboralista. De ahí su gran conocimiento de los mecanismos y el funcionamiento del mundo judicial, retratado en gran parte de sus relatos y sus novelas. En estos estudios de derecho conoció a Max Brod. Sus escritos relatan a menudo problemas con el mundo de la ley, con los ejércitos y en realidad cualquier institución gubernamental, aunque nunca poniendo nombres propios. La mayoría de su obra fue publicada de manera póstuma, aun con la quema de sus escritos que Kafka hizo al final de su vida. Escribió fundamentalmente tres novelas: *El proceso* (1925)<sup>3</sup>; *El castillo* (1926) y *América o El desaparecido* (1927). En cuanto a la escritura de cuentos se reconocen “La metamorfosis” (1915), “En la colonia penitenciaria” (1919), “Un artista del hambre” (1922) y “Josefina la cantora o el pueblo de los ratones” (1924). Kafka murió en 1924 de tuberculosis en la laringe, lo que le causaba una imposibilidad para comer.

En una carta a Oscar Pollak, en 1903, Kafka comunica sus preocupaciones sobre la escritura, en general sobre su falta de disciplina y la poca importancia que tienen sus escritos. En alguna parte de esa carta, incluida en *Escritos sobre el arte de escribir* (2003) dice: “el arte tiene más necesidad de la artesanía, que la artesanía del arte” (124). La aplicación todos los días un determinado y amplio espacio de tiempo es lo que importa a Kafka para ser mejor escritor. No se trata del genio creador, se trata del trabajo duro todos los días y en cuanto más se pueda mejor. Kafka trabajó mucho en su literatura y por eso su reconocimiento es más significativo. En otra carta, a la misma persona, anota Kafka: “Resulta que lo más querido que tengo –y por ello lo quiero– solo está frío, a pesar del sol; y sé que dos ojos ajenos harán que todo sea más cálido y vivo cuando lo contemplen” (125). Las reflexiones que tiene sobre el quehacer creativo son iluminadoras para todo escritor que tiene el ego por los cielos o que piensa que es mejor que otros. Kafka era humilde, y la humildad lleva siempre a la grandeza.

En sus relatos breves, aparecen a veces elementos fantásticos como un pájaro que susurra al oído o el insecto Gregorio Samsa. En el universo kafkiano no parecen de esta manera, son del todo naturales y ni siquiera absurdos. Kafka tiene la capacidad de volver lo sobrenatural una

---

<sup>3</sup> Fechas de publicación.

manera de representar lo real, y así podemos contemplar que sus relatos al final son realistas y no tienen nada por fuera del conocimiento humano. “En la colonia penitenciaria” se hace la descripción de un aparato de tortura para aquellos que han infringido la *ley*, un oficial con un tanto de desequilibrio mental opera la máquina y no ha dejado que la destruyan, solo por conservar una vieja costumbre. El mecanismo es algo completamente horripilante, las descripciones de Kafka son tan vívidas que hacer despegarse de la página para imaginar el horror. A esto es a lo que quería llegar. Lo visceral. Kafka consigue causar una impresión al lector que ningún otro autor puede, una compasión o un rechazo total frente a sus personajes. De esta manera, es mucho más emocional que cerebral, por más de que sus temas estén relacionados en su mayoría con el conocimiento. Mostrar lo visceral del hombre a través de las temáticas de lo intelectual es el logro de Kafka.

Uno de esos cuentos memorables de Kafka es “Ante la ley”, incluido primeramente en la novela *El proceso*. La historia relata que un hombre está parado frente a un guardián de una puerta que le permitirá entrar a la Ley. El hombre pasa allí toda su vida hasta que en el momento de su muerte pregunta al guardián “¿cómo es posible entonces que durante tantos años nadie más pretendiera entrar” (Kafka, 1054), refiriéndose al hecho de que nadie más ha tratado de ingresar a la Ley por esa puerta. El guardián le dice que esa puerta era específicamente para él, y ahora que él muere, debe ser cerrada. Este es uno de los relatos más misteriosos y tristes de Kafka, en donde se muestra a la vez la burocracia y la imposibilidad de entender el sistema de la ley, pues nadie parece saber quién lo controla o cuál es la autoridad mayor, como en algún momento dice el guardián de la puerta: “Entre salón y salón también hay guardianes, cada uno más poderoso que el otro. Ya el tercer guardián es tan terrible que no puedo soportar su aspecto” (1053). El hombre en general es incapaz de acceder al sistema, y por tanto es considerado como un ser inferior, al igual que la sensación que concibe el guardián. En este relato de una página, que parece interminable, confluyen los elementos que Kafka evidenciaba con su narrativa, siendo la ley un problema insoluble para el hombre, una entidad tan superior que ni siquiera vale la pena intentar entenderla.

## II. Norteamérica: visiones de la realidad

En la tradición norteamericana existen escritores tan importantes como Edgar Poe, que, como ya había mencionado, cambiaron el panorama del siglo XIX y en general de la narrativa moderna; este es el caso también de Nathaniel Hawthorne, quien exploró al igual que Poe el género fantástico. El último maestro del siglo XIX es Herman Melville, por quien empiezo esta selección dirigida a evidenciar ciertas características de la narrativa realista o que no concibe verdaderamente un ideal de literatura fantástica. Melville pertenece a esta triada pero a la vez se separa, debido a sus experiencias vitales que lo ayudaron a crear una novelística puramente marcada por el ámbito marino. Estos tres escritores son los antecedentes principales de todo el siglo XX, en el que centro mi análisis, pues fue donde más se desarrolló el género del cuento y a la vez se forjaron nuevas perspectivas de la realidad, que ahora era otra, con las nuevas formas de trabajo y las dificultades económicas en la segunda década de ese siglo.

El primer escritor que marcó una diferencia notable en la literatura norteamericana fue Sherwood Anderson, antecedente claro de la “generación perdida”. Anderson quiso escribir de la manera más cruda y cercana posible la realidad de los pueblos pequeños de los Estados Unidos, y de esta manera creo relatos basados en conversaciones entre vecinos y conocidos de familia. Tanto Hemingway como Fitzgerald toman elementos de Anderson, aunque ahora se incluye una visión decadente de la realidad, sobre todo en Fitzgerald, quien ve sociedades desencantadas con su tiempo, queriendo siempre retornar a otro pasado glorioso. En cuanto a Hemingway, maestro indudable del relato corto, también su vida ayudó mucho a la composición de las novelas y cuentos que en ningún sentido quieren dejar la realidad, pues el hombre es demasiado complejo y sus pensamientos vitales son suficientes motivos para crear personajes vigorosos y duros, que están siempre a la merced de una crisis que nunca sucede.

Ya en la mitad del siglo existe una nueva generación más joven pero con visos considerables de las creaciones de Hemingway y Fitzgerald. Es el caso de J.D. Salinger, un completo *outsider* de la sociedad literaria de su momento. Nunca estuvo adscrito a ningún movimiento y sus temas e historias no correspondían con lo que era el sentimiento de la época, el surgimiento de la generación *beat*. Alejado también de la experimentación formal, Salinger juega con los tiempos narrativos y deja siempre alguna duda sobre las acciones de sus personajes. La tradición reconoce a Salinger pero no le da tanta importancia. En mi análisis es un hito fundamental para



entender una nueva visión de la realidad (pues también es Salinger un escritor realista) contemplada desde profundas concepciones religiosas y espirituales que apenas se pueden entrever. En cuando a los dos últimos autores de mi selección en esta porción que comprende Norteamérica, son los antecedentes más próximos a la narrativa que desde hace unos años está surgiendo. Bukowski y Carver hicieron que todos los escritores jóvenes en los ochentas y noventas quisieran escribir como ellos. Bukowski por un lado, trajo a colación los personajes del bajo mundo, personajes sin ningún pudor moral y que a un lector desprevenido pueden polemizar. Nadie había sido tan crudo en las descripciones como Bukowski, el lenguaje violento es su gran fuerte, al igual que el uso magistral de diálogos. Por otro lado, Carver es mi maestro personal. De nadie he aprendido tanto como de él. En sus propias palabras, la ternura que muestra y la delicadeza de sus personajes, terribles y hermosos a la vez, es su logro fundamental. Se puede objetar que faltan aquí algunos autores fundamentales como Faulkner o Steinbeck o Auster, pero también debo dejar en claro que todos los autores nombrados han dejado una marca personal en mi mente, así que una parte de esta selección se debe a motivos sentimentales.

## El mariner Melville

Herman Melville nació en 1819 y vivió sus primeros años en Nueva York, pobre y con poca educación. Se fue al mar en 1839 en una flota mercante a Liverpool. Allí escribió sus primeros libros, antes de la publicación en 1851 de *Moby Dick*, que también surge de sus experiencias como mariner en muchas costas de América y el Reino Unido. Escribiendo su novela más importante tuvo una amistad breve pero significativa con Nathaniel Hawthorne en Massachusetts, centro cultural de Norteamérica en esos tiempos. Melville nunca alcanzó la gloria en vida, *Moby Dick* fue un fracaso editorial. Más tarde escribió relatos cortos como *Bartleby, el escribiente*, en 1853; *Benito Cereno*, en 1855; y cercano a su muerte, *Billy Budd, mariner*, en 1891. Melville murió en su casa de Nueva York en 1892 de una falla cardíaca. Al siguiente día, el New York Times lo nombraba el escritor de *Moby Dick*, solo una evidencia de su invisibilidad en la época. Tres décadas después de su defunción fue recobrado y elevado a nuevos estándares en la literatura, cuando, por ejemplo, D.H. Lawrence publicó *Estudios sobre la literatura clásica norteamericana*.

Los antecedentes de Carver, Salinger, Ribeyro y hasta Murakami remiten al siglo antepasado, a la extraña y perturbadora escritura cuentística de un genio como Melville. Dice Cesare Pavese de los escritores norteamericanos: “ellos si han sabido renovarse, haciendo pasar la cultura por la experiencia primitiva, genuina [...]” (122). Herman Melville funda sus escritos en la experiencia como mariner, en una visión de la realidad primitiva, basada exclusivamente de la vida ordinaria. Un relato como *Bartleby* da claras señales de que no se necesita más que un personaje sentado en un escritorio con una pared de concreto como ventana para crear un cuento extraordinario con unas tensiones y situaciones que rayan en lo absurdo, pero aun retratan la sociedad en su más pura esencia. De tal manera, en Melville hay un ideal de pasar el arte por la vida, de hacer sentir la realidad más común en aquello que puede llegar a convertirse en la obra más grandilocuente. En *Bartleby* hay dos elementos esenciales: lo absurdo del personaje y la naturalidad con que es abordado. “Porque eso está claro, no existe un hombre que no sea capaz de afirmar o negar” apunta Deleuze en su ensayo “Bartleby o la formula”. El “I prefer not to” está vinculado a una transformación del lenguaje que termina siendo irracional, en tanto que no presenta una posición clara sobre su condición en el mundo. Deleuze no cree que exista una negación en la frase repetida por Bartleby, yo diría más bien que hay un completo

desprendimiento del mundo, un ideal de no querer hacer nada, vivir como un fantasma, en un desconocimiento de la propia persona tan recia que parece al final ni siquiera tener una identidad definida. Aquí yace entonces el primer elemento que permite la evolución del relato a través del siglo XX y en esta porción de siglo que hemos vivido hasta ahora, la pérdida de fe en el mundo.

*Bartleby* anuncia y anticipa los ideales de la contemporaneidad de mostrar al hombre en su versión más cercana a la realidad, a veces no de forma literal, sino tomando un aspecto como el hastío de Bartleby, que en ese caso evidencia una crisis existencial de la mente del hombre en relación con su propia vida y la sociedad en la que vive.

## Sherwood Anderson

El subtítulo de su primer colección de relatos llamada *Winesburg, Ohio* dice así: “A group of tales of Ohio small town life”<sup>4</sup>. Con esto predispone al lector en que los cuentos están contruidos a través de una experiencia vivida en un pueblo pequeño de Ohio. Siendo Anderson de ese estado, plasma de manera magistral la vida corriente de algunos personajes comunes que viven alrededor de una misma avenida. Winesburg es claramente ficcional, pero representa la vida norteamericana del campo, la relación con la naturaleza y el apartamiento de las concepciones urbanas de la vida. Pavese dice en un ensayo sobre Anderson que sus cuentos plasman “grandes llanuras entristecidas por la miseria y el trabajo; pequeñas comunidades de comadreo y mezquindad; artesanos que se dan cita en el *drugstore*; el censo; algún vecino ya rico, el *farmer*, mucho trigo, mucho maíz y mucha fruta” (72), y de esta manera Pavese trae a colación que la sociedad norteamericana y campesina presenta una visión mucho más elemental de la existencia, todo está fundamentado en el trabajo de la tierra y una vivencia a simple vista habitual, sin muchas perturbaciones del ambiente. Se trata en Anderson de conversaciones entre los habitantes de este pueblo que no tiene ninguna importancia en el mundo y por esto aparece cerrado, sin ningún elemento exótico ni extraño. Es difícil relacionarse con una visión *tan* norteamericana de la existencia, un universo tan enclaustrado en su propia ficción. A la llamada “generación perdida” esto fue lo que les llamo la atención, un hombre capaz de simplificar el relato a conversaciones banales en una tienda, a la soledad de George Williard en un pueblo que parece mítico, estancado en el tiempo.

---

<sup>4</sup> “Una colección de relatos acerca de la vida en un pueblo de Ohio”. *Winesburg, Ohio*, 1919.

## El vigor de Ernest Hemingway

Ernest Hemingway nació en el verano de 1899, en una pequeña ciudad del estado de Illinois. Participó con apenas dieciocho años del frente italiano en la primera guerra mundial, como conductor de ambulancia. En una batalla fue herido con gravedad y tuvo que regresar a casa. En 1921 se mudó a París con su primera esposa, Hadley Richardson. Sus andanzas en esta ciudad y las relaciones con el grupo de los expatriados norteamericanos se ve retratada en *París era una fiesta* –publicada en 1964, después de su muerte. Su primera colección de relatos, llamada *In our time*, fue publicada en 1925, incluyendo el personaje emblemático de Nick Adams. Regresó a Estados Unidos en el final de 1927, ya con su primera novela publicada, *The sun also rises*, que refleja su hondo amor por España, las corridas de toros y la estética que viene con lo último. Publicó en total siete novelas, de las cuales se destacan *Adiós a las armas* (1929), *Por quien doblan las campanas* (1940) y *El viejo y el mar* (1953), que le mereció el premio Pulitzer en 1953. Hemingway se puso el cañón de su escopeta favorita en la boca y presionó el gatillo en el verano de 1961, en su casa de Idaho.

Las jornadas escriturales de Hemingway constituían una gran parte de la mañana en la mayoría de los casos, pero se podían extender hasta la hora del té, debido a su imposibilidad de cumplir una meta obligada por él mismo. Del trabajo duro y una genialidad poco común podemos contemplar ahora sus relatos cortos que se encuentran en lo más alto de la torre de la historia de la literatura estadounidense. Heinrich Straumann, un estudioso de la literatura norteamericana, dice en su libro *La literatura norteamericana del siglo XX* refiriéndose a Hemingway que “su aparente falta de fe se equilibra con una exposición más honrada de los apetitos básicos del hombre, del ansia de comer, de beber y de tener satisfacción sexual; su conciencia de la muerte y el papel de la violencia en la vida humana se conjugan con un profundo sentimiento de la intensidad de la vida, y la propia desnudez de su estilo se presta a la descripción de símbolos naturales, pero poderosos, en el matiz de cada momento” (125). Se trata entonces de buscar retratar esos aspectos del hombre que son necesarios, aquellos elementos que cada persona tiene en su mente en una u otra circunstancia de la vida y que puede llegar a causar una crisis en tanto ese elemento no se consiga entender o satisfacer. Esa “desnudez de su estilo” es lo que permite ver a los personajes en su esencia más humilde, en la comida y la bebida y la muerte y el sexo

está todo contenido, y por esto es que la naturalidad de estos fundamentos de la vida da al lector una versión cruda y más sentimental de lo que era ser un hombre de esa época.

En “Campamento indio” (1925), un cuento de la primera colección de relatos de Hemingway, Nick Adams es testigo de cómo su padre recibe a un recién nacido en una comunidad indígena. Después sabemos que el padre del bebé se ha suicidado y Nick, siendo todavía un niño, tiene una pequeña reflexión sobre la muerte. La última frase del cuento es: “tan de mañana, en el lago sentado en la proa de aquel bote, mientras su padre remaba, [Nick] tuvo la certeza de que nunca moriría” (Hemingway, 126). Existe un cambio en la concepción del final de los relatos en Hemingway, dejar algo interrumpido, algo incierto para el lector y a veces para el mismo escritor permite ver una innovación en la forma como se termina una historia. Esto ocurre tanto en las novelas como en los cuentos. La respiración suspendida de la historia en el final. Así ocurre en muchos otros cuentos, como en “Un lugar limpio y bien iluminado”, el personaje regresa a su cuarto al final pero no puede dormir, y el lector sospecha que algo no está dicho, que Hemingway ha dejado algo por fuera aún siendo ese el final.

*The Nick Adams Stories* (1972) es una colección que recoge todos los relatos en los que se encuentra el personaje icónico de Hemingway. Si bien estos cuentos no tienen una estructura de progresión narrativa (Nick a veces es niño, a veces adulto, a veces anciano), permite ver la construcción de un personaje de manera magistral. Cada relato nos muestra una nueva faceta de su vida, y de esta manera presenta un universo complejo, paradójico en algunos casos. Evidencian que, además de una manera de estructuración, hay propuesta clara de temáticas y problemas como lo son la vida cotidiana del hombre (masculino), su relación con las mujeres y lo que ocurre en la intimidad, dentro de la casa del ciudadano ordinario, las conversaciones de comedor. En este sentido, es importante resaltar el concepto que tiene Todorov acerca de la verosimilitud. En un capítulo de su libro *Las poéticas de la prosa* (1971), habla de cómo la narrativa debe aproximarse a la verdad, rodearla, intentar producir una impresión de ella, pues no es posible ver la verdad o establecerla, así la “impresión [de verdad] va a ser más fuerte en proporción directa a la habilidad narrativa” (80). Por esto es que Nick Adams es un personaje tan real, como el Quijote o Hamlet, porque se aproxima tanto a la verdad de la vida que podemos contemplarlo desde otro foco en el que ya no está construido por un autor sino que se ha salido de las páginas y camina por el mundo, incluso dejando atrás a quien otrora lo había creado.

## Fitzgerald y el desencanto

Francis Scott Fitzgerald, héroe de la llamada “jazz age”, nació en Minnesota en 1896. Viajó a París, al igual que Hemingway, al inicio de la década del 20, y allí alcanzó su mayor popularidad, debido a la publicación en 1920 de la novela *A este lado del paraíso* y en 1925 de *The great Gatsby*, una historia terrible de amor y desencanto que se desarrolla alrededor de la narración de Nick Carraway y el personaje misterioso y triste de Jay Gatsby. Pudo escribir cuatro novelas y una que quedó incompleta y fue luego publicada de manera póstuma. Luego de eso, en los treinta, poca gente se volvió a interesar en él y se fue a Hollywood a escribir guiones para cine y televisión. De esta experiencia salen los relatos de Pat Hobby en 1941, luego de no haber conseguido escribir más novelas, según Hemingway, a causa de su esposa Zelda. Fitzgerald murió en septiembre de 1941 a causa de un infarto, y con relación directa a sus problemas con el alcohol.

Pat Hobby es un hombre que ha tenido días de gloria en la década de los veinte pero que ahora se ve relegado a trabajar en producciones menores, si es que alguna vez consigue trabajo. Pat Hobby es la representación de la decadencia de todos los valores que en algún tiempo fueron valiosos pero que ahora, como dice Straumann, han sido *derrumbados* por las nuevas generaciones. No es difícil hacer la relación directa de Fitzgerald y ese personaje, él que en algún tiempo también escribió para el cine y ya parecía ser un fantasma de los años veinte. Pat Hobby a ratos tiene conflictos con esas nuevas estrellas que existen en Hollywood, como ejemplo está el cuento “Pat Hobby y Orson Welles” (1940), Welles representando la nueva sociedad que trabaja en el cine con sonido y Hobby evidenciando sus ideas anquilosadas provenientes del cine mudo.

Straumann anota sin embargo que la única novela que sobrevivirá a la historia es *Gatsby*, “y la razón principal de ello es que el autor se basó completamente en el único gran tema que era la experiencia de su vida: la total demolición de los valores ilusorios [...]” (139). En Fitzgerald todos los personajes tienen una serie de esos valores que son de alguna manera irreales, no parecen verdaderos, y esto no significa que las personas en las novelas sean inverosímiles, sino que no hay una moral verdadera a la cual puedan inscribirse.

Es interesante entonces comparar los personajes de la novela de Fitzgerald con el último que creó, teniendo en cuenta los casi quince años que pasaron. Los relatos de Pat Hobby son pesimistas y tristes, hay una constante desilusión y un rechazo hacia todo lo nuevo. En *Gatsby*

hay una mentira constante, la vida de ese hombre rico no es consecuente con su personalidad, eso justificado en el hecho de que nunca aparezca en sus fiestas y se relacione con pocas personas. Gatsby solo usa la riqueza como una manera de impresionar a Daisy, y lo más triste de todo es que funciona, los dos viven entonces en la una vida vacua de fiestas enormes y champaña y almuerzos elegantes. La falsedad de todos los conceptos y los valores del hombre están siempre presentes, retratando de manera acertada a esa generación de la posguerra. Fitzgerald es el representante eterno de la llamada “jazz age”, lo que hiciera después de esos años iba a ser irrelevante para todo el mundo, y eso es lo que le pasa a Pat Hobby, pasar de ser el guionista más famoso a ser usado por los productores como física basura. Aún hoy podemos decir que leemos esos pequeños relatos con gusto, pero nunca se pueden equiparar a la complejidad de un personaje como Jay Gatsby.



## J.D. Salinger: lo falso y lo absurdo

Jerome David Salinger fue un recluso escritor norteamericano nacido en 1919. Creció en Manhattan, de donde sacó la mayoría de temas para sus relatos y su novela, el andar y la conversación de la Nueva York de los cincuenta. Salinger participó en la Segunda Guerra Mundial, en 1945 conoció a Hemingway, quien se impresionó de su talento y dejó una marca en la persona de Salinger. Publicó la mayoría de sus relatos cortos en la revista *The New Yorker* y en 1951 apareció con su novela *The catcher in the rye*, que fue un inmenso hito editorial, causando controversias por sus dudosas posiciones morales y la visión adolescente de la ciudad de Nueva York. Publicó luego otras historias y novellas relacionadas con la familia Glass, una serie de personajes que circundan todos sus relatos de manera bastante sutil. Después de 1965 nadie volvió a saber de él, salvo por su hija Margaret que en 1999 escribió unas memorias de su infancia con su padre. Salinger murió en el 2010 con 91 años, en New Hampshire.

Unos cuantos años después de que Fitzgerald muriera, dejando atrás las ideas de lo veinte (Hemingway ya se había distanciado de eso con múltiples novelas y una *vida*), Salinger aparece en el panorama con esa novela sumamente polémica que cambió la narrativa exactamente en la mitad del siglo. Salinger tiene un nuevo registro, diferente al que llevaban Fitzgerald y Hemingway. El uso del lenguaje cambia. Las groserías aparecen frecuentemente y no hay ya preguntas por lo sublime o reflexiones sobre la muerte demasiado profundas. Claro, sigue habiendo fluidez en las acciones y una simpleza en las situaciones. Pero hay algo más que cambia. Ya no hay hombres duros ni con moral dudosa. Los grandes personajes de Salinger son en su mayoría niños o adolescentes, hombres y mujeres a los cuales no se les puede objetar falta de rectitud moral. Recordemos una frase de *El guardián*<sup>5</sup> entre el centeno que me parece sintetiza mucho el cambio de visión en cuanto a la mentalidad de los personajes: “En mi vida había visto tanto farsante junto, todos fumando como cosacos y comentando la obra en voz muy alta para que los que estaban a su alrededor se dieran cuenta de lo listos que eran” (167). La ardua y minuciosa crítica a la sociedad de las personas más comunes aparece como tema central en la novela y en toda su narrativa. Para Salinger todo y todo el mundo es un *phony*, un farsante, como dice la cita. El mundo es falso. Para Holden Caulfield prácticamente nada en el mundo vale la

---

<sup>5</sup> Nunca me convenció la traducción del título de este libro. No existe palabra en español que designe exactamente “catcher”. Lo más cercano sería “el que atrapa” o “aquel que atrapa”. “Guardián” le da al libro y al personaje principal una connotación que podría no ser la correcta.

pena. Esta primera vision de Salinger se completa con otro tema recurrente en cuanto al estilo y el desarrollo de las narraciones se refiere. Esto es, el absurdo.

“We know the sound of two hands clapping. But what is the sound of one hand clapping?”<sup>6</sup>. Con ese epígrafe se inaugura el libro *Nueve Cuentos* (1953) de J.D. Salinger. El koan zen funciona como una metáfora de lo absurdo a través de todo el libro. Cada cuento parece terminar con un final inesperado, y no por eso como un mecanismo de giro narrativo, sino más bien como una manera de extrañar al lector, hacerlo salir de su zona de comodidad para llegar a causar en él una reacción de desconcierto inmediato frente a lo presentado. Un ejemplo bastante claro ocurre en el cuento “Justo antes de la guerra con los esquimales” de la colección antes nombrada, en donde Ginny, una niña adolescente va a pedirle un dinero que le ha prestado a su amiga Selena. En algún punto del cuento le dan un sándwich de pollo para que lleve a casa y eso luego le traerá un recuerdo, en la última línea del relato: “Pocos años atrás, le había llevado tres días tirar el pollito de Pascua que había encontrado muerto en el serrín del fondo de papelera” (82). Es un recuerdo al parecer efímero, pero que puesto al final del cuento detona una serie de cuestionamientos en el lector. Es absurdo, pero en la corriente de pensamiento de Ginny es perfectamente normal relacionar el sándwich de pollo con un animal muerto de su infancia. Así como el epígrafe, es mirar desde otro ángulo lo más evidente. Salinger deja así los cuentos, en una indeterminación tan grande que se podría no encontrar sentido a lo que se está diciendo, que puede que sea la finalidad última del autor.

---

<sup>6</sup> Conocemos el sonido del aplauso de dos manos. Pero, ¿cuál es el sonido del aplauso de una mano?

## Charles Bukowski: los mundos bajos

Charles Bukowski nació en el occidente alemán en 1919. Sus padres se mudaron a Los Ángeles cuando solo tenía diez años. Muchas veces se quejó del abuso físico de su padre, que supuestamente luego influyó y ayudó a su escritura. Evidencia de esto es el cuento “Hijo de Satanás”. Antes de ejercer una posición de periodista en el periódico Black Sparrow Press fue empleado de un banco, de la oficina postal y brevemente de una fábrica de alimentos. Allí empezó a escribir a tiempo completo. Consumó varias colecciones de poesía y de relatos, pero no fue hasta 1969 que tuvo algún reconocimiento con *Notas de un viejo indecente*, una recopilación de columnas de prensa que denotaban un humor negro y un estilo sencillo y honesto, sin ningún aparente pudor. Años después se convirtió en una figura pública por su desinterés por la decencia y las normas esenciales de la sociedad. Se le considera el padre de ese movimiento al que nadie parece querer adscribirse llamado “realismo sucio”. Bukowski publicó seis novelas entre las que se destacan *La senda del perdedor* (1982) y *Pulp*, publicada el mismo año de su muerte. Bukowski murió de leucemia en la primavera de 1994. Su funeral fue oficiado por monjes budistas.

Fue en la década de los setenta apareció ese término del “realismo sucio”, usado generalmente para describir a los escritores que querían alejarse de reflexiones interiores y metáforas elaboradas. Se quería privilegiar la acción, la historia y de alguna manera mostrar lo más bajo y tal vez desagradable del ser humano. Siempre se ha considerado a Bukowski como una de las influencias de esta corriente literaria. A Raymond Carver, Richard Ford y hasta a Carson McCullers y los escritores del sur se les ha tratado de poner bajo este nombre para reconocer un estilo determinado de escritura, aunque todos hayan negado su relación con el término en algún punto de sus vidas. Así como William Burroughs unos años antes, Bukowski intentaba mostrar a través de sus relatos la gente *low-life*, los drogadictos y los alcohólicos y en muchas ocasiones los vagabundos. De allí que se sienta sucio. El lenguaje de Bukowski es bastante escueto, está plagado de groserías, contemplando la oralidad de la manera más cercana posible. “¿Cuánta mierda tiene que aguantar un hombre solo para sobrevivir?” (1990, 38) dice un hombre cansado de su trabajo, de su jefe y de la vida en general. A Bukowski, como a Burroughs, no le interesa la belleza en tanto que se encuentre en la cotidianidad de los hombres más bajos y miserables de la sociedad. Los *junkies* de Burroughs nunca tienen dinero y siempre quieren más droga, de alguna

manera la encuentran y se estancan en un presente eterno de ilusiones para salir de sus propios problemas, pero sus mentes no son capaces de contemplar una vida afuera de los vicios. En un cuento llamado “La vida de un vagabundo” (1990), Bukowski retrata un día triste y lento de un vagabundo en una ciudad grande. El hombre desgraciado está buscando todo el tiempo alguien que le gaste una copa o que le haga pasar el tiempo de alguna manera. Le ofrecen trabajo pero no lo acepta, es demasiado perezoso como para tener un rigor constante en un empleo. “Como buen gorrón profesional de copas, Harry [el vagabundo] conocía la primera regla: nunca pidas que te inviten. Para los demás la gracia consistía en que estuviera sediento. Si pedía que le invitaran les quitaba el placer de sentirse espléndidos” (25).

## **Raymond Carver: las palabras exactas y la ternura.**

En un pueblo remoto en el norte del estado de Oregon nació Raymond Carver en 1938. Vivió su infancia un poco más arriba, en Washington, de donde se graduó en secundaria y tuvo dos hijos antes de los veinte años. Se mudó a California con su esposa y trabajó en un aserradero, como su padre. Un hecho notable es los numerosos cursos y clases de escritura creativa que tomó a lo largo de sus años jóvenes, donde conoció a personajes como John Gardner y John Cheever, que influenciaron profundamente su pensamiento y escritura. Publicó numerosos relatos y poemas en la revista *Esquire* en los setenta donde conoció a su editor posterior Gordon Lish, pero no fue sino hasta 1976 cuando su primera colección de relatos, *¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor?* vio la luz luego de quince años de correcciones y ediciones. En 1977 conoció a la poeta Tess Gallagher, a quien admiraba por no tener el mismo estilo de todos los estudiantes en esa época, un estilo experimental y fuertemente influenciado por la generación *beat*. Otras de sus colecciones de cuentos son: *¿De qué hablamos cuando hablamos de amor?* (1981), *Catedral* (1983) y *Elephant* (1988), traducida al español como *Tres rosas amarillas*. Carver quedó entre los finalistas para el premio Pulitzer en dos ocasiones, pero nunca llegó a ganarlo. Murió de cáncer de pulmón en 1988.

La primera historia de Raymond Carver aparece en 1961, exactamente ocho años después de la publicación de *Nueve cuentos*. Sin embargo el grueso de su obra pertenece a los años ochenta, a puertas de su muerte. Carver dice que perfeccionando cada frase, esas frases se van convirtiendo poco a poco en narraciones sin aparente orden ni con mucho pensamiento. En el pequeño ensayo “Escribir” (1981), Carver anota: “Durante días y más días, sin embargo, pensé mucho en esa frase. [...] Sabía que la historia se encontraba allí, que de esas palabras brotaba su esencia. Sentí hasta los huesos que a partir de ese comienzo podría crecer, hacerse el cuento, si le dedicaba el tiempo necesario. [...] Después de la primera frase, de esa primera frase escrita una buena mañana, brotaron otras frases complementarias para complementarla” (47). Carver se refiere constantemente en sus escritos medianamente ensayísticos (él no los consideraba como una fuente de conocimiento para otros escritores más jóvenes) a la construcción precisa y consciente de cada frase, a las “palabras exactas y verdaderas” como dice en la “Meditación sobre una frase de santa Teresa” (1988), a ese sentimiento de que cada letra de cada palabra de cada oración tiene un peso exclusivo y calculado en la narración. Así se entiende la manera de proceder en la

escritura de Carver, que a tiempos parece fría pero tiene la capacidad de mostrar escenas tan bellas y tiernas como una pareja bailando luego de una pelea o el recuerdo de un amor juvenil. La escritura de Carver está caracterizada por eso, por una constante preocupación por el “espíritu de las palabras”, esa alma que debe llegar al corazón del lector para conmoverlo y hacerlo sentir algo más allá de un simple significado.

En el final de los cuentos se pueden ver claramente los ideales de cada escritor. En Hemingway hay calma, un diálogo cierra la novela o un pensamiento tan verdadero que hace aparecer una sonrisa leve en el lector. En Carver pasa algo parecido. Hay cuentos que terminan de una manera tan hermosa y simple que no se puede hacer algo más que suspirar. “Harry, tenemos que amarnos –dijo–. Lo que tendremos que hacer es sólo amarnos –dijo” (181). Esa es la última frase de “¿Qué te parece esto?” (1976), un cuento en donde se plantea una mudanza al campo, pero ya estando allí las cosas se empiezan a complicar. La mujer al final dice esto, tienen que *amarse* y todo estará bien. En la misma meditación de la frase de Santa Teresa, Carver habla de la ternura. Dice Carver de Chéjov: “En una alquimia provocadora, Chéjov combina palabras obras para que reconsideremos el origen y la naturaleza de la ternura. ¿De dónde viene? ¿Como acción, sigue moviendo el corazón, incluso si se la abstrae de los motivos humanitarios?”. Esa sonrisa y esa ternura que el relato debe producir en el lector es algo a lo que Carver estaba constantemente buscando, y en todos los casos lo logra, crea escenas memorables e increíblemente simples.

### **III. Latinoamérica: narrativas plurales**

Desde los días de la independencia, la literatura latinoamericana siempre se ha basado en el contexto social para crear sus ficciones. El elemento político e ideológico es fundamental para el desarrollo de una identidad latinoamericana, aunque sea esta basada en la diversidad y la pluralidad de estilos, temáticas y las formas. Las novelas nacionales y formativas con un fuerte carácter moral del siglo XIX empezaron a poner su foco en la cotidianidad que puede expresar fácilmente la totalidad de un sistema político. Cada escritor tiene su manera de presentar los hechos, los problemas y conflictos de tal o cual sociedad se hacen presentes en la escritura debido a nuestra historia de dictaduras y de discusiones políticas de todo tipo. Así, Octavio Paz problematiza las relaciones con los Estados Unidos y los inmigrantes mexicanos, Cortázar las complicaciones con la dictadura en Argentina o José Eustasio Rivera los conflictos en relación con el campo y la explotación de las tierras. La evidencia de esta realidad política y económica está también vinculada con el relato realista. Los autores buscaban contar su propia versión de los sucesos históricos desde una perspectiva específica, propia, pero a la vez objetiva. Existen a su vez otros tantos escritores en el siglo XX que no se acercaron de manera tan explícita a las crisis de su sociedad, sino que por el contrario trataron de enmascarar o velar nombres y lugares para crear un misterio alrededor de sus historias. Es el caso de Juan Rulfo, el maestro del cuento mexicano. Se nombran lugares tan remotos y diminutos que es difícil comprobar su existencia, al igual que el invento de tantos otros pueblos como Luvina y Comala. Rulfo ponía en el papel la miseria, la pobreza del campesino mexicano y la falta de ayuda del gobierno, pero nunca de manera demasiado notoria. Por otro lado, está la narrativa tan extraña y distante de Augusto Monterroso, quien toma en sus fábulas y cuentos referentes europeos, clásicos, que evidencian una clara influencia de otras literaturas más allá de latinoamericana. Monterroso exploró igualmente el campo del minicuento, un subgénero tan valioso en la literatura contemporánea.

Si bien existe una recurrencia en cuanto al tema de lo social, a grande escala, los estilos pueden ser tan crípticos como el de Lezama Lima, o tan simples y cotidianos como el de Juan Rulfo. Los temas también varían con cada escritor, Jorge Luis Borges puede hablar eternamente de espejos, de relojes de arena y de laberintos y a la vez Caicedo está hablando de prostitutas en Cali. Latinoamérica va desde lo realista a lo fantástico, de lo hermético a lo escueto, de lo cotidiano a lo absurdo.

## Breve panorama del siglo XIX

El cuento en el siglo XIX latinoamericano estuvo en gran medida marcado por las influencias europeas del realismo de Balzac y posteriormente, ya hacia el final, de Zola y el naturalismo. Sin embargo, en las primeras décadas del siglo, y con la creación de numerosas revistas literarias, se dieron a conocer voces propias también marcadas en un mínimo sentido por el costumbrismo español. Luis Leal anota en su *Historia del cuento hispanoamericano* que los primeros cuentistas latinoamericanos no eran propiamente creadores sino traductores, y que en muchas ocasiones se les atribuían esas traducciones como si fueran obras propias (21). De allí es que surge esa voz costumbrista de las primeras décadas, aunque los llamados “cuadros de costumbres” no fueran en primera instancia obras ficcionales. Eran, por el contrario, intentos de retratar lo más cerca posible una realidad pintoresca, los hombres y las mujeres de clases bajas y humildes. En este mismo sentido, el mexicano José Luis Martínez explica, en el artículo “Unidad y diversidad”, que el cuadro de costumbres sirvió para dar cuenta de los conflictos sociales y en general para los problemas que se veían en la lucha de clases. “La aún reciente independencia había hecho surgir muchos problemas y había hecho más patentes los conflictos y las desigualdades sociales [...]” (Martínez, 75), y ello ayudó a la creación de relatos de la vida cotidiana con una preocupación social y política.

Leal dice que existe un cambio radical cuando se deja a un lado esta descripción de las costumbres; los escritores empiezan a introducir elementos de ficción para llenar ciertos vacíos en su narración. Son autores como Esteban Echeverría los que intentan ver la realidad como un pretexto para una ficción, y es allí cuando realmente se empieza hablar del texto literario. “Sus producciones son una mezcla de cuadro costumbrista, relato sentimental y reminiscencias personales” (23), argumenta Leal de estos primeros textos, románticos en su esencia, que intentan alejarse de lo puramente anecdótico. Allí empieza lo que él llama la “segunda generación romántica”, que incluye por ejemplo al peruano Ricardo Palma y al ecuatoriano Juan León Mera, entre otros. En esta nueva escritura que es a la vez costumbrista y romántica, ya no hay interés otro que el de crear una pieza artística, el tema de lo social pasa a un segundo plano, pero aún mantienen la noción de tomar un dato histórico –característica de la narrativa de Palma– y darle un giro ficticio o conjetural.

El cambio del romanticismo al realismo es fundamental a mediados de siglo. La influencia de Daudet, Balzac, Pérez Galdós y Maupassant, un tanto después, generan un nuevo interés en los



latinoamericanos en ver más allá de lo pintoresco y lo peculiar del lenguaje. Leal dice que “el cuentista no escoge ahora sus personajes por lo raro de su conducta o de sus costumbres, sino por lo intenso de sus problemas sociales” (34). Aquí se destaca una figura que no siempre se es considerada. Tomás Carrasquilla ayudó al desarrollo de la narrativa costumbrista y a una mezcla verdaderamente sostenible del costumbrismo y el realismo. Dice Leal que “tenía carrasquilla un profundo conocimiento del modo de hablar de la gente del pueblo y gran habilidad para utilizarlos en sus relatos” (37).

### **Carrasquilla**

En una nota autobiográfica de una antología de cuentos suya, Tomás Carrasquilla (1858-1940) habla de sus intereses tardíos por la escritura, su recepción el público de fin de siglo y la aparente humildad con la que describía sus escritos. Carrasquilla “quería probar, solamente, que puede hacerse novela sobre el tema más vulgar y cotidiano” (11), y viendo los apartados anteriores sobre la literatura norteamericana, creo que este es un predecesor del estilo realista en el siglo XX, aunque Carrasquilla siempre estuvo asociado al costumbrismo. Él mismo decía estar intentando separarse de los cuadros de costumbre, diciendo que *Manuela* es simplemente eso. Luego de presentar una modestia falsa acerca de su escritura, llega a proclamarse como el primer escritor de una “novela prosaica” en Colombia. A lo que se refiere con esto tiene que ver también con la cita anterior, en donde él quería mostrar la realidad como *era*, escribir una novela “tomada directamente del natural, sin idealizar en nada la realidad de la vida” (12). Allí empieza un estilo que va a ser tomado después con otros enfoques y diferentes perspectivas, pues hay que tener en cuenta otro elemento de la narrativa de Carrasquilla, el lenguaje sigue siendo intrincado, con cambios en el ordenamiento de las frases y palabras que no son comunes para el lector del siglo XXI, o por lo menos para mí como lector poco instruido en el lenguaje adornado.

## Dos concepciones de la Historia

### Jorge Luis Borges

Jorge Luis Borges nació en Buenos Aires a la altura de 1899. Su infancia estuvo marcada por la lectura de Oscar Wilde y de Shakespeare, convirtiéndolo en un niño prodigo, en una inteligencia incomparable además de una memoria extraordinaria. En los años veinte escribió unos cuantos libros de poemas que luego él mismo condenó e hizo desaparecer, aunque todavía se conservan algunos como *Fervor de Buenos Aires* (1923). La vida de Borges es múltiple y admirable, su oposición a la dictadura de Perón y al comunismo brindó muchas discusiones en su país, siendo una figura tan importante. La bibliografía del argentino se extiende en diversos temas, desde el ensayo hasta pequeñas historias literarias y misceláneas. *Ficciones*, publicado en 1944, sigue siendo un ícono del relato corto en todo el mundo debido a su increíble conocimiento de la humanidad y una perspicacia para encontrar baches en la Historia que se prestan para conjeturas de toda clase, así sean a veces descabelladas. Otros de sus libros fundamentales incluyen la colección de ensayos *Otras inquisiciones* de 1952, la reunión de cuentos cortos *El aleph* de 1949 y *el libro de arena* de 1975. Borges murió en 1986 a causa de un cáncer de hígado y fue enterrado en el cementerio de Ginebra.

Existen diversas y complejas concepciones de la Historia. Algunas sugieren la linealidad del tiempo, una serie de hechos que parecen no haber tenido un comienzo definido y que no sabemos si vayan a terminar. Esto hace preguntar si existe el concepto de infinitud y eternidad, si en realidad el tiempo tuvo un comienzo, si es posible que haya habido un hecho primero que detone toda la historia de la humanidad. La otra concepción que también se ha trabajado es la circularidad, el ciclo del tiempo, unos hechos que ocurren una vez y se repiten en incontables épocas y situaciones. A esto se le ha llamado con frecuencia eterno retorno, dejando así la incertidumbre en el hombre acerca de su propia vida, pues si existe un ciclo de tiempo, significa que alguien ya vivió nuestra vida y nosotros no somos más que una reproducción, una repetición de sucesos. Como una última noción general, existe la teoría de que puede existir una historia simultánea o que en realidad nunca dejó de pasar, como un eco eterno en una montaña, que tuvo un origen pero las paredes de roca nunca dejaron que el sonido se disipara.

Borges quería dar nuevas perspectivas sobre cuestiones antiguas, cuestiones como el tiempo, la historia o la eternidad. Muy pocas veces intentó mostrar la realidad como un hecho plano, quiso siempre buscar lo sobrenatural, las conjeturas que la vida humana y el universo planteaba. Es importante de esta manera resaltar la idea de la Historia y el tiempo, tomando como ejemplo su cuento “Tema del traidor y del héroe” (1944) que trata del bisnieto de un héroe de la patria, un hombre que murió por la revolución, mientras ella se estaba llevando a cabo. Ryan (el bisnieto) empieza a investigar la muerte de su ancestro. Descubre algo que no concuerda con la historia oficial. En realidad Kilpatrick (el bisabuelo) era un traidor de la revolución y fue condenado a muerte, pero debido a su buena imagen en el pueblo irlandés, se elabora una pantomima para que las gentes creyesen que Kilpatrick había muerto de manera honrosa y no como un traidor. Ese es el argumento que se imagina Borges. Las reflexiones alrededor de estos hechos son también interesantes. El narrador del cuento hace notar ciertas similitudes entre la vida de Kilpatrick y la vida de Julio César, el emperador Romano. La historia entonces se repite. A César le llegó una carta que no alcanzó a leer anunciando que lo iban a matar en cuanto fuera al lugar designado. Una torre en la ciudad en donde nació Kilpatrick fue incendiada la noche anterior a su muerte, otra señal cruzada que nunca el irlandés llegó a saber. Dice el narrador: “Esos paralelismos (y otros) de la historia de César y de la historia de un conspirador irlandés inducen a Ryan a suponer una secreta forma del tiempo, un dibujo de líneas que se repiten” (148). Este es solo un primer aspecto del cuento, que tiene muchas aristas en cuanto al evento dramático y la idea de que la historia copia a la literatura. La historia paralela, esa que existe en dos lugares en diferentes tiempos, es la que plantea Borges. Cortázar, por otro lado, busca ilustrar una historia también paralela pero que no cesa de existir, es decir, puede estar pasando en este momento cuando todavía no acababa de pasar en tiempos pasados. El instante eterno de la historia.

## Julio Cortázar

La familia Cortázar deambuló unos cuantos años después del nacimiento de Julio en 1914 en un barrio de Bruselas. Un año después de acabada la Primera Guerra Mundial se asentaron en Buenos Aires. Pasó su infancia allí y fue profesor por unos años hasta que en 1951 emigró a París y en ese mismo año apareció *Bestiario*, su primera compilación de cuentos cortos, de donde se reconoce el famoso relato “Casa Tomada”. En Francia escribió la gran mayoría de su prosa más importante, publicando en el año de 1963 la que sería una de las novelas latinoamericanas por excelencia: *Rayuela*. La experimentación formal y lingüística son características de este libro, que hace un paisaje de París alrededor del llamado “El club de la serpiente”, un grupo de escritores, artistas y músicos que se reunían para discutir temas intelectuales y a escuchar música y tomar alcohol. En 1981 decidió pedir la nacionalidad francesa como un modo de reprobación al gobierno argentino de esa época. Se reconoce dentro de su obra *Historia de cronopios y famas* (1962); *Todos los fuegos el fuego* (1966) y *62 modelos para armar* (1968). Cortázar murió en París en 1984 y es uno de los varios escritores e intelectuales enterrados en el cementerio de Montparnasse.

El relato de Cortázar llamado “Todos los fuegos el fuego” (1966), busca mostrar –en lo fantástico– como la historia es simultánea y siempre fija, por más de que la época cambie y los personajes sean otros. El argumento del cuento de Cortázar es sencillo. Una mujer está enamorada de un gladiador pero es esposa del procónsul romano. Este último organiza un espectáculo e invita a su mujer para hacerla sentir mal. Matan al gladiador y en la arena un fuego se expande; allí mueren la mujer y el procónsul. Por otro lado, está la historia de Roland y Jeanne, que son una pareja del siglo XX. Están hablando por teléfono y Roland engaña a Jeanne con otra mujer. Al final se queman también en una habitación cerrada. Lo interesante de este cuento es como las historias se conectan y de ahí el nombre del cuento, pues el fuego romano es el mismo que ahora, pues de hecho nunca se extinguió, sigue allí presente. Algo más de la forma del cuento es que en el último párrafo las historias se confunden, es casi como si los diálogos de una escena complementaran los de la otra. Cortázar entonces nos lleva a pensar que los temas del amor y la venganza y los celos se presentan en la historia sin diferencia alguna, tomando el fuego como metáfora de la “eternidad” de los problemas de la humanidad.

## Juan Rulfo

El mexicano Juan Rulfo nació en mayo de 1917. Sus primeras labores literarias empezaron alrededor de 1934 en la revista *América*. Allí publicó más tarde la mayoría de los relatos que harían parte de la colección *El llano en llamas* (1953). También se dedicó a la fotografía y luego de definitivamente abandonar la escritura literaria fue guionista de cine por varios años. Publicó en 1955 su novela definitiva y única, *Pedro Páramo*, que muestra una idea del campo y la miseria de un pueblo en donde sus habitantes son fantasmas. En ese libro se contempla la idea de un pueblo fantástico llamado Comala, que guarda alguna semejanza con el posterior Macondo. Desde 1962 hasta el año de su muerte, Rulfo trabajó en el Instituto Nacional Para Indígenas. Murió de cáncer de pulmón en 1986, luego de haber dejado dos libros esenciales y una novela más, llamada *El gallo de oro* (1980).

La decisión de Rulfo de abstenerse de la publicación, lo cual no significa en ningún sentido dejar de escribir, marca una posición bastante valiente y sensata<sup>7</sup>. Vale la pena recordar esa historia en México para entender las razones de Rulfo para no querer seguir escribiendo. Enrique Vila-Matas hace notar que Rulfo al parecer se mantuvo en silencio hasta el final de sus días debido a que su tío Celerino se le había muerto, y él era quien le contaba todas las historias, que de paso son todas mentiras. Allí se encuentra la magia de Rulfo. De la oralidad del campesino o del personaje más ordinario puede encontrar una historia simple y muy hermosa. Rulfo tiene la capacidad de conmover al lector haciéndole saber las desgracias que el pueblo mexicano ha tenido que pasar. No es un ámbito urbano en ningún sentido, por el contrario las historias están siempre situadas en pueblillos que parecen a momentos un tanto míticos.

Un ejemplo clarísimo de las desgracias del mexicano y sus relaciones conflictivas con los Estados Unidos es “Paso del Norte” (1953). El diálogo entre padre e hijo en el cuento comienza con una necesidad explícita de este último de salir de la miseria y buscar otras oportunidades al otro lado del río. En este principio, el hijo toma una conciencia de su propio ser (la miseria) para

---

<sup>7</sup> Enrique Vila-Matas apunta que Rulfo es uno de los escritores con el síndrome de Bartleby, aquellos que prefieren no hacer algo por una razón determinada. Según Vila-Matas, tanto Rulfo como Monterroso fueron copistas alguna vez y tendían a comportarse más o menos como Bartleby: “Y luego me da por recordar una historia de copistas en México: la de Juan Rulfo y Augusto Monterroso, que durante años fueron escribientes en una tenebrosa oficina en la que, según mis noticias, se comportaban siempre como puros bartlebys, le tenían miedo al jefe porque éste tenía la manía de estrechar la mano de sus empleados cada día al terminar la jornada. Rulfo y Monterroso, copistas en Ciudad de México, se escondían muchas veces detrás de una columna porque pensaban que el jefe no quería despedirse de ellos sino *despedirles* para siempre”.

contemplarse ahora en relación con el otro (la abundancia prometida), que literalmente (geográficamente) se encuentra en otro lugar. En Rulfo hay una verdadera mirada interna y de disgusto frente a eso que se está viviendo, “la semana pasada no conseguimos pa comer y en la antepasada comimos puros quelites. Hay hambre, padre [...]” (Rulfo, 117). El joven piensa que irse al Norte le traerá nuevas posibilidades de ganar dinero. La visión del padre está centrada en un pensamiento de la miseria muy diferente a la de su hijo, pero de cualquier manera busca una solución que lo mantenga en donde viven, dice el padre “Trabajando se come y comiendo se vive. Apréndete mi sabiduría” (119). La discusión se prolonga con otros temas como la crianza y las maneras diferentes de existir que tienen ellos dos. En el cuento no hay una imagen única de lo que es el mexicano, porque las generaciones son una evidencia bastante clara de los ideales que en diferentes épocas existen.

Claro, la historia sigue al joven y esto hace pensar que Rulfo se quiere concentrar más en este tema que en mostrar la cara del padre que no cree en las promesas que ve su hijo en el viaje al Norte. Es interesante en esta relación familiar que el padre quiere desentenderse de su hijo una vez se vaya, en un comienzo no quiere tener ninguna responsabilidad que lo ate a esas alturas de su vida. De alguna manera está tratando de negarlo por irse a otro lugar, pero luego sabemos que si acepta (de mala gana) a los hijos. La visión del país que tiene Rulfo tiene entonces dos vertientes representada cada una en uno de los personajes: la vía del progreso a través de la búsqueda de nuevas oportunidades y una versión más mesurada que no cree que ir al extranjero lleve a buenas cosas. La imagen del país en un comienzo se ve elevada por el hijo, Estados Unidos es una tierra para ganar dinero, además de tener más tecnologías y desarrollo económico. Alguien trae un objeto nuevo y los otros lo aprecian y quieren siempre más de eso. Una segunda imagen viene después en relato es parecida a la anterior, en tanto que muestra la diversificación del trabajo que puede haber una vez se llegue a Estados Unidos. En algún punto le dicen al joven, cuando ya se ha ido: “No, no vas a ir a Tejas. ¿Has oído hablar de Oregón? Bien, dile a él que quieres ir a Oregón. A cosechar manzanas, eso es, nada de algodones. [...] Y si no quieres cosechar manzanas, te pones a pegar durmientes. Eso deja más y es más durable. Volverás con muchos dólares” (121). Las visiones de Rulfo tuvieron un gran impacto para las generaciones siguientes, debido a lo descarnado de sus relatos y su percepción tan acertada de lo que eran las relaciones con el Norte, como muestra ese relato maravilloso.

## Monterroso, el breve

Augusto Monterroso fue un escritor hondureño nacido en el año de 1921. Desde muy pequeño vivió en Guatemala debido a que su padre era de allá, por lo que Monterroso consideró a este su país, pues de Honduras no tenía muchos recuerdos. Estuvo vinculado más tarde en la revolución en contra de Jorge Ubico, en la cual fue detenido y mandado a prisión. Monterroso pidió asilo en México y allí se estableció hasta 1953. Comenzó a publicar alrededor de 1959 en ese mismo país. De ese año es su primer libro de relatos breves, llamado *Obras completas*, un título que ya anunciaba su profunda ironía frente a los estamentos literarios. Diez años después, en 1969, apareció el que es considerado su libro más importante: *La oveja negra*, que recoge múltiples fábulas de animales hablantes que no superan las tres páginas de extensión. Este es el rasgo que caracteriza la narrativa de Monterroso, la brevedad como manera de expresar lo más complejo del universo. Publicó libros de crítica literaria, ensayos y otras colecciones de cuentos como *Movimiento perpetuo* en 1972 y *La palabra mágica* en 1983. Monterroso murió en México en el 2003, de un paro cardíaco.

La brevedad de Monterroso indica un cambio en la forma que bien podría venir de los relatos cortos de Kafka o incluso de la influencia oriental y el haiku. Dejar de decir muchas cosas para hacer florecer en el relato toda una cantidad de conceptos y relaciones intra y extratextuales es el método de la escritura de Monterroso, así como también se veía en Carver y Hemingway un interés por la sugerencia y un cambio en el foco del narrador, en donde no se muestra tal vez lo más importante para que el lector pueda deducir lo que se está diciendo, aún después de haber terminado de leer el relato. Monterroso dice sobre la brevedad, en su “Decálogo del escritor” (1978), que “lo que puedas decir con cien palabras dilo con cien palabras; lo que con una, con una. No emplees nunca el término medio; así, jamás escribas nada con cincuenta palabras”. Con su tono irónico eterno plantea esa exactitud de las palabras, esa necesidad de cortar y dejar la historia en su mínima expresión para garantizar un significado mucho mayor a la cantidad de palabras utilizadas. De allí que se vean las relaciones con el haiku, un tema al cual Monterroso no es extraño. El haiku pretende, en su estructura más común, presentar una imagen en el primer verso, expandirla en el segundo y por último, la condensación. Se puede entonces equiparar esta estructura básica a los cuentos de Monterroso. Aquí un ejemplo, *La tortuga y Aquiles* (1969): “Por fin, según el cable, la semana pasada la tortuga llegó a la meta. En rueda de prensa declaró

modestamente que siempre temió perder, pues su contrincante le pisó todo el tiempo los talones. En efecto, una diezmiltrillonésima de segundo después, como una flecha y maldiciendo a Zenón de Elea, llegó Aquiles” (35). La explicación está al final, a la manera del *punchline* en un chiste. La brevedad permite la concreción y un pensamiento encerrado que puede detonar millones de significados en la mente del lector.

Con un enfoque filosófico y hermético, se separa un poco de ese uso del contexto social, de denunciar los problemas que tiene su país, aunque sin duda están implícitos en algunos de sus cuentos y fábulas. Monterroso no se acerca tanto al lenguaje cotidiano o a los personajes de su propia vida, trata de imaginar y crear ficciones acerca de personajes de la historia que fueron relevantes y representan un misterio para el escritor por las condiciones en las que vivieron. Por esto tienen cabida reflexiones filosóficas o paradojas que existieron en la Historia. Monterroso tiende a usar el lenguaje referencial como manera de dirigirse a su público, hay siempre que tener un conocimiento previo de la referencia que está dando para poder comprender el relato en su totalidad, aunque él mismo dice en el decálogo sobre la escritura de cuentos: “Trata de decir las cosas de manera que el lector sienta siempre que en el fondo es tanto o más inteligente que tú. De vez en cuando procura que efectivamente lo sea; pero para lograr eso tendrás que ser más inteligente que él”. Ser más inteligente que el lector. De allí la brevedad, de allí no decir mucho y velar todas las cosas en el vehículo del minicuento. Monterroso es más inteligente que nosotros, en tanto que pudo usar una forma de escribir que intrigara a los lectores y dejara en ellos un sabor amargo o una sonrisa irónica por su ingenio. No es Monterroso un personaje representativo de la narrativa “realista”, pero su escritura fue tan importante, innovadora y relevante en la historia de América Latina, que dejarlo por fuera de cualquier reflexión sobre la literatura en este continente sería francamente inaceptable.



## Nutrirse de la experiencia: Julio Ramón Ribeyro

Julio Ramón Ribeyro nació en Lima el último día de agosto de 1929. Fue el tercero de cuatro hermanos, en una familia de clase media. Ribeyro estudió letras en la Pontificia Universidad Católica Del Perú entre 1946 y 1952, periodo en el cual publicó sus primeros cuentos y ganó una beca que le permitió viajar a Barcelona. El peruano perteneció a la llamada “generación del 50”, un colectivo de escritores que estaban influenciados indudablemente por la “generación perdida” y en general la narrativa norteamericana. Tuvo una amistad breve con Mario Vargas Llosa, que luego terminó con algunos comentarios políticos desagradables por parte y parte. Su primera colección de relatos apareció en 1955 con el nombre de *Gallinazos sin plumas*, que comprendía ocho cuentos. Escribió a su vez tres novelas y algunas obras de teatro, pero su relevancia literaria se encuentra en sus cuentos cortos, ahora reunidos en *La palabra del mudo*, una recopilación que él mismo inició en 1974. Ribeyro murió en 1994 a causa de un tumor.

Así como Pavese decía de Melville que la vida venía primero y la cultura después, Julio Ramón Ribeyro dice de su escritura: “Uno está nutrido de los autores que ama, de los que algo o mucho toma y aprende, pero sobre todo está nutrido de su propia experiencia. [...] Mis cuentos, al menos así lo creo, son el espejo de mi propia vida.” (9). De nuevo vemos como el escritor, de sus experiencias vivenciales puede llegar a crear ficciones basadas en acontecimientos, personas o incluso rasgos vagos sobre la existencia individual. Así, Hemingway escribía sobre la guerra, Borges sobre los libros y Melville sobre el mar y los viajes. Esa cita viene de la introducción a sus cuentos completos, en donde también escribe algunos preceptos sobre la escritura en forma de decálogo. De allí destaco el número cinco: “El estilo del cuento debe ser directo, sencillo, sin ornamentos ni digresiones. Dejemos eso para la poesía o la novela” (11). Nada más cierto. Las frases cortas, la consecución de acciones sin demasiada reflexión ni monólogos interiores serían los elementos que mejor describirían los textos de Ribeyro, maestro prolífico del cuento corto. Al peruano no parece interesarle mostrar las condiciones sociales de su país, “tampoco me preocupa que mis cuentos no reflejen las mutaciones sufridas por el Perú en los últimos veinte años. Escribir sobre lo actual, sobre lo inmediato, es importante pero no indispensable” (Ribeyro, 10).

Esto último es claro en la narrativa de Ribeyro, no se trata generalmente de una crítica a la sociedad peruana, sino que el foco está puesto en simplemente contar historias, nada más. El primer cuento publicado de Ribeyro fue “La vida gris” (1949), nunca incluido en ninguno de sus

libros siguientes. La construcción del cuento es sencilla, un hombre que nunca se destacó en nada, nunca hizo nada importante con su vida, no tenía una apariencia física interesante ni nada por el estilo. La genialidad del cuento está en este fragmento:

El único hecho prominente de su vida, fue un terminal que agarró en el sorteo de Fiestas Patrias: obtuvo quinientos soles. Era justo que esto sucediera en su existencia: de lo contrario su vida habría sido tan absolutamente mediocre, que se hubiera convertido en un caso interesante, excepcional de mediocridad, y en consecuencia hubiera dejado de ser mediocre, puesto que ya era interesante. (18)

En medio de la mediocridad, Ribeyro encuentra una manera de ser, como decía Monterroso, más inteligente que el lector. Esta narración de la vida de un hombre invisible es fascinante, no se le puede atribuir un argumento definido y en realidad no hay acciones propiamente, solo descripciones varias de lo que fue ese sujeto, no tiene ni principio ni fin y puede ser tomado hasta como un Bartleby, en tanto que no hace nada por su vida y tampoco quiere hacerlo. También es un personaje absurdo pero que encontramos completamente verosímil por las descripciones detalladas de Ribeyro. Solo con este ejemplo se puede afirmar la importancia del peruano en la evolución del relato contemporáneo, en tanto que busco nuevas maneras de narrar sin salirse de la realidad, solo escarbando en lo más hondo de sus experiencias y formando personajes indelebles aun siendo invisibles.

## Caicedo, escritor libertario

Andrés Caicedo nació en la ciudad de Cali en 1951. Su infancia fue un tanto problemática debido a su mal comportamiento en la escuela, fue trasladado a Medellín a un instituto pero allí tampoco pudo terminar su bachillerato. Pasó después por muchos colegios y finalmente se graduó del Colegio Camacho Perea, en 1968. Caicedo lideró numerosos proyectos artísticos en Cali, a la vez que desarrollaba su prematura voz literaria. Estuvo vinculado de esta manera con Carlos Mayolo en algunas empresas cinematográficas. Caicedo viajó a Estados Unidos con el anhelo de poder vender sus guiones a una compañía de Hollywood pero fracasó. En 1966 publicó una compilación de relatos llamada *Calicalabozo*, escenas de la ciudad de Cali y su decadencia. Su novela más importante es *¡Que viva la música!* (1977), marcada fuertemente por la oralidad y un estilo espontáneo que la convierte en un hito de la literatura colombiana. Caicedo, como lo había predicho, no vivió más de veinticinco años, se quitó la vida en 1977 tomándose más de sesenta pastillas de barbitúricos.

Caicedo es un referente nacional que sirve como punto de partida para una escritura libertaria debido a los aparentes errores de puntuación y sintaxis; todo está imbricado en el universo no solo narrativo, sino de estilo. La vida atormentada de Cali y sus influencias de cuentistas como Edgar Poe y H.P. Lovecraft lo ayudaron a construir ese lenguaje único y característico, plagado de oralidad y de jerga caleña que pocos pueden llegar a entender completamente. Caicedo le dio un respiro a la literatura colombiana, es la generación siguiente al Boom que trata de renovar el lenguaje con la experimentación estilística y el alejamiento total a técnicas narrativas demasiado poéticas o elaboradas. Carlos Patiño dice en un ensayo sobre Caicedo: “Considerado todavía sospechoso por la lectura oficial de un país que, hasta hace poco, no aceptaba más allá de milagrosas matronas centenarias [...] o pacíficas reminiscencias bucólicas, el autor de *¡Que viva la música!* ha ido ganando, con el transcurrir de los años, adeptos y adictos que se reconocen en el vértigo de sus líneas” (13). Patiño reconoce un problema que aún existe en las facultades de literatura y en otros ámbitos académicos: Caicedo no es superior al Boom, sus relatos son demasiado banales y su lenguaje no es *solemne* y por esto no debe ser leído. Su desarrollo precoz de lenguaje es una razón más para relegarlo, así como algunos dicen que se desautoriza toda la obra de Rimbaud porque es una “obra de juventud”.

## La valentía de Roberto Bolaño

El chileno Roberto Bolaño nació un día de abril de 1953. Nunca pudo vivir plenamente su gloria en vida, la enfermedad y la miseria hicieron a un lado su reconocimiento como era debido. Jorge Herralde en Anagrama publicó la gran mayoría, si no toda su obra narrativa. Bolaño también escribió poesía, marcada claramente por la tradición del poema que cuenta algo más que muestra una imagen definida. Entre sus novelas más importantes se encuentran *Estrella distante* de 1996; *Los detectives salvajes* de 1998 y la novela póstuma *2666*, publicada en 2004. Bolaño constituye una voz que todavía resuena con fuerza en la literatura latinoamericana contemporánea. Bolaño murió sufriendo de una deficiencia hepática, en junio del 2003.

La escritura de Bolaño es ahora puesta al lado de la de Borges y Cortázar, y no es para menos, considerando la influencia que tiene ahora para las generaciones que hasta ahora comienzan e incluso aquellos que vivieron con él. Ayer releía “Últimos atardeceres en la tierra” (2001), y no dejaba de asombrarme en cada frase por la sencillez de su lenguaje y la capacidad para inventar situaciones tan cotidianas y con tanta sutileza. Los dos personajes del cuento, sin nombre, van a unas vacaciones en Acapulco, y una tensión constante se palpa en el ambiente, aunque al comienzo solo parezcan un veraneo común. Es cuando B decide acompañar a su padre al prostíbulo (ya se había negado dos veces) cuando el problema ocurre, cuando “un desastre peculiar, un desastre que por encima de todo aleja a B de su padre, el precio que tienen que pagar por existir”. En realidad todo es brumoso y sabemos únicamente que el padre de B ganó una mano de cartas y quiere salir por la puerta sin confrontación, pero no le es permitido. Allí encontramos de nuevo lo que decía Carver, esa *amenaza* que representan las palabras por sí mismas, sin que haya que mostrar directamente la situación que está ocurriendo. El cuento termina cuando la pelea va a comenzar, pero no sabemos el destino de los personajes, de nuevo se nos deja en suspenso pero con una esperanza de que van a salir de aquel embrollo para retornar a su casa en felicidad. Los sujetos de Bolaño son en extremo reales, no existe, por lo menos en este cuento, un ápice de fantasía que haga que el lector desvíe los ojos por la falta de *verosimilitud*.

Bolaño representa la última versión de la escritura del siglo XX, la primera influencia de este nuevo siglo, una forma más sencilla y centrada en la realidad que lo que se veía antes en el Boom o la experimentación formal de los escritores inmediatamente siguientes. En Bolaño hay un

retorno a la esencia, a las vidas posibles de gentes humildes y corrientes, que no quieren ser héroes, sino que pasan por la existencia significando nada. Es significativa una de las afirmaciones que hace en el decálogo sobre el arte de escribir cuentos: “Un cuentista debe ser valiente. Es triste reconocerlo, pero es así”. Y la valentía reside precisamente en la capacidad de transformación del lenguaje, de no aceptar un precepto sino crear el suyo propio. Bolaño es un escritor que nos deja ver su percepción modesta de la realidad, pero de alguna manera nos da también una visión elevada del hombre y su potencia.

## **Tundama Ortiz: desde el cuento hacia el cuento**

La vida de Tundama Ortiz (1948-1984) es extrañamente misteriosa. Se supone que nació en Colombia, que viajó a Rusia desde muy pequeño y que desde allí escribió todos sus relatos, en idioma ruso. Murió allí y nunca publicó nada. En el 2009 apareció una antología póstuma llamada *Cuentos de minicuentos* en la editorial Chiquitico. Nada se sabe de él, excepto que se suicidó en Moscú. Se ha especulado que Tundama Ortiz es un seudónimo, pero hasta ahora no se ha confirmado nada. Me parece interesante tomar esta visión poco conocida de nuestra contemporaneidad, que bien refleja la cuestión por la literatura, pues en muchos de los pequeños relatos se desafía la definición de literatura, varias piezas podrían ser leídas como otra cosa, ya que los relatos están completamente liberados de artificio y adorno. Es una propuesta bien diferente que sigue firmemente la tradición de Monterroso, llevando el microrrelato a su esencia más pura en tanto brevedad e ingenio. Ortiz presenta una serie de relatos cortísimos que plantean la vida de un personaje llamado minicuento. Es la metaficción por excelencia. Desde la misma esencia de los cuentos (las palabras), crea un personaje que a la vez es el mismo cuento. Ortiz va desde el cuento hacia el cuento, y lo logra a través de su lenguaje simple, libre de adjetivación. La segunda parte del libro muestra otro cuerpo de relatos de distinta naturaleza, pero aún con la misma estética. Un ejemplo es sugerente: “Al despacho de un minicuento policial llegó el complejísimo caso de un asesino en serie. No obstante, a pesar de lo complejo, el minicuento hizo una tremenda gala y de astucia y sagacidad: despachó el caso en tan solo cuatro líneas” (28). Constantemente está jugando con el lenguaje y estirando las maneras de narración que se pueden encontrar en la escritura de ese tipo de relato. Al final de la antología, se incluye lo que ha sido llamado “Primer decálogo del minicuentista”, en donde Ortiz expone, no sin ironía, algunos criterios y características del microrrelato. El primero es el que posiblemente resume los demás, “No olvides que siempre habrá una palabra más precisa que aquella que escribiste”, recordando lo que antes decía Carver de las palabras exactas. Y tal vez el último también: “Recuerda, paradigma de los minicuentos: silencio”. En cada relato hay más silencio que palabras, el blanco toma un lugar relevante en la página y claramente lo no dicho supera a lo que está puesto allí en esas “cuatro líneas”.

## Conclusión general: notas y lecciones

A menudo tiendo a anotar en mi cuaderno de escritura frases que leo en los libros, frases que me impresionan, que no entiendo o que son simplemente bellas. Las escribo para sentir, a través de mi pluma y de los movimientos de la muñeca, las palabras de los otros, los movimientos que ellos también hicieron para articular un párrafo o unas cuantas letras. Las lecciones de los escritores anteriormente citados están en eso, aquellas frases que encontré leyendo y que no pude pasar por encima sino que requerían una atención especial, requerían ser copiadas aparte para recordarlas luego y sentir más adelante la misma magia que existió la primera vez, al ser leídas. Si un libro no hace necesario que relea ciertas partes o que recuerde vívidamente otras cuantas, no lo considero como fundamental en mi aprendizaje. La elección de estos autores no es entonces gratuita. De Rulfo tengo copiados cuentos completos, al igual que de Monterroso y de Kafka. De Hemingway recuerdo escenas enteras de novelas y detalles ignotos de sus cuentos. De Salinger y de Carver reproduzco frases que no tienen demasiado contenido pero que llevan una belleza inalcanzable. Cada uno de los autores citados viene a tener una importancia determinada en mi desarrollo como lector y como aprendiz de escritor. Los escritores citados todos tienen en común que fueron capaces de crear realidades tan cotidianas y corrientes que parecen historias reales –nadie nos dice que no lo fueran–, tuvieron el temple necesario para escribir historias sin ningún adorno fantástico ni sobrenatural que les permitiera evadirse de la realidad para buscarla en otros universos (a excepción tal vez de Borges).

Siento más puntual, es necesario presentar dos casos especiales que son los escritores que más me han enseñado a ver la escritura desde una perspectiva mucho más simple y verdadera: Hemingway y Carver. La lección que llevo desde que leí *El viejo y el mar* la primera vez, una lección implícita, es que los personajes deben ser tratados con su realidad más próxima, las características más intrínsecas a su profesión, a su manera de ser y de actuar. Por esto, nunca se debe olvidar las cosas más simples: ¿qué come el personaje?, ¿cómo lleva la barba y el pelo?, ¿cómo es su relación con las mujeres?, ¿fuma y bebe? Esas características que todos los humanos tienen pero que varían en intensidad, frecuencia o ausencia. Mostrar cada matiz en lo mínimo es la tarea del escritor, según Hemingway. Claro, todo esto debe ser invisible para el lector, no se debe forzar un estereotipo o intentar hacer visible una característica específica. Todo debe ser orgánico.

Por otra parte, Carver se trata de la situación, de cada conflicto que se pueda presentar en la vida de un alcohólico, una pareja divorciada o un humilde trabajador. Carver describe el mismo tipo de personajes sin que se vuelva monótono o pierda alguna riqueza en su escritura. Alguna vez me dijeron que es más fácil escribir un poema sobre cada cosa que existe en el mundo, que escribir una serie de poemas de un solo objeto. Carver hace lo segundo. Nos puede presentar una misma clase de personaje pero con tan diferentes situaciones y problemas que nunca se nos pasa por la cabeza que sea el mismo. No importa entonces la poca diversidad de personajes en cuanto a sus orígenes, sino de hacerlos, como Hemingway, tan específicos y especiales que no se parezcan a ningún otro. La lección de Carver radica en esto, tener la capacidad de elegir las palabras exactas que contengan todos los significados que el escritor le quiera dar. Las situaciones y los encuentros de las personas deber estar atados siempre a la contemplación de algo más grande en la mente de quien escribe.

Luego de haber dado un panorama del siglo XX del género realista en América y unas someras pinceladas del siglo XIX, es necesario hacer énfasis en que este es un catálogo personal que tiende a la objetividad en tanto a la escogencia de ciertos autores canónicos y otros no tan estudiados, pero siempre con un objetivo de mostrar mis influencias y la clara presencia de figuras obligatorias en cualquier historia del cuento. Mi objetivo principal era analizar con brevedad casos específicos que dieran una visión de la totalidad, mostrar que una exposición de las características estilísticas y personales de cada escritor puede al final evidenciar una tendencia como es el género del cuento realista, que es donde yo voy empezando un camino. Así, un estilo depurado y sin tantos adornos, una conciencia plena del lenguaje hablado que se traduce en los diálogos, los simbolismos no forzados sino naturales, orgánicos, un conocimiento de las calles y los mundos bajos de la ciudad, una honestidad pura, verdadera con la palabra, un poder de creación de tensiones en donde al parecer no hay más que cotidianidad, y lo más importante, el saber tomar de la experiencia todos los elementos útiles, todos detalles diminutos que hacen una historia, son las características que todos estos escritores tienen y que también alguna vez iluminaron alguna oscuridad en mis palabras. Una historia personal del cuento realista debe centrarse en las lecciones que ciertos personajes en la literatura pudieron darle al joven escritor, y es por esto que la historia nunca quedará completa pues, ¿quién deja de ser un joven escritor?



## **Epílogo: el joven que escribe**

Al no tener experiencia amplia en el acto de la escritura, es mucho más difícil intentar definir los métodos, procedimientos y efectos que quiero causar al momento de contar una historia. Esto último es lo que primero quiero resaltar. Nunca he querido con mis relatos crear grandes pensamientos ni transmitir mi conocimiento sobre la cultura, por el contrario busco la simpleza, lo cotidiano, la vida de las personas que menos importan. Los fantasmas. Los invisibles. Mis personajes no piensan cosas importantes, se concentran en cómo llevar dinero a la casa, cómo no caer de nuevo en el laberinto del alcohol. Una buena historia para mí es suficiente.

El ritmo. La corrección y la edición de un texto muchas veces cercenan la intención inicial de cada frase. Hay que observar cómo cambia la versión publicada en 1957 de *On the road* comparada con el rollo mecanografiado original. Kerouac podía decir que su prosa era espontánea, pero la edición de su texto trajo muchas disparidades que hicieron la novela más legible, quitándole parte de esa furia inicial. Las palabras que aparecen en el papel ya han sido construidas antes en la mente con errores, pero con errores que se aceptan en valor del ritmo. Octavio Paz decía que el ritmo es visión de mundo. El ritmo es lo que lleva a la narración a una nueva dimensión de realidad, las cadenas de acciones separadas con puntos seguidos o con “y” marcan una diferencia. El ritmo permite conservar una parte mínima de lo que nos viene desde otros universos, lo que se posa en el cerebro y que es trasladado a la página por la pluma.

La teoría del iceberg, el silencio, lo sucinto, la elipsis. Hemingway omitió el final de “Out of season” para dejar que el lector imaginara los hechos ocurridos después de que Peduzzi se despidiera del otro hombre. Para Hemingway es posible eliminar cualquier parte de un relato siempre y cuando se sepa qué es lo que se está quitando, tener conciencia plena de la omisión en virtud del enriquecimiento de la narración. En este sentido, para mí el punto fundamental de un cuento está en el final, puedo reescribir la última frase diez veces con las mismas palabras hasta que sienta una euforia que me dice cuándo está terminado el escrito. En el cuento de Hemingway Peduzzi se habría de suicidar, pero en la versión publicada no termina así. El final tiene que ver entonces con un efecto específico que se quiere causar al lector, una extrañeza que obliga a volver a leer cada palabra para intentar entender qué se perdió, dónde está aquella pista para encontrar sentido a todo el texto.

La escritura diaria. En palabras de Augusto Pinilla, escribir un diario suelta la mano, la mantiene “caliente” para cuando se quiera escribir algo más serio, más centrado. Los hechos de todos los días son la materia de la ficción, pues, ¿qué es la literatura sino autobiografía? Cada día se tiene que sacar una idea de la cabeza, ya que el pensamiento es infinito. No se debe copiar la experiencia al pie de la letra, por lo contrario se trata de tomar los detalles más pequeños que le dan a la realidad su carácter *real*. No se debe tampoco, por lo tanto, escribir nada genérico, cada palabra debe tener un significado especial, un sentido que pese en la mente del lector. Se trata de añadir detalles de la vida cotidiana que se perciben, desde la tradición budista, a través de la atención y la vigilancia. Cada diálogo que sea posible entrever mientras se está sentado en un restaurante, en un bus o detrás de personas en la calle es útil para crear un imaginario, una serie de estereotipos falsos acerca de lo que las gentes piensan. El principal propósito de esto tiene que ver con estar familiarizado no solo con la propia vida y las relaciones que se mantienen con otros, sino también con otros universos a los que es imposible acceder o que por simple repudio no interesan, pero de cualquier manera sirven para salir de la mente y contemplar diferentes perspectivas de mundo. Con una escucha aguda y la visión constante, alerta y vigilante de todo el alrededor, se puede llegar a pensar nuevas instancias de personajes o tomar tal o cual rasgo de cualquier persona que haya suscitado algo. No basta solo con estar atento y vigilante todo el tiempo, la finalidad de esto es poder en algún momento traducir esto en la escritura. Más allá de ser relatos personales o autobiográficos, lo notable es mostrar en la escritura ese elemento ajeno, el otro que no conozco pero existe.

Viviendo en la ciudad, el individuo es incapaz de separarse de la urbe, por tanto casi todos mis relatos están situados en un espacio urbano, no siempre con nombre, pero definitivamente influenciados por las visiones sobre la realidad que percibo todos los días. Los pequeños escritos son situaciones ficcionales en donde uno o dos personajes interactúan en otro sitio que no es donde los vi, por ejemplo: si observé una pareja en un parque, imagino que harían en la casa de alguno de los dos, en una tarde, sentados sobre la cama. Como decía, la realidad es mínimamente un detonante para crear unas condiciones diferentes en la escritura.

Escribir es entonces saber observar, contar los hechos tal y como son, sin trucos, sin experimentación, con la misma austeridad que la vida nos propone.

## **Anexos al libro de cuentos**

Los primeros borradores de todos los cuentos fueron escritos a mano entre el 2014 y el 2015 (se incluyen algunos de estas páginas al final de los anexos) y luego copiados a computador en su mayoría entre el 3 y el 5 de marzo del 2015, existen estas otras versiones mecanografiadas antes de esa fecha, aquí incluidas. Esta primera edición de todos los cuentos se trabajó desde marzo hasta los últimos días de mayo. Desde allí se crea una nueva edición trabajada desde el 4 de junio del 2015 hasta ahora. Se incluye también el orden cronológico de los relatos pensado antes de la edición y unas breves características de los dos personajes principales (solo se incluye esto a manera de paratexto, no se intenta explicar nada sobre los cuentos, de hecho, esto no debería ser leído por el “público lector”, es una práctica personal del autor). Por último están algunos finales alternativos para distintos cuentos, posibilidades de terminar una misma historia.

### **Orden cronológico**

La luz de la sala – Lucía con otro hombre  
Tocadiscos – Principios del matrimonio  
Sonrientes, despreocupados – Sin hijos  
Culpa – Martín, un año  
La puerta del mundo – Nacimiento de Rita  
Tranquilo – Dos hijos  
Pingüinos – Relativa calma  
Despedida – Antes del viaje  
Zapatos nuevos – Estados Unidos

### **Características de los personajes**

**Alberto:** alto, pelo corto y castaño, sin barba, ojos pequeños y cafés, más bien gordo, labios gruesos y espalda ancha, expresión adusta.

Le gusta el alcohol, tiene grandes ideales (fracasados), explosivo (¿violencia?), desempleado por excelencia.

**Lucía:** Estatura mediana, pelo liso largo rojo, pecas, ojos verdes, muy delgada, nada voluptuosa, pálida, sabe vestirse, no usa maquillaje, expresión triste.

Cigarrillo, casino, bastante sexual, un tanto cínica, noble en lo que se trata a Alberto, gastadora compulsiva, no tiene grandes ideales, persona desilusionada.

### **Culpa (Segundo borrador)**

La mujer pisó el freno, luego de haber visto un pequeño bulto en la calle. Intensificó las luces de su camioneta gris, siendo una noche tan oscura, para ver mejor lo que había allí. Decidió bajarse, con el corazón palpitándole fuerte en su pecho. Su camioneta era muy alta y era difícil bajar con tacones de ella. La noche estaba helada. Era una noche de abril, de otoño, cuando todas las hojas ya están caídas. Caminó sigilosamente, como si alguien la estuviera escuchando, por la carretera vacía. Cuando estuvo más cerca, se asombró con lo que vio, le pareció haber divisado una pequeña cabeza y una mano diminuta. Apareció en su expresión un amenazante terror ante ese bulto en apariencia insignificante. Y rompió en llanto. Desesperada, volvió a su auto y cerró la puerta y echó seguro y se secó las lágrimas de los ojos, tratando de respirar. Una vez recuperó su aliento, más tranquila, volvió a bajar con dificultad de su camioneta y un escalofrío pasó por todo su cuerpo.

Martín cumplía un año y sus padres organizarían una fiesta para celebrar este acontecimiento. Su madre, María Paula, llamaría a todas sus amigas que tenían hijos, llamaría a su hermana, a sus tías y a su mamá. Todas vendrían, tomarían una copa de vino y hablarían del nuevo restaurante cantonés, de la última colección de Marc Jacobs y del divorcio de Margarita, que nadie se lo creía. El esposo de María Paula, Sergio, no haría nada, se sentaría con su hijo en un brazo y un vaso lleno hasta el tope de whiskey. María Paula se maquillaría y se pondría sus Louboutin e iría a la peluquería a arreglarse el pelo. Se tomaría dos copas de vino, como siempre. Allí conocería a Carolina, la hija de su amiga Clarita. Luego de que todos se fuesen, María Paula cuidaría de su niño, no dejaría que su esposo lo tocara, aún cuando hace algunas horas ni siquiera lo miraba. Lo acostaría y le daría sus remedios, se dormiría ella y se levantaría a medianoche a llorar, pues nunca aceptaría el hecho de que Martín iba a sufrir mucho, y no podía hacer nada para cambiar eso.

Carolina. Tenía los ojos azules, no era muy alta, el pelo largo y liso le llegaba casi hasta el final de la espalda. Resultó siendo una buena candidata, confiable. Ayer le hicimos la entrevista, le preguntamos sobre su vida y su familia y lo que le gustaba hacer. Ya tenía experiencia en cuidar niños pequeños, tiene cuatro hermanos, todos menores que ella. Nunca dejó de sonreír, no sé si estaba nerviosa o es así todo el tiempo. Cada dos minutos se pasaba la mano por el pelo, se trataba de peinar aunque estaba perfectamente ¿Cuántos años tendría?, creo que nunca le preguntamos. Mi esposo, Sergio, quedó encantado con ella. Es bastante atractiva, tiene amplias caderas y es muy flaca. Donde me entere de que algo pase entre ellos, ahora sí me separo de él. Esto no se soporta dos veces. Y a él que le gustan así, de menos de veinte. Antes de tener a Martín me veía con otros ojos. Cuando nació Martín todo se complicó, el doctor dijo que iba a ser un niño enfermo, que tenía un problema en los pulmones. Tuvimos que pasar tres meses en el hospital antes de que él se recuperara completamente. Después de eso, no lo hemos sacado a la calle ni una sola vez. Pero, como dijo Clarita, ya era necesario que yo saliera porque si no me iba a enloquecer sentada mirándolo a él todo el día. Por eso nos recomendó a su hija mayor, además de que Carolina necesitaba la plata para ir a un concierto.

Estaba maquillándome en nuestra cama, cuando él salió del baño con la toalla envuelta en la cintura. Todavía tiene un buen cuerpo, firme, deseable. Tenía el pelo muy corto, lo que le hacía ver la nariz más grande, siempre se lo decía, pero él no ponía atención.

–Apúrate mi amor, que ya vamos tarde –Le dije, mirando el pequeño espejo circular enfrente mío.

–Sólo me tengo que vestir –Se pasaba la mano por la barbilla recién afeitada.

–¿Ya le diste a Carolina tu celular?

–Sí, ya te había dicho –Se quitó la toalla y su miembro arrugado por el agua quedó a la vista–. No va a pasar nada.

–Bueno, te espero abajo –Le dije mientras se ponía su ropa interior.

La casa olía a perfume. A jabón y a perfume. Cuando lo acostó se quejó y trató de llorar pero luego se calmó. Ya estaba cansada, llevaba horas cargándolo mientras ellos se arreglaban y se iban. Sergio la miró varias veces, de arriba abajo. Ella no le puso atención. Fue a la cocina y puso un poco de mantequilla sobre una tostada y se recostó sobre la pared. Salió al balcón y se quedó mirando al horizonte, las casas sobre el monte iluminaban la vista de Carolina. Metió la

mano en el bolsillo y encontró el papel con los números de celular de los dos. Extrajo la cajetilla de cigarrillos y encendió uno. Lo fumó despacio, exhalando el humo hacia arriba. Miró hacia abajo y vio el parque oscuro, los árboles suavemente ondeándose por el viento. Le dio una última chupada y botó la colilla al abismo. Cuando entró, oyó el llanto de Martín, y fue corriendo hacia su cuarto. Prendió la luz y lo encontró con la cara completamente roja, tosiendo y llorando al mismo tiempo. Las lágrimas le escurrían rápidas por las mejillas. No dejó de llorar cuando lo cargó, ni cuando lo meció ni cuando le intentó dar de comer. Se preocupó entonces y tomó el papelito y llamó.

–No vayas a tomar mucho –dije, mientras esperábamos a que abrieran la puerta del apartamento.

–Nunca tomo mucho.

–Siempre terminas ebrio y haces un escándalo.

–¡Hola Carlitos! ¿cómo estás? –Le dije efusiva al esposo de mi amiga, un hombre pequeñísimo, con pelo rizado y una voz aguda.

–Muy bien María, me alegra que vinieras con Sergio –Se acercó a mí, y me dio un beso un poco húmedo–. Por favor sigan.

El apartamento estaba lleno. No era muy grande, pero aún así la gente parecía no caber en ese lugar. No conocía a nadie, con excepción de Carlitos y Rebeca, mi amiga. Habían pasado menos treinta segundos y ya teníamos un trago de whiskey en la mano. Mi esposo se lo tomó de una vez y le pidió otro a Carlitos. Yo me quedé con los brazos cruzadas sobre mi pecho, sin hablar con nadie y sólo pensando en Martín. Rebeca me vio y empezó a hablar. La música comenzó a subir en volumen, y hubo un punto en que ya no podía escuchar nada de lo que decía. Le dije que debía ir al baño. Eché el whiskey por el lavabo y salí de nuevo a buscar a mi esposo. Bailaba en ese momento con una mujer que nunca había visto en mi vida. Tenía tetas postizas y gruesos labios. Se sonreían uno a otro. Una vez me encontró con la vista, saludó con la mano que no estaba en la cintura de la mujer y siguió bailando hasta que se terminó la canción. Se acercó apestando al perfume barato de esa suripanta. Me dio un beso en el cuello y yo lo alejé con fuerza.

María Paula salió al pasillo, a Rebeca no le gustaba que fumaran dentro del apartamento. Sonó el celular antes de que pudiera prender el cigarrillo. Era Carolina. Entró corriendo luego de colgar y tomó a su esposo del brazo. Cogieron un taxi y se devolvieron a la casa. Sólo llevaban media hora en la fiesta. Llegaron en menos de diez minutos en un taxi endemoniado. Carolina lo tenía cargado, movía su cuerpo en diferentes direcciones. María Paula lo tomó enseguida, dándole besitos en la frente, tocándole sus mejillas para ver si tenía fiebre. Sergio se quedó al lado de ella, mirándolos, atónito.

–¿Será que puedes llamar una ambulancia, por favor? –grité, furiosa.

–Tranquila mi amor –Se pasó la mano derecha por la cabeza–. Carolina, pásame el teléfono por favor.

–Él estaba bien cuando se fueron. Yo salí al balcón a fumar y cuando regresé estaba así, todo rojo –dijo Carolina pálida, al borde de las lágrimas.

No le quise dirigir la palabra. La miré con los ojos hirviendo de ira. Claro, ella sólo me quería quitar a Sergio, que le iba importar mi bebé. La muy zorra. Y la sigue mirando. Todo esto es culpa de ella. Seguro que lo dejó solo todo el tiempo y se puso a hablar con sus amiguitos. Mi esposo llamó la ambulancia. Martín tosía y tosía. Le trataba de dar agua, pero no me la recibía, todo lo que yo hacía era inútil. Nunca debí haberme ido, Clarita me obligó, al igual que mi esposo y Carlitos y Rebeca. Puse entonces el termómetro debajo del sobaco, y lloró un poco, estaba frío. Un minuto eterno después, marcaba 39.5 °C. Más de cuarenta y ya tenía pocas posibilidades. Miré hacia la ventana e involuntariamente empecé a rezar. En los momentos difíciles la fe es lo único que queda.

La ambulancia nunca llegó. Cogí las llaves de la moto de mi esposo, los dos carros por alguna razón estaban en el taller. Entre unas mantas envolví a Martín. Sergio me siguió y quitó las llaves de mi mano, dijo que él conduciría, yo iría atrás con el bebé. Le pagamos a Carolina por la noche completa. Ella se fue todavía con la cara descompuesta, preocupada porque no había hecho un buen trabajo. Pero la culpa era de nosotros. Le pregunté a Sergio que si estaba en condiciones de manejar. Dijo que si con la cabeza, mientras se ponía el casco. El hospital estaba a veinte minutos de la casa, llegaríamos en diez. Cuando empezó a subir la velocidad de la moto, sostuve a Martín lo más fuerte posible, apoyándolo con una mano contra mi pecho mientras con la otra me agarraba de la cintura de él. La noche estaba tranquila, no había muchos carros en la ciudad,

nos pudimos pasar todos los semáforos en rojo. Unas pocas nubes se empezaban a acumular para cubrir la luna tenue. Un viento frío nos pasaba por todo el cuerpo. Las hojas secas a lado y lado del camino volaban a nuestro paso, mi corazón palpitaba cada vez más fuerte a medida que nos acercábamos a la entrada del hospital. No sentía ya el peso de Martín entre mis brazos, tal vez lo apretaba muy fuerte. Llegamos. Sergio se bajó de la moto. Yo me quedé pasmada, allí, con el casco puesto y todo, ya sabiendo lo que había pasado.

Miré a Sergio asombrada, con una terrible expresión en la cara. Extendí las mantas desde mis hombros hasta mis rodillas. Martín ya no estaba allí. En algún punto se había caído, tal vez habría resbalado de mis brazos, entre las cobijas. Mi esposo se tomó la cabeza entre las manos, se agachó y se volvió a levantar y luego tiró el casco en el concreto. Profirió un grito como nunca había oído. No sabía qué hacer. Iba de un lado a otro, desesperado. Cogió las mantas de Martín y las puso sobre su cara, ahogando el llanto inconsolable. Una enfermera salió a preguntarnos qué sucedía, si necesitábamos ayuda, pero ninguno de los dos pudo decirle una palabra. Sólo nos abrazamos y lloramos largamente. Ya no había nada que hacer. Había pasado más o menos media hora cuando Sergio se decidió a llamar a la policía, para nos ayudaran a buscar lo que había quedado de él. No me acuerdo allí que pasó. Oí las sirenas de la patrulla. Sergio dijo que había desmayado.

Luego de que la policía arribó a la puerta del hospital, Sergio se encargó de hablar con los oficiales, porque María Paula estaba sentada al borde de un andén con la mirada perdida en el suelo, el maquillaje corrido y la piel casi transparente de lo pálida. Le temblaba todo el cuerpo, cada diez segundos sentía un escalofrío en toda espalda que la hacía estremecerse. Su marido hablaba con la voz cortada con los policías, nudos en la garganta y repentinos espasmos de un lloriqueo inexplicable lo consumían. Una vez Sergio señaló que María Paula era la madre de Martín, uno de los oficiales se apartó y se sentó al lado de ella. Le empezó a preguntar sobre lo sucedido, pero María Paula no contestó ninguna de las preguntas, se comía las uñas compulsivamente. Lo único que hizo cuando el policía se acercó fue sacarse los tacones, que ya la tenían cansada. Unos minutos después, por el radio de una patrulla se anunció que se había encontrado el cuerpo, gracias a una mujer que lo había visto en medio de la calle.

3 de junio de 2014



## **Zapatos nuevos (Segundo borrador)**

El sábado por la tarde fue al centro comercial en busca de una camisa y unos zapatos para su nuevo trabajo. Se pegaba a las vitrinas viendo modelos serios con mentones de piedra luciendo chaquetas y corbatas elegantes. Le habían dado el trabajo en el banco luego de una entrevista con el gerente. Entró a una tienda diminuta con un techo bajito y una escalera de caracol que llevaba a un piso todavía más pequeño. Un viejo con gafas gruesas atendía. Le tomó las medidas del cuello, los brazos y la espalda para la camisa, anotando todo con letra críptica en una libreta. Preguntó el nombre y un celular para comunicarse con el cliente, quien respondió “Alberto”, con una voz carrasposa y cansada. El anciano lo puso con mayúsculas arriba de las medidas y siguió con las piernas y el tiro. Empezaba a hacer calor en el local, solo había oxígeno suficiente para un hombre. Una vez terminó, el viejo hizo un recibo para Albert con todas las especificaciones de lo que había pedido: Una camisa blanca con ovillos para mancornas y dos pares de pantalones, unos negros y unos azules. Allí mismo consiguió unos zapatos de descuento.

Alberto llegó a su casa y los niños estaban ahí con la niñera. Alice era una muchacha bonita, de quince años que hace unos dos cuidaba a Martin y a Rita. Nuca habían tenido queja de ella, excepto esa vez que Rita se pegó en la cabeza con una silla en la sala. Alberto le pagó las horas que había estado con los niños y se puso a descansar en el sofá y a mirar televisión. Martin vio a su padre y fue corriendo a su cuarto, gritó algo a su hermana, que vino también y se echó encima de Alberto.

–Pa, te tengo que mostrar algo –dijo Rita.

–Muéstrame lo que quieras mi cielo.

–Hoy di un bote completo hacia atrás, ¿quieres ver?

–Claro.

Rita se puso en frente del sofá. Cogió su pelo con un caucho e dispuso el cuerpo para realizar la hazaña. Impulsó las manos y cabeza hacia atrás y dio el bote, que culminó peligrosamente cerca de la pared de la sala. Se paró un tanto nerviosa, esperando el aplauso de Alberto, que por supuesto vino con una sonrisa enorme. Martin solo contempló la escena, orgulloso de su hermana menor. Los dos se fueron corriendo otra vez. Alberto tomó la bolsa con los zapatos y se los probó, estirando las piernas para ver mejor sus pies calzados y brillantes.

Al rato llegó Lucy, su esposa. Traía una cara terrible, pálida y terrible. Soltó el bolso y lo tiró al sofá y se sentó dando un suspiro.

–¿Qué tienes? –dijo Alberto.

–Me van a transferir.

–¿A dónde?

–Al noroeste, bien arriba.

–¿Y qué vamos a hacer?

–¿Cómo me preguntas eso? –Una lágrima empezó a bajar por la mejilla– ¿Acaso yo sé?

–El lunes empezaba en el banco...

–No puedo renunciar –Hubo un silencio.

–¿A qué ciudad?

–Eugene.

–No hay otra opción, ¿cierto?

–Creo que no –Lucy miraba al piso. Se dio cuenta de los zapatos–. ¿Y esos zapatos?

–Eran para el trabajo...

Lucy no quería hacerlo otra vez. Al fin se habían podido instalar en una ciudad, tenían a Alice y los niños iban a un colegio aceptable que no demandaba mayor problema, la agencia de viajes donde trabajaba Lucy se daba la libertad de transferir a sus empleados para rendir mejor en una u otra sucursal. Lucy era muy buena en el trabajo; las ventas en su oficina eran las mejores del país, sobrepasadas solamente por Nueva York, donde el mercado era amplio. Ahora tendrían que irse a una lluviosa, fría y fantasmagórica Eugene, que nunca iba a igualar como vivían.

En cuestión de días se tuvieron que ir. Empacaron todo en cajas y contrataron un camión de 19,99\$ en el que viajarían por dos días para llegar a Oregon. Todo lo pagaba la empresa, la mudanza y el primer mes de renta en la nueva ciudad, como ya había ocurrido tres años atrás.

Alberto condujo el primer día, desde las ocho hasta las siete, con paradas continuas para que Martin fuera al baño, pues por coincidencia había amanecido con diarrea. Se la pasó durmiendo todo el día, cuando despertaba inmediatamente tenían que parar. Una vez llegaron a un motel de carretera, Martin se sentía mejor y no quería acostarse. En esa primera jornada llegaron hasta Ashland, justo después de la frontera entre California y Oregon. El otro día le correspondía a Lucy. Ella tenía la costumbre de manejar rápido, así le había enseñado su padre y así lo había hecho toda la vida. Avanzaron la distancia que quedaba hasta el mediodía, siendo que Alberto había previsto llegar en la noche; en parte fue porque la carretera era recta y aburrida.

La casa en Eugene era mucho más grande que la anterior. Tenía dos plantas y un altillo en donde pondrían cantidades de cajas con álbumes de fotos y decoraciones de navidad.

–Ma –dijo Martin, apenas vio la nueva casa– ¿Vendrá Alice a cuidarnos?

–No corazón, ya encontremos a alguien nuevo.

–¿También se llamará Alice?

–No creo, amor mío.

Alberto puso a cargar su celular y vio que había unas cuantas llamadas de un número que no conocía. En ese mismo momento entró una nueva llamada.

–¿Quién es? –preguntó Alberto.

–Mr. Keeler, ¿es usted Alberto?

–Sí –Ninguno de los dos dijo nada por un momento–. ¿Cómo dijo que era su nombre?

–Mr. Keeler, el sastre...—hizo una pausa— Lo llamaba para decirle que sus pantalones y su camisa ya están listos, para que pase por ellos cuando pueda.

–Pero ya no los necesito...

–¿Por qué?, ¿Para qué los mandó a hacer entonces?

–Iba a trabajar...

–Tiene que venir por ellos.

–Pero estoy en otro estado.

–Venga por los pantalones, por favor.

El anciano cortó la llamada, y Alberto sintió un escalofrío extraño, le había dado un poco de miedo el tono con el que le había hablado Mr. Keeler. Sentía ahora la necesidad de volver a California para recoger las prendas nuevas para un trabajo que ya no existía. No sabía qué hacer. Dijo entonces a su mujer que volvería en una semana.

14 de septiembre de 201

### **Final alterno de “La luz de la sala”**

Cuando se sintió en condiciones de manejar, el chico tomó camino y yo me quedé en el andén, sin saber a dónde ir. Solo tenía a Natalia de amiga, pero ahora ya me parecía extraño que estuviera con él, era perturbador. Igual la llamé, pero no contestó, ella también se sentiría extraña. Caminé entonces hasta una cafetería que quedaba cerca de casa y me senté en una mesa y ordené un té helado. Era mediodía. Pasé la tarde rondando sin sentido, fui a un parque y estuve horas mirando el cielo. Me decidí a tomar un taxi pero no me alcanzaba el dinero. Tomé entonces un autobús que me llevó hasta el casino, donde recorrí muchas máquinas, esperando encontrarme a Natalia. Pero ella nunca apareció. Ese día no fue al casino. Llamé al chico de un teléfono público y me contestó con una voz lejana y cansada. Me dijo que pasara por su casa, si quería. No deseaba volver a mi casa, la herida era muy reciente para él. Caminé hasta donde el chico y toqué en su puerta. Abrió con la cara hinchada y unos cuantos hielos envueltos en una servilleta de tela. Nos paramos en la cocina. “¿Qué piensas?” dijo. “En nada... No quiero ir con él” contesté. “Quédate aquí”. “No”. “¿Adónde vas a ir entonces?”. “No sé... ¿Cómo viviríamos?” dije. “Yo tengo trabajo... te puedo dar el que tenías si quieres”. El chico despegaba la servilleta cada minuto y sentía con la punta de los dedos los moretones que se iban formando poco a poco. Fui al baño. En el lavamanos había gotitas de sangre por todos lados. Me miré al espejo. Tenía ojeras hondas y grises, la piel estaba pálida, el pelo seco y sucio, las manos llenas de mugre y pudor. No podía hacerlo. No me podía quedar con el chico. Mi marido me esperaba, me esperaba tal vez para otra pelea. Pero la pelea pasaría y volveríamos a ser felices hasta que él buscara otra o yo encontrara otro chico a quien fastidiar. Así sería. Tendríamos otras relaciones y no importarían, porque nuestros destinos estaban unidos. Me despedí del chico sabiendo que ya no lo vería más.

Todavía tenía unas cuantas monedas para volver a casa. Y eso fue lo que hice. Me bajé del bus y caminé despacio, porque sabía lo que tenía que hacer y me asustaba. Llegué al jardín y subí los escalones del porche. Solo había una luz prendida en toda la casa. La luz de la sala. Él estaría allí, leyendo el periódico, *esperando*. Abrí la puerta.

### Final alterno de “Zapatos nuevos”

Alberto puso a cargar su celular y vio que había unas cuantas llamadas de un número que no conocía. Intentó devolver la llamada pero nadie contestó. Bajó todas las cajas él solo y las puso en un pasillo que había a la entrada. Terminó sudando y entró a la ducha y apenas puso su cabeza debajo del agua se dio cuenta de que las toallas estarían en una caja olvidada. Llamó a su mujer y esperó empapado por quince minutos, hasta que ella volvió y le dijo que su celular había estado sonando. En ese instante entró una nueva llamada.

–¿Quién es? –preguntó Alberto, sin más.

–Mr. Keeler, ¿es usted Alberto?

–Sí –Ninguno de los dos dijo nada por un momento–. ¿Cómo dijo que era su nombre?

–Mr. Keeler, el sastre...—Hizo una pausa— Lo llamaba para decirle que sus pantalones y su camisa ya están listos, para que pase por ellos cuando pueda.

–Pero ya no los necesito...

–¿Por qué? ¿Para qué los mandó a hacer entonces?

–Iba a trabajar...

–Tiene que venir por ellos.

–Pero estoy en otro Estado.

–Venga por los pantalones, *por favor*.

El anciano cortó la llamada, y Alberto sintió un escalofrío extraño, el tono con el que le había hablado Mr. Keeler era firme y aterrador. Sentía ahora la necesidad de volver a California para recoger las prendas nuevas de un trabajo que ya no existía. No sabía qué hacer. No sabía si volver o quedarse en su nueva casa, su nueva vida, su nueva ciudad. El anciano llamaba todos los días, pero después de una semana Alberto se cansó de contestar y el viejo se cansó de llamar. Alberto volvió a buscar trabajo, pues en poco tiempo necesitaría unos nuevos zapatos de nuevo.

### **Final alterno de “La puerta del mundo”**

Volví al cuarto y Lucía lloraba mientras Rita succionaba uno de sus pezones. Estaba toda sonrojada. Me acerqué y acaricié su cabello, pegado, sudoroso. Ya faltaba poco para salir, para ir a la casa y dormir juntos. No me acordé de Martín sino hasta ese momento cuando regresé con el agua para ella. ¿Qué estaría haciendo? La niña soltó el pezón para tomar aire y la leche no dejó de salir, se escurría lentamente, gota a gota, por la bata que le habían puesto. Por un momento me pareció un espectáculo grotesco, volteé la mirada y observé la ciudad de nuevo. Suspiré sin querer. Lucía lloraba de nostalgia, de tristeza y de felicidad, las hormonas no ese podían controlar en ese momento.

Horas después yo la llevaba por un pasillo largo en una silla de ruedas, ella cargaba a su niña con un cuidado propio de alguien que lleva huevos en una bolsa plástica. En la primera habitación, justo antes de la salida, estaba parado el hombre con una maraña de cobijas en los brazos. A lo lejos me reconoció. Pasé y le hice una pequeña reverencia con la cabeza. El hombre sonreía. No sabía la decisión que había tomado, si su esposa estaría muerta o no, pero en todo caso llevaba esa sonrisa que me dio tranquilidad. Salimos del hospital con la luz de un día que apenas aclaraba. Debían ser las cinco o las seis, el rocío estaba sobre la hierba fresca. Llegamos a la casa y Martín nos esperaba con la madre de Lucía. Ella se retiró y nos quedamos los tres solos mirando a la criatura. Yo la tomé y la acosté en la cuna y luego fui a la cama con Lucía y nos dormimos profundamente, hasta la sensación de angustia por Rita nos despertó. Pero fuimos a verla y ella tenía los ojos cerrados y debía tener frío. Debía extrañar el agua.

### **Borradores**

A continuación se presentan los borradores a mano de dos cuentos incluidos en el libro.

## Pinguinos

Alberto apagó la ducha de agua helada. Todavía era de noche. Abrió la puerta del baño y el olor a café le llegó intenso desde la cocina. Su esposa se había levantado también frente al rumor del agua cayendo en los baldosas. Se quedó sentado en la cama, con la toalla en la cintura, ~~tratando de pensar positivo para la mañana siguiente~~ tratando de no pensar en ese día horrible que comenzaba, otra mañana en la que tendría que ir a trabajar a la fábrica. En ese tiempo Alberto era asistente en el departamento de control de calidad para una fábrica productora de dentífricos y enjuagues bucales. Alberto debía revisar cada envase de líquido verde, ver que las tapas estuvieran bien enrolladas y que los etiquetos no fueran pelados al revés. A veces la máquina pusepona los etiquetos y Alberto tenía que desechar uno sin llegar a dañar la otra. Debía llegar todos los días a las seis. Lucía se despertaba toda madrugada a hacer café, aunque Alberto en repetidas ocasiones le había implorado que dejara de hacerlo y no se preocupara tanto, los niños no se despertaban dentro de dos horas. Era viernes y Alberto tendría el siguiente día libre. Se levantó todavía con un velo en su ojo delante de los ojos, no prendió la luz para ponerse a las medias ni para abotonar su camisa, le gustaba que la penumbra se fuera convirtiendo en amanecer y luego en mañana. Fue a la cocina y encontró a su mujer con los ojos cerrados, quieto, frente a la estufa. Se acercó por detrás y le susurró en el oído que volviera a la cama. Lucía asintió y arrastró los pies hasta el cuarto.

Alberto caminó las veinte calles que habían de la casa hasta la fábrica, sintió el aire fresco y frío y el sonido de los primeros autobuses casi vacíos, únicamente habitados por

Los más humildes. Llegó a los seis menos ~~seis~~ <sup>diez</sup>.  
Prendió un cigarrillo y se sentó en una banca que  
había frente a la puerta de entrada, apenas le  
había dado dos chupadas al cigarrillo cuando  
llegó su compañero, Omar, un individuo enjuto,  
con unas gafas grandes y pelo muy cuidado. Era  
moreno y tenía ascendencia mexicana, lleva-  
ba siempre consigo un naipe para cualquier  
descanso que hubiera, porque según él, hace vein-  
te años había ganado un campeonato nacional  
de poker. Era un tanto mitómano, pero esta  
era una de las pocas mentiras en las que insis-  
tía. Se sentó al lado de Alberto, le pidió un  
cigarrillo y le dio una larga y honda inspira-  
ción, luego botó el tubo por la nariz, se con-  
fundió con el vaho que hacía visible las horas  
antes de que saliera al sol.

- Ayer conocí a una chica - dijo Omar.
- ¿En dónde?
- En un bar - dijo Alberto - Tiene un pintón.
- De la tiraste? - dijo Alberto y le dio una calada  
a la que ya era una colilla.
- No... me gusta.
- ¿Ella también? - dijo - Le imagino que va por  
tu dinero - Alberto soltó una risa sin vigor.
- Tiene el pelo rojo, como tu esposa.
- ¿Tú qué haces tú en un bar donde hay niñas  
de veinte años?
- Explorando - Omar esbozó una sonrisa y puso  
el cigarrillo entre los labios.
- Una vez más eso... conocí a una mujer con  
una senos enormes - dijo - No me la tiré la  
primera vez, pero sí la segunda y la tercera.  
Pero era tan estúpida que no pude... no pude  
seguir haciéndolo.
- Ana estudia literatura.
- ¿Tiene nombre y todo?

Comenzaban a llegar los rostros adustos de  
otros operarios, todos con sus chaquetas  
amplias y las manos gruesas.

- De verdad le gusta leer - dijo Omar, botando  
el filtro encendido a la acera.

"¿Y qué vio en esto? - ¿El que tiene un trabajo más  
precario que el mío?", pensó Alberto.

- Quedemos en que leeríamos algo algún día -  
siguió Omar.

- ¿Qué le gusta leer?

En otro tiempo Alberto tenía una avidez por  
la lectura de novelas y cuentos que nadie pu-  
do nunca entender. Cada semana sacaba  
un libro nuevo de la biblioteca y lo leía des-  
pacio y captando cada detalle, sin ninguna  
capacidad de abstracción o de crítica.

- Poesía... También escribe...

"¿Qué mierda esos jóvenes que se creen escri-  
tores en una academia", reflexionaba Alberto  
cuando Omar le contó de los andares  
de Ana, que era probablemente una de esas  
chicas que usan sacos de lana y nada de  
magullaje y creían ser aventureras y aspi-  
raban a ser admiradas algún día y publicar  
sus poemas para que otras niñas e hijas más  
inteligentes e inútiles que ellas mismas lean.  
"Sacos de lana, ¿cómo se atreven?"

En ese momento dieron los seis, una pequeña  
campana que sonaba desde el patio frente  
al silencio matutino anunció que era hora  
de entrar. Los dos se pararon y conversaron  
hasta la pequeña puerta por donde todos ingre-  
saban. (Se colaban)

~~El que tenía un trabajo más precario que el mío?~~

- Es pero que esta sea - dijo Alberto, y palmeó la  
espalda de su compañero.

- Gracias - dijo Omar, y desapareció.



Era medianoche y Alberto no podía dormir. Sesenta a colorado, todos los cobijas estaban del lado de su esposa, en el techo todavía se mantenían múltiples ~~manchas~~ Capla veres de zarzucados estirados por un periódico o un zapato. Cerró los ojos en su padre llevándolo al zoológico a ver unos pingüinos. Recordó que vestía un disfraz de vaquero aunque era agosto. Estaban los dos solos. Su padre le hablaba de la naturaleza de aquellos animales al parecer tan nocturnos. Al frente de ellos pasó un hombre con una multitud de globos de todos los tonos. Alberto escogió uno rojo que traía el número (1), simulando una bola de billar. El hombre se la dio a la muñeca y se fue silbando, mientras su padre seguía contentado con una pareja de pingüinos que se habían parado uno frente al otro y ahora solo se miraban, sin emitir sonido. Su esposa se movió dormida y quedó con la cara dirigida hacia Alberto. Él distinguió sus pestañas largas y aquellos párpados que guardaban unos ojos verdes hermosos. Observó el pelo rizado y la piel blanca y sintió aún más calor, un sofoco insuperable. Se levantó en la oscuridad y fue a la sala, para mirar por la ventana que daba a la calle. Ya en unas horas se tendría que despertar.

Se quedó mirando la copa de un roble que se alzaba a unos cuantos metros de la casa. En medio del ensueño vio a la mujer con senos grandes, aquella de la que le había hablado en la mañana. Escapó. También pensó ~~en la mañana~~ se llamaba Olivia, un nombre pomposo para una chica tan básica. Se acordó de ella estudiaba arquitectura y por un momento pensó en llevarla a una cita de verdad, no como la había conocido, en una discoteca sucia con olor a manihuate. Eso le fue mucho

antes de conocer a Lucía. Alberto se levantó y buscó una botella de whisky que había debajo del lavaplatos, tratando de no hacer ruido y sin prender una luz. Tomó un trago largo desde la botella allí parado y la volvió a poner donde estaba. Sería mejor que se fuera a dormir, pensaba Alberto, pasando saliva para hacer más intenso el sabor a alcohol que había en su boca. Continuó sin sentido unos minutos por toda la casa y volvió a la cama. Ya estaba furia. Prendió un cigarrillo, estaba intentando des- pertar a su esposa. Se movió y tosía y por fin se atrevió a ~~mirar~~ zarandearla un poco y la miró con ternura, en un susurro.

- ¿Lucía?
- Hum...
- ¿Quieres un cigarrillo?
- Hum... No... ¿Qué hora es?
- Las tres y media.
- ¿Qué hora es despertar? dijo ella, todavía sin moverse.
- ¿Quieres contarme algo?
- Ya casi tienes que bajar.
- Sí... sí... sí... que un día...
- ¿Quieres hablar?
- Duermete... No importa.

Lucía acomodó su almohada para poderse recostar en la pared, se restregó los ojos pero no los abrió. Alberto prendió la lampara de la mesa de noche.

- Dame uno - dijo ella.

Alberto le pasó la cajetilla y luego la prendió el cigarrillo.

- Tengo calor.
- ¿En qué pensabas?
- En mi padre dijo él - Deberías dormir.
- No... ¿entonces?

- Una vez me llevó a ver las pinguinas al zoológico.
- Hizo una pequeña pausa - ¿Yo cuándo lo llevé a los niños al zoológico?
- Ya habrá tiempo... - Lucía buscaba un cenicero, sin abrir completamente los ojos - hup! esa whisky.
- Me tomé un trago.
- Tenía un sueño... Martín iba caminando delante mío - bostezó sin querer - Yo miraba hacia atrás y oía un lloriqueo... Volteaba y se había caído y tenía sangre en los codos y las rodillas. Me daba angustia...
- Hoy hablé con Omar...

Unas cuantas veces lo habían invitado a cenar. Omar llevaba siempre una botella de vino blanco de mediana calidad y un botazo de cacahuetos verdes y cacahuetos marrones. Querían mucho a los dos niños, jugaban con ellos y se reían y todos juntos.

- ¿Qué te dijo?
- Tiene una nueva mujer.
- ¿Otra veinteañera?
- Sí... pero esta es inteligente.

Lucía soltó una pequeña risa, seguida de un mohín.

- Mi amor - dijo Lucía - Deberías dormir - le acarició la parte de atrás de la cabeza.
- Es verdad.

Apagó la lámpara y abrazó a su mujer y trataron de dormir en el ambiente ahora ensuciado de humo de cigarrillo. No cerró los ojos inmediatamente, olió el pelo de Lucía.

- Cariño... ¿habrá tiempo de llevar a los niños al zoológico?
- Sí, mi amor, habrá tiempo.

Alberto cerró los ojos y vio robles de cincuenta metros de altura alzándose hacia el sol.

## La puerta del mundo

Pasaron nueve meses lentos antes de la última visita al hospital. Lucía estaba de mal humor todo el tiempo, se quejaba por el dinero y el problema de alcohol que le había inventado y cualquier plato sucio que dejara en la cocina. Las contracciones estaban en siete minutos de separación. Eran las doce del día y no tenían nada listo, no tenían nada de dejar a Martín ni a quien llamar para que nos ayudara. Nuestra vecina, una anciana amable con el pelo morado, se hizo cargo de él mientras Lucía podía llamar a su madre para que se ocupara de los asuntos caseros. Eso no sería sino de tres o unas horas, ella vivía en otro pueblo, cerca de la ciudad. Desde la noche, como una premonición, Lucía había dicho que esa día nacería nuestra niña, ya sentía el vientreduro y la cabeza del feto estaba perfectamente orientada hacia abajo, hacia la puerta al mundo. Ninguno de los dos durmió, yo me tuve que excusar en el trabajo, mi jefe ya sabía que ella estaba a punto. Al momento de irnos al hospital tenía ella unas pequeñas gotas de sudor en la frente, pero se veía tranquila y su pelo estaba más hermoso que nunca. Una vez llegamos se descontroló y no pudo llorar sino tres días después, ya en casa y con una nueva niña en sus brazos.

La espera, sin embargo, fue eterna. Al mediodía la sala de urgencias estaba llena, pero los pacientes iban sabiendo uno por uno cada hora. Mientras yo seguía con noticias muy buenas, noticias sobre dilatación y epidurales. Había un hombre que se mentaba, igual que yo, se quejaba todo el tiempo con las piernas temblando y una constante mirada hacia las puertas de cuando salían las enfermeras con noticias efímeras. Con besos y abrazos por un momento de ella su madre y una primera mirada y sonrisa de ella y su hermana. Una embriaguez en los tres

almorcé una comida desagradable que me irrelajó por el resto del día. Ellos se fueron a eso de las siete pude dormir un rato en medio del caos de la ta y el lejano zumbido de las ambulancias acercándose en frente de la puerta. Soné a mi ba caminando de noche por una calle llena de árboles frutales. Las mangas y los linos se alocaron. Me daban una sensación de tranquilidad. Inmediatamente después sentía que corría vertiginosamente por la calle, me daba miedo no poder parar por la inagradable velocidad que había alcanzado. La única manera que concebía para detenerme era agarrarme de un árbol. Cuando lo hice mis pies siguieron andando en el mismo lugar, mientras yo abrazaba a un roncío de olor intenso. Una mano suave y perfumada movía mi hombro, la enfermera tenía que decirme algo. Abrí los ojos y me los cerré, los tendría cerrados. No quería un trago. Dijo que todavía existían algunas complicaciones, Lucía estaba un tanto histerica y eso no ayudaba con la dilatación. Me pidió la autorización para darle un calmante, ya que ella se ruborizaba a tenerlo.

Fui al baño a echarme un poco de agua en la cara. Me senté en el inodoro, hacía días que no había hecho una sola bolita, mi estómago estaba tenso. Podía pasar horas allí sin que nada pasara, por el contrario me ponía a pensar en ella y en los niños en mi empleo. Miserable y entonces se hacía más difícil. Me lavé las manos y el pelo había un hombre mayor con un sombrero de Pata de Gato y una gabardina. Miraba hacia abajo mientras se distinguía el olor espumoso de jabón, tal vez lloraba. Vió que yo estaba observándolo y miró hacia otro lado, tratando de esconder su vergüenza.

- Mi esposa... - dijo entre sollozos -. Ya no...  
Se la rgo a llorar, a tora con fuerza, sin poder

alguno.

- ¿Ya no qué? - pregunté.  
- No responde - se sonó la nariz con un pañuelo -. Ya le sacaron el bebé.

Hasta ahora me daba cuenta que era el mismo nombre de la sala de Espera, el único que había permanecido allí desde la noche anterior.

- Lo siento...  
- ¿Se tomaría un trago conmigo? - dijo, y sacó una bolsa de papel marrón.  
- Por favor... Me puede más de los nervios.

Salieron y la sala estaba ahora casi vacía. Los dos asientos como dormidos en el rincón más lejano, el cruce de la pierna y se quitó el sombrero. Tenía un Gaitede militar, los lados casi completamente rapados y un perfecto cuadrado de pelo arriba, más la rga. Abrió una botellita de vodka y me ofreció primero.

- Primero los que supren - le dije.

Se sonó la nariz que pudo.

- ¿Cómo se llama tu esposa? - preguntó.  
- Lucía... es muy bonita. - Ahora si reabre la botella. ¿Te gusta?  
- Sí, sí - se quedó pensando unos segundos -. Creo que así te voy a poner... a mi bebé.  
- Yo también voy a tener una... se llamará Rita, como mi abuela.

Una hora después, Lucía había entrado en rutaja de parto, no faltaría mucho para que me permitieran acceder a una habitación privada y peluda, con los ojos hinchados y la boquita rosada. Al hombre no le habían dado noticias de nada, al parecer su mujer ~~había~~ perdido sangre por un muro y para no pensar en la transfusión.

Ya habían cogido el vodka, le dije que traer  
café para los dos. Pero cuando volví ya no esta-  
ba, la debían haber llamado para alguna firma  
o a otro caso para ver a su nueva hija.  
Sorbi el café hasta terminarlo y ya eran las  
once, el hombre no había vuelto, pero la abri-  
sa de papá se mantenía intacta donde él ha-  
bía estado. Salí a la misma enfermera pedimen-  
da, me pregunté si no había visto un hombre  
con una flotadora la roja y un sombrero rojo.  
Supe que decir. Al final, le comente que estaba  
con el papá que luego había desaparecido, tal  
vez estaría en el baño o afuera, fumando un  
cigarrito. Ella dijo que era urgente, pero que  
volvería después.

Cuando entré Lucía estaba toda sudada, con el  
pecho hecho un desastre y una sonrisa de labo-  
a tonto. Me acordé que no me quite contar  
que estaba embarazada sino cuando tuvo  
tres meses. Un día su madre había llamado  
y sin que notara después buena suerte y bendicir  
me, pero ya no sabía de qué hablaba. Cuando  
el teléfono, ella no estaba en casa, pensé lar-  
go rato en la penumbra de la tarde, cómo  
volvieramos a hacer esto otra vez, compran-  
do en polvo y sacar gases y tal vez lidiar con una  
enfermedad pulmonaria, algo raro común en  
los recién nacidos. Lucía llegó llorando, y así su-  
ra pudo decir los líneas que había preparado  
en silencio. También había hablado con su  
madre y se sentía terrible por no haberme  
contado. Me abrazó a corte y en seguida me pudo  
oírme con ganas. Los dos nos miramos fija-  
mente y yo le acaricié la mejilla con la mano,  
sin sonreír.

Alcía tira y la lleve a la única ventana de la  
habitación que daba a la calle y a una vista  
de toda la ciudad. Observé como había predi-  
cho, su carita toda morada, el pelo rojo  
completamente pegado a su cabecita, y como

estaba protegida por un gorrito con huellas de  
esta rosada esta pedos.

- Esto fue como veinte veces peor que Martín.
- ¿No te dieron el calmante? - Le miré.
- No sirvió de nada.
- Martín salió en tres horas, ¿no? - Sonríe viendo a Rita.
- Sí... - Nos miraba sonriendo. - Ya estoy vieja, mis  
caderas no responden.
- ¿Vieja? - le dije. - Mirame a mí... Parece su abuelo.

Me senté en un sofá amplio que había al lado de  
la cama, con la niña en brazos. No hablamos  
durante mucho tiempo, los dos nos quedamos  
un día de esos contemplando la nueva vida,  
hasta que llegó otra enfermera que se ofreció  
a darle un baño a la niña. Pero Lucía desconfi-  
ó y no dejó que lo hiciera. La enfermera se retiró  
un tanto ofendida. Dejé que Lucía le diera de comer  
y fui por una botella de agua, decía sentirse con  
falta sed que su boca parecía llena de arena.  
Pasé por la sala de espera y allí estaba de nuevo  
el hombre, sentado en la misma silla, con las pier-  
nas aún tambaleando.

- Ya nació - le dije.
- Felicitación - dijo, sin levantar la cara.
- ¿Te gustan a ti? -
- Sí... me gusta escapar - tenía lágrimas en los  
ojos y las mejillas. - Me pudo hacerle... Me pudo  
hacer nada... ¿Cómo voy a criar a una niña  
yo sola?

No sabía cómo preguntarle sobre su esposa.

- Y... ella?
- Está agonizando... - se paró de la silla. - Espera  
que yo decida que hacer.
- ¿No sirvió la transfusión?
- Nada funcionó... - Bajó la mirada. - Y la niña es  
tan hermosa, igual de blanca a ella.

- Haga lo que tenga que hacer.
- ¿No tiene algo de tomar?
- Lo siento... Nos vemos luego.

Volví al cuarto y Lucía lloraba, mientras Rita succionaba uno de sus pezones. Estaba toda sonrojada. Me acerqué y acaricié su cabello, pegado, sudoroso. En unas horas saldríamos, iríamos a la casa y dormiríamos. No me acordé de Martín sino hasta ese momento. ¿Qué estaría haciendo? La niña soltó el pebón para tomar aire y la leche no dejó de salir, se rescurría gota a gota por la boca que le habían puesto. Por un momento se paró un espectáculo grotesco, volteé la mirada y observé la ciudad de nuevo. Suspiré sin querer.

Horas después yo la llevaba por un pasillo en una silla de ruedas, ella cargaba a su niña con un cuidado propio de un niño de calle en una bolsa. En la primera habitación, antes de la salida, estaba parado el hombre con un manojo de cobijas en los brazos. A lo lejos me reconoció. Pase y le hice una pequeña reverencia con la cabeza. El hombre sonreía. No sabía lo que había de decirle, pero parecía feliz. Salí del hospital con la luz del día apenas aclaraba. El rocío estaba sobre la hierba fresca y yo también sentía una felicidad insoportable.

"Y después, después de que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él"

Mateo 3, 16

"Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón"

Mateo 6, 21

norma

## Bibliografía

- Barthes, Roland. *El grado cero de la escritura*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1985. Impreso.
- Borges, Jorge Luis. “Tema del traidor y del héroe”. En *Ficciones*. Madrid: Alianza Editorial, 2009, 146-152. Impreso.
- Bukowski, Charles. “La vida de un vagabundo”. En *Hijo de Satanás*. Tr. Cecilia Ceriani y Txaro Santoro. Barcelona: Anagrama, 1993, 18-36. Impreso.
- \_\_\_\_\_. “Un día”. En *Hijo de Satanás*. Tr. Cecilia Ceriani y Txaro Santoro. Barcelona: Anagrama, 1993, 36-48. Impreso.
- Carrasquilla, Tomás. “Apunte autobiográfico”. En *Cuentos*. Bogotá: El Áncora Editores, 1997, 9-14. Impreso.
- Carver, Raymond. *La vida de mi padre. Cinco ensayos y una meditación*. Tr. Hernando Valencia Goelkel. Bogotá: Editorial Norma, 1995. Impreso.
- Chéjov, Anton. “Alma de paloma”. En *Cuentos*. Tr. J. Vento. Moscú: Editorial Progreso, 1974, 57-76, Impreso.
- \_\_\_\_\_. “Carta a A.S. Savourin”. En *Del cuento y sus alrededores*. Compilación de Carlos Pacheco. Caracas: Monte Ávila, 1993, 320. Impreso
- \_\_\_\_\_. “El león y el sol”. En *Historia de un contrabajo*. Tr. E. Poolgursky y A. Aguilar. Bogotá: Norma, 1994, 75-81. Impreso.
- \_\_\_\_\_. “La dama del perrito”. En *Historia de un contrabajo*. Tr. E. Poolgursky y A. Aguilar. Bogotá: Norma, 1994, 205-31. Impreso.
- Cortázar, Julio. “Todos los fuegos el fuego”. En *Una flor amarilla*. Bogotá: Ariel, 1976, 109-18. Impreso.
- Eagleton, Terry. “Introducción: ¿Qué es la literatura?”. En *Una introducción a la teoría literaria*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1988. Impreso.

- Eichenbaum, Boris. “La teoría del método formal”. En *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1999.
- Hemingway, Ernest. “Campamento indio”. En *Cuentos*. Bogotá: Penguin Random House, 2014, 121-26. Impreso.
- \_\_\_\_\_. “Gato bajo la lluvia”. En *Cuentos*. Bogotá: Penguin Random House, 2014, 205-09. Impreso.
- Kafka, Franz. *Escritos sobre el arte de escribir*. Madrid: Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuentetaja, 2003. Digital.
- \_\_\_\_\_. “Ante la ley”. En *Obras completas*. Volumen I.
- Leal, Luis. *Historia del cuento hispanoamericano*. México: Ediciones De Andrea, 1971. Impreso.
- Martínez, José Luis. “Unidad y diversidad”. En *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 1979, 73-92. Impreso.
- Monterroso, Augusto. “La tortuga y Aquiles”. En *La oveja negra y demás fábulas*. Madrid: Alfaguara, 1998, 35. Impreso.
- Ortiz, Tundama. *Cuentos de minicuentos. Antología póstuma*. Bogotá: Chiquitico, 2009. Impreso.
- Pavese, Cesare. “Herman Melville”. En *La literatura norteamericana y otros ensayos*. Barcelona: Random House Mondadori, 2008, 121-51. Impreso.
- \_\_\_\_\_. “Sherwood Anderson”. En *La literatura norteamericana y otros ensayos*. Barcelona: Random House Mondadori, 2008, 70-90. Impreso.
- Propp, Vladimir. *Las raíces históricas del cuento*. Madrid: Editorial Fundamentos, 1998. Impreso.
- Ribeyro, Julio Ramón. *La palabra del mudo I*. Lima: Seix Barral, 2009. Impreso.



- Rulfo, Juan. "Paso del Norte". En *El llano en llamas*. Bogotá: Ediciones Monserrate, 2006, 117-24. Impreso.
- Salinger, Jerome David. *El guardián entre el centeno*. Traducción de Carmen Criado. Barcelona: Edhasa, 2009. Impreso.
- \_\_\_\_\_. "Justo antes de la guerra con los esquimales". En *Nueve Cuentos*. Tr. Elena Rius. Barcelona: Edhasa, 2008, 61-82. Impreso.
- Straumann, Heinrich. *La literatura norteamericana en el siglo XX*. Tr. Mario Monteforte Toledo. Mexico: Fondo De Cultura Económica, 1961. Impreso.
- Todorov, Tzvetan. *Los géneros del discurso*. Caracas: Monte Ávila, 1996. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *The poetics of prose*. Nueva York: Cornell University Press, 1984. Impreso.
- Williams, Raymond. "Literatura". En *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, 1997. Impreso.

## **Segunda Parte: Conversaciones de sala**

*The one thing we yearn for in our living days, that makes us sigh and groan and undergo sweet nauseas of all kinds, is the remembrance of some lost bliss that was probably experienced in the womb and can only be reproduced –tho we hate to admit it– in death.*

Jack Kerouac

*Aquel hombre no fue  
un funcionario arrogante  
se consideraba un inútil  
para los asuntos del mundo  
por suerte  
le dieron un puesto sin importancia  
así  
pudo caminar tranquilo  
y libre  
bajo los árboles*

Wang Wei, *Parque de los ailantos*

## Índice

Sonrientes, despreocupados.....	80
Zapatos nuevos .....	86
Tocadiscos .....	90
Tranquilo .....	93
La luz de la sala .....	97
Despedida .....	104
Culpa.....	108
La puerta del mundo .....	114
Pingüinos .....	120

## I

Nada me cuesta admitir que no soy más que un ignorante.

Tampoco me cuesta admitir que poco me importa la humanidad.

Voy por el mundo como por el vacío, en silencio.

Soy invisible y vano, soy insignificante y fatuo.

Cuando la gente me mira, están viendo a un fantasma, a la nada que existe, a un ser transparente que no merece ser escuchado nunca.

Aparezco todos los días vestido de negro, ese es el color de mi alma.

Soy un ser diferente cada semana, nadie sabe quién soy en realidad, no hay una unidad en mi ser.

Me miro en el espejo, mis cabellos largos y mis ojos oscuros y mis rodillas irregulares, y me extraño, si es que alguna vez asoma mi reflejo.

Hay dentro de mí una duda, una duda eterna de que tal vez el día de mi nacimiento el mundo estaba enfermo.

Todo lo que es mío me es ajeno, mi carne y mis huesos y mi vida.

Contemplo todo esto en un día lluvioso y vivo como si nada de lo anterior estuviera en mi mente.

## Sonrientes, despreocupados

Habíamos invitado a cenar a la hermana de Lucía y a su esposo. Eran una pareja sonriente y bastante educada, aunque Lucía me contaba siempre de las horribles peleas que tenían. Alguno de los dos salía con un golpe en la cara y sangre goteando. Ellas dos no se veían desde hace años, porque estábamos viajando mucho y ella tampoco tenía mucho tiempo, trabajaba de enfermera en un hospital pediátrico. Turnos de doce horas y a veces de un día entero. Ahora había pedido vacaciones, pero no querían quedarse en nuestra casa, sabían de nuestra condición, y donde vivíamos era pequeño, perfecto para dos. Lucía había preparado lasagna y comprado vino tinto.

Al oír el golpeteo suave en la puerta saqué una botella de vodka y la puse sobre la mesa de la sala.

Mariana, la hermana de Lucía, llevaba un vestido rojo escotado, el pelo liso hasta los hombros, los labios también rojos. Era una mujer con una presencia remarcable. Tomás, su esposo, era por otro lado un individuo enjuto y muy alto, con el cabello rubio y unos ojos grandes y saltones. Todas las chaquetas que le vi puestas alguna vez llegaban hasta la mitad de su antebrazo. Tomás se sentó conmigo en la sala, ellas fueron a la cocina. La hermana de Lucía había traído un postre.

–¿Cómo va el trabajo? –dijo Tomás, acomodado en el sillón de cuero.

–Mal.

–¿No te gustó?

–El jefe es un hijo de puta.

Tomás se rió.

–¿A quién esperabas? ¿A Jesucristo? –Se reía de manera desmedida–. Es un trabajo de mierda, pero paga bien.

–¿En la editorial no hay nada? –Me arrepentí de haber preguntado en cuanto pronuncié las palabras, Tomás era el más hijo de puta de todos.

–No, nada –Miró hacia la ventana, como quien no quiere enfrentar una mentira.

–¿Y Sara? –Abrí la botella.

–Bien, llega la otra semana –Se quedó viendo el líquido transparente un momento–. Mariana dijo que no podía tomar hoy. La última vez...

–¿Qué pasó?

–Mi revolver apareció en la cocina –Bajó la mirada–. Yo no me acuerdo de nada.

–¿Y ella que dijo? –pregunté, solo por decencia, no me interesaba en lo más mínimo.

–Dijo que era mejor que no lo supiera.

De todas maneras me serví el trago y le di un sorbo breve. Lucía apareció sonriente con un guante de cocina en cada mano y la lata de lasagna. Pasamos a comer, pero dejé la botella en la sala, para evitar problemas. Quise ambientar un poco la comida, sabía que a Mariana le gustaba Paul Simon, puse un disco y ella sonrió de inmediato y me guiñó un ojo con disimulo y picardía.

–¿No les contamos de la carta que nos mandó Sara? –dijo Mariana, entre bocados.

–No, ¿qué decía? –dijo Lucía.

–Creo que está en el carro, ahora la traigo.

–¿Algo malo? –comenté.

–Tienen que oírla –dijo Tomás con la boca llena.

Se hizo un silencio que pareció prolongado.

–¿Y el nuevo trabajo? –preguntó Mariana, dirigiéndome una mirada repentina y encantadora.

–Bien, por ahora –Miré a Tomás con sigilo.

Pasamos luego a la sala a tomarnos unas copas. Lucía y Mariana y yo nos servimos, el otro miraba con reserva. Mariana se pegó a mi lado en el sofá y ellos dos se sentaron en dos sillas diferentes, las únicas que teníamos.

–¿Ya fueron a visitar a Alejandro? –dijo Mariana.

Alejandro era un viejo amigo del colegio, había sido esposo de Lucía hace algunos años, todos lo conocíamos. Le gustaban los deportes extremos, en especial montar bicicleta en las montañas. Un día en una excursión se estrelló con una piedra enorme y rodó unos veinte metros colina abajo, la bicicleta le cayó encima y se fracturó la espalda y el fémur derecho. Por una parte me sentía bien, Alejandro era un degenerado, según lo que me contaba Lucía de él. La primera vez que tuvieron sexo (ella era virgen), Alejandro eyaculó encima de ella, en su pecho. Lucía lo miró asombrada, sin saber qué hacer, salió del cuarto y fue a lavarse. Y esa no era la única historia. Solía ponerse violento en la cama a un punto donde ya no era excitante y cuando entraron a la universidad Alejandro empezó a beber todos los días con sus amigos, comenzando a las nueve de la mañana y terminando tres días después. Lucía lo esperaba siempre, lloraba y le daba pena. En unas vacaciones ella se fue con unas amigas a la playa y cuando volvió él estaba viviendo con otra mujer en su apartamento, una rubia con ojos grandes y tristes y una figura extremadamente delgada. Lucía me mostró una foto.

Ahora debíamos ir a visitarlo al hospital porque probablemente iba a morir, aunque el accidente no había parecido tan grave, luego le encontraron una hemorragia interna y una contusión cerebral. Lucía todavía hablaba con él, por una simple nostalgia.

–No creo que debamos –dije.

–Claro que vamos a ir.

–¿Qué tal unas flores? –Hice un mohín.

–Voy sola entonces –dijo, mirándome, decidida.

–Yo voy contigo –Saltó Mariana.

–El pobre hombre se va a morir, ya la vas a tener para ti solo –dijo Tomás, y de nuevo soltó una carcajada interminable.

–Luego lo discutimos –dije, mirando de reojo a Lucía.

Se hizo de nuevo un silencio, largo.

–¿Y bien?... ¿No nos iban a mostrar esa carta? –dijo Lucía.

–En este instante la traigo –Tomás salió de la casa y un viento helado entró por la puerta.

Lucía fue a la cocina y nos quedamos solos. Le serví un poco de vodka, ella se acercó con precaución, rozando sus rodillas con las mías. Pasó su mano delicada por mi muslo, de arriba abajo, luego me apretó cerca de la ingle y sonrió y se mordió el labio de abajo. En su ojos podía ver la lujuria, esa bestia temible que pocas veces despertaba, salía y dejaba todo vuelto mierda. Yo le miré el escote, sus senos formidables y blancos sobresalían en la luz de la sala, ella tomó mi mano y la dirigió a uno de ellos. Ya la sangre bajaba a mi miembro, pero Tomás y Lucía volvían, sonrientes, despreocupados, un tanto borrachos.

–Nos vemos a las doce, en el bar de la esquina –Me susurró, tocando suavemente mi oreja con sus labios.

–Aquí está –dijo Tomás, alzando dos hojas arrugadas.

Mi mujer se acomodó y Tomás comenzó a leer.

*Hola. Si todavía les importa, esta carta va a significar algo para ustedes, o al menos eso creo. No puedo ordenar bien mis ideas así que disculpen el desorden. Hace unos meses tenía un novio del que les conté hace rato, pero ya no se deben acordar. Era el que jugaba basket y era bastante apuesto y que era menor que yo. Después de que terminamos me enteré de que era gay. Se buscó a otro y se volvieron muy amigos míos luego de un tiempo. La relación se volvió seria, querían un hijo, no sé por qué. No hablaban de nada más, si no estaban hablando de eso se*



*quejaban de las mujeres y de cómo ahora eran mucho más felices, aunque mi ex decía que yo era una niña muy linda y no se arrepentía de haber estado conmigo...*

–¿Y esto para donde va? –pregunté.

–Espera un segundo –respondió él y volvió su vista ya a la segunda hoja.

*Estaban obsesionados con eso de tener un hijo. Hablaron conmigo varias veces, pero yo tenía mis dudas. Un día me lo pidieron en serio y simplemente les dije que lo haría. No podrían creer el brillo en los ojos de los dos cuando se los dije. Ya van a ser tres meses desde la propuesta. Los dos me pidieron, tan dulces, casi arrodillados, por lo que no vi ningún problema en prestar mi barriga para que pudieran ser felices. Creo que era lo correcto. Ya sé que me van a juzgar pero no importa, quería contarles. Por otro lado, mi profesor de Romanticismo quiere conocerlos...*

–¿Y no les avisó antes? –preguntó Lucía, con los ojos desorbitados.

–No, esto es lo primero que escuchamos –dijo Mariana.

–La carta sigue, ella se disculpa y dice luego que en realidad no iba a contarnos... –dijo Tomás, todavía con las hojas en la mano–. Todavía no se le debe notar la panza, ¿cierto, amor?

–Lleva muy poco.

–Yo la entiendo, se sentía insegura, es una decisión importante –dije.

–No debió tomarla sin nosotros –dijo Tomás–. ¿Qué harías si tu mujer te llegara con esas? Que le va a ayudar a un par de maricas prestando su vientre...

–Probablemente no estaría de acuerdo –respondí–. Además Lucía es homofóbica.

Lucía soltó una carcajada discreta y me lanzó a la cabeza una servilleta hecha una bola.

–¿Intentas burlarte, Alberto? –dijo Tomás, con tono solemne.

–Solo era un chiste Tomás, relájate.

El ambiente se tornó denso.

–Es la vida de Sara, es la vida de mi hija –espetó él, apretando las hojas de la carta.

–Tranquilo, yo sé lo que es eso.

–No lo sabes, no tienen hijos –Su cara se estaba tornando roja–. Son una pareja falsa, miserable y falsa.

–Tomás... –dijo Mariana, como si fuera a dar una orden.

–Cállate, a ti tampoco te importa –Le dijo a ella–. Ya sé que te acuestas con él, ya lo sé y ni siquiera me preocupo, no eres lo suficientemente hombre para satisfacerla –Ahora me miraba.

Lucía soltó un pequeño gemido.

–Tomás –dije–, es mejor que se vayan –Me paré.

–Antes contéstame algo –dijo–. ¿A ti también te lame las bolas?

Me abalancé sobre él pero Mariana se puso delante y no podía hacer nada, no me atrevería a sacarla del camino. En seguida tomaron sus chaquetas y salieron a la calle y dejaron la puerta abierta. Lucía no se había movido, seguía en su lugar con el vaso de vodka en la mano y la mirada fijada en el suelo. Yo me acerqué y la abracé y empecé a llorar, no sabía por qué, pero no había manera de contenerme. Ella soltó el vaso y me acarició el pelo y puso mi cabeza entre sus senos, suspirando. La puerta seguía abierta y de nuevo el viento frío de esa noche sin luna entró tratando de revolver las hojas mustias de un helecho que teníamos en la entrada. Lucía subió al cuarto y yo me quedé solo para terminar la botella y fumarme todos los cigarrillos. Me observé en el espejo de la entrada, ya tenía que afeitarme. Mis ojos marrones se veían cansados, cada vez tenía menos pelo.

Miré el reloj. Ya eran las doce. Tomé mi abrigo y salí sin afán, rumbo al bar de la esquina.

## II

Seguirás sufriendo por mucho tiempo. Estaremos siempre estancados en un mismo instante, en una corriente marítima de la cual queremos salir pero no es posible, tenemos miedo de quedarnos atrás de la corriente, quedarnos en el medio del océano sin saber para dónde mirar. Si la vida pasara al lado mío, probablemente la ignoraría, y si la notara, patearía su joroba y sus grandes ojos azules de mujer. El hombre constantemente busca nuevas formas de experimentación para hacerse sufrir, ya sea amando una mujer, tratando de hacer arte o con la simpleza de una amistad. Una vez miramos a nuestro alrededor y descubrimos que existe tal cosa como el amor, inmediatamente todo se torna negro, todo es ahora sospechoso, no podemos nunca experimentar un ápice del placer sin sentir un segundo después una sospecha mayor por aquel sentimiento agradable. No recuerdo la última vez que estuve feliz por más de dos minutos. Cada dos minutos vuelve a mi pensamiento el sentir negativo de la realidad, que me remueve instantáneamente de la fantasía en la que estaba viviendo. Y es tal vez porque pienso mucho, porque no puedo salir de mi cabeza ¿Cuántas veces no me habré perdido la inocente sonrisa de una mujer? Pero no importa y sigo pensando, sin actuar. El olvido taladrará un pequeño hoyo en mi mente que representa cada batalla perdida contra mí mismo. Cada oportunidad dejada de lado hará que oiga el ensordecedor ruido del taladro viniendo hacia mí. Entonces volveré a sufrir y pensaré qué hubiera sido pero como siempre digo la palabra *hubiera* no debería existir. Es una manera del hombre de crear otra fantasía de pasados inexistentes. Sufrir no es más que vivir.

## Zapatos nuevos

El sábado por la tarde fue al centro comercial en busca de una camisa y unos zapatos para su nuevo trabajo. Se pegaba a las vitrinas viendo modelos serios con mentones de piedra luciendo chaquetas y corbatas elegantes. Por fin había conseguido trabajo en un banco. Entró a una tienda diminuta con un techo bajito y una escalera de caracol que llevaba a un piso todavía más pequeño. Un viejo con gafas gruesas atendía. Le tomó las medidas del cuello, los brazos y la espalda para la camisa, anotando todo con letra críptica en una libreta. Preguntó el nombre y un celular para comunicarse con el cliente, él respondió “Alberto”, con una voz carrasposa y cansada. El anciano lo puso con mayúsculas arriba de las medidas y siguió con las piernas y el tiro. Empezaba a hacer calor en el local, solo había oxígeno suficiente para un hombre. Una vez terminó, el viejo hizo un recibo para Alberto con todas las especificaciones de lo que había pedido: Una camisa blanca con ovillos para mancornas y dos pares de pantalones, unos negros y unos azules. Allí mismo consiguió unos zapatos de descuento.

Alberto llegó a su casa y los niños estaban con la niñera. Alice era una muchacha bonita, de quince años que hace unos dos cuidaba a Martín y a Rita. Nunca habían tenido queja de ella, excepto esa vez que Rita se pegó en la cabeza con una silla en la sala. Alberto le pagó las horas que había estado con los niños y se puso a descansar en el sofá y a mirar televisión. Martín vio a su padre y fue corriendo a su cuarto, gritó algo a su hermana, que vino también y se echó encima de Alberto.

–Pa, te tengo que mostrar algo –dijo Rita.

–Muéstrame lo que quieras mi cielo.

–Hoy di un bote completo hacia atrás, ¿quieres ver?

–Claro.

Rita se puso en frente del sofá. Cogió su pelo con un caucho e dispuso el cuerpo para realizar la hazaña. Impulsó las manos y cabeza hacia atrás y dio el bote, que culminó peligrosamente cerca de la pared de la sala. Se paró un tanto nerviosa, esperando el aplauso de Alberto, que por supuesto vino con una sonrisa enorme. Martín solo contempló la escena, orgulloso de su hermana menor. Los dos se fueron corriendo otra vez. Alberto tomó la bolsa con los zapatos y se los probó, estirando las piernas para ver mejor sus pies calzados y brillantes.

Al rato llegó Lucía, su esposa. Traía una cara terrible, pálida y terrible. Soltó el bolso y lo tiró al sofá y se sentó dando un suspiro.

–¿Qué tienes? –dijo Alberto.

–Me van a transferir.

–¿A dónde?

–Al noroeste, bien arriba.

–¿Y qué vamos a hacer?

–¿Acaso yo sé? –Estaba a punto de llorar– ¿Cómo me preguntas eso?

–El lunes empezaba en el banco...

–No puedo renunciar –Hubo un silencio.

–¿A qué ciudad?

–Eugene.

–No hay otra opción, ¿cierto?

–Creo que no –Lucía miraba al piso. Se dio cuenta de los zapatos–. ¿Y esos zapatos?

–Eran para el trabajo...

Lucía no quería mudarse otra vez. Al fin se habían podido instalar en una ciudad, tenían a Alice y los niños iban a un colegio aceptable que no demandaba mayor problema, la agencia de viajes donde trabajaba Lucía se daba la libertad de transferir a sus empleados para rendir mejor en una u otra sucursal. Lucía era muy buena en el trabajo; las ventas en su oficina eran las mejores del país, ese año habían sido sobrepasadas solamente por Nueva York, donde el mercado era amplio. Ahora tendrían que irse a una lluviosa, fría y fantasmagórica Eugene, que nunca iba a igualar como vivían.

Empacaron todo en cajas y contrataron un camión de 19,99\$ en el que viajaron por dos días para llegar a Oregon. Todo lo pagaba la empresa, la mudanza y el primer mes de renta en la nueva ciudad, como ya había ocurrido tres años atrás.

Alberto condujo el primer día, desde las ocho hasta las siete, con paradas continuas para que Martín fuera al baño, pues por coincidencia había amanecido con diarrea. Se la pasó durmiendo todo el día, cuando despertaba inmediatamente tenían que parar. Una vez llegaron a un motel de carretera, Martín se sentía mejor y no quería acostarse. En esa primera jornada llegaron hasta Ashland, justo después de la frontera entre California y Oregon. El otro día le correspondía a Lucía. Ella tenía la costumbre de manejar rápido, así le había enseñado su padre y así lo había hecho toda la vida. Avanzaron la distancia que quedaba hasta el mediodía, en parte fue porque la carretera era recta y aburrida; Alberto había previsto llegar en la noche.

La casa en Eugene era mucho más grande que la anterior. Tenía dos plantas y un altillo en donde pondrían cantidades de cajas con álbumes de fotos y decoraciones de navidad.

—Ma —dijo Martín, apenas vio la nueva casa— ¿Va a venir Alice a cuidarnos?

—No corazón, ya encontremos a alguien nuevo.

—¿También se llamará Alice?

—No creo, amor mío.

Alberto puso a cargar su celular y vio que había unas cuantas llamadas de un número que no conocía. Intentó devolver la llamada pero nadie contestó. Bajó todas las cajas él solo y las puso en un pasillo que había a la entrada. Terminó sudando y entró a la ducha y apenas puso su cabeza debajo del agua se dio cuenta de que las toallas estarían en una caja olvidada. Llamó a su mujer y esperó empapado por quince minutos, hasta que ella volvió y le dijo que su celular había estado sonando. En ese instante entró una nueva llamada.

—¿Quién es? —preguntó Alberto, sin más.

—Mr. Keeler, ¿es usted Alberto?

—Sí —Ninguno de los dos dijo nada por un momento—. ¿Cómo dijo que era su nombre?

—Mr. Keeler, el sastre...—Hizo una pausa— Lo llamaba para decirle que sus pantalones y su camisa ya están listos, para que pase por ellos cuando pueda.

—Pero ya no los necesito...

—¿Por qué? ¿Para qué los mandó a hacer entonces?

—Iba a trabajar...

—Tiene que venir por ellos.

—Pero estoy en otro Estado.

—Venga por los pantalones, *por favor*.

El anciano cortó la llamada, y Alberto sintió un escalofrío extraño, el tono con el que le había hablado Mr. Keeler era firme y aterrador. Sentía ahora la necesidad de volver a California para recoger las prendas nuevas de un trabajo que ya no existía. No sabía qué hacer. Dijo entonces a su mujer que volvería en unos días, tal vez una semana.

### III

Me gustan las estrellas. Y la luna y las mujeres. Los libros. Los papeles tirados en la calle y las nubes grises, y el olor después de llover. Caminar. Tener pesadillas. El negro y el rojo, el blanco. No me gustan las personas. El conocimiento y el cine. Las librerías. La ira injustificada. Hablar. La gente que habla duro o mucho o en cualquier momento. Que digan Hola en vez de Buenas Tardes. La universidad. Toda la gente que estudia literatura. Me gusta la idea del suicidio y escribir y no tener muchos amigos. La barba. No me gustan los conciertos de música alternativa. Y la gente que va a esos conciertos. Y su risa y sus besos y como cantan y se visten. A la mierda. Los cafés: tomarse un tinto y hablar sobre poesía. Maricadas. Me gusta la biblia y el budismo. Los hijos hermosos de los ricos y las calles de Chicó. No me gusta “gran poeta chileno”. Traducciones mediocres de Wang Wei. Las viejas con minifalda y maquillaje. O solo el maquillaje. Me gusta el maquillaje en los hombres. El pelo rojo y los ojos azules y las pecas. Samhain y disfrazarme de mujer o de cualquier cosa. No me gusta la cordialidad, la piedad, la amabilidad: todas representaciones de la hipocresía. La política y la sociedad y el mundo que no quiero conocer. Me gusta ser invisible.

## Tocadiscos

Llegué a casa y ella estaba sentada en una butaca, fumando un cigarrillo en el jardín delantero, mirando al vacío. Tenía el pelo cogido en una cola alta y sus uñas larguísimas cubiertas de esmalte rojo resaltaban a la luz del mediodía. Yo acababa de llegar de una entrevista de trabajo, una psicóloga me había evaluado con una prueba de aptitudes, para una labor que requería levantar ladrillos y llevarlos a otro lugar. ¿Qué posible condición mental me impediría realizar aquella labor? No lo sé. Me senté al lado de ella, en el pasto, y me quité la corbata y la chaqueta y enrollé mi camisa hasta los codos.

–¿Cómo te fue? –preguntó.

–Creo que bien.

–¿Te atendió mi amiga?

Era solo levantar ladrillos. Ella tenía una amiga que trabaja en esa empresa de construcción.

–No estaba –Hice una pausa–. ¿Y Rita?

–Dormida, adentro está la niñera.

La acaricié por debajo de la falda de pliegues que llevaba. Estaba helada.

–¿Acabaste de salir?

–No, es que me estaba congelando adentro.

–¿Me das una chupada? –Le quité el cigarrillo de los labios, la punta tenía labial.

–Tengo que pagarle a la niñera.

–Yo no tengo nada –Aspiré de nuevo–. Solo cargaba lo de los buses, nada más –no me estaba mirando–. ¿No te pagaron ayer?

–Ya se acabó todo.

–¿Cómo? –La miré furioso, ella todavía tenía la mirada vacía–. ¿Cómo fue que te gastaste todo en un día?

–Compré un nuevo tocadiscos. El nuestro estaba dañado.

–¿Me estás jodiendo la vida? –Me paré en frente de ella, tapándole el sol.

–No, ve y miras –Asomó una sonrisa perturbadora y fría.

Entré y vi todo en oscuridad, mis ojos no se habían acostumbrado al contraste de luz. En el sofá había una caja. El nuevo tocadiscos. Llamé a la niñera y le di unos cuantos billetes y le dije que se fuera, ella sonrió nerviosa. Me senté al lado de la caja, tenía la respiración pesada. De repente me entró una sed ávida, me agaché a un pequeño mueble que teníamos y saqué una



botella abierta de whisky, la abrí y serví un trago enorme. Al lado del aparato había una bolsa y dentro estaba el recibo. Era verdad. Se había gastado casi todo el sueldo. El tocadiscos se veía majestuoso entre toda la porquería que teníamos, era brillante y negro y con los bordes de madera. Traté de tranquilizarme. Acabé el trago y cerré los ojos, recordé un día en que estábamos los dos solos en el río, ella llevaba un bikini rojo con pepas blancas, tenía el pelo suelto y liso, como siempre. Ella se lanzaba al agua, yo la perseguía. En algún momento gritaba porque había sentido algo rozándole los pies, entonces salía despavorida y casi llorando. Yo buscaba nuestras toallas que estaban cerca en una roca y la envolvía en una de ellas y luego le daba un beso suave en los labios mojados.

Entró buscándome. Pude oír sus pasos silenciosos aun con los ojos cerrados. Se paró frente a mí, todavía tenía la misma sonrisa de hace un rato, macabra. Cruzó los brazos, como esperando que yo le dijera algo. Pero no dije nada, nadie dijo nada. Conecté el tocadiscos al lado del televisor y me puse a buscar entre nuestra colección. Era tal vez lo único que conservábamos, los anillos de matrimonio y las cadenas de oro y la cristalería fina se habían ido. Encontré uno de Tom Waits y sonreí. Ella solo miraba. Empezó a sonar y la cogí de una mano. Me acerqué a ella, qué bien olía. Bailamos abrazados por un largo tiempo, bailamos porque ya no había nada que hacer.

–Solo quería bailar –Me susurró en el oído, cuando el disco acabó.

#### IV

Después te empezarán a respetar.

Te buscarán para que digas algo inteligente.

Para que firmes libros y des entrevistas y sonrías para las fotos del periódico.

Pero ya no hará falta vivir.

En la vejez tendrás convicciones serias,

serás reverenciado,

serás estudiado.

Ya no podrás ser un fantasma.

Ya no sabrás ser feliz.

## Tranquilo

*You are my best friend, but then you died  
And how will I survive, survive, survive, survive?*

La ventana del cuarto daba al jardín trasero. Desde allí veía ahora a Lucía y a los dos niños en la arenera que habían instalado hace algunos meses. El colchón de la cama estaba desnudo, Lucía había quitado las sábanas y las cobijas para lavarlas. Era una mañana de sábado. Se acercó a la ventana y saludó a sus hijos con una sonrisa forzada y seca. Volvió a la cama y restregó sus ojos con fuerza, tenía la boca reseca, sus piernas no respondían a los impulsos, se sentía mareado, cansado.

La noche anterior, después de que todos se habían ido a dormir, se había levantado con sigilo, consciente de que su esposa sabía siempre cuándo se paraba. Fue a la cocina y buscó entre los botes de detergente uno que contenía vodka. Ya estaba acostumbrado a que Lucía botara el vodka y el whisky y cualquier otro tipo de bebida por el fregadero. Ahora lo escondía allí, pero ella no tardaría mucho en descubrirlo también. Tomó un vaso y se sirvió el primer trago. Afuera y adentro hacía frío, era noviembre y todos los días llovía, así como en octubre y en enero. Se sentó en un sillón roído y sucio que tenía hace mucho tiempo y no quería tirar porque era uno de los pocos recuerdos físicos que poseía de su amigo Felipe, que había muerto cuando él tenía veintitrés. Compartían un apartamento cerca a la universidad, se habían conocido el primer día de clases, y Felipe, cuando se graduaron y ya no iban a vivir más juntos, quiso que Alberto se quedara con el sillón y los vinilos de Led Zeppelin. Para compensar, él le dijo a Felipe que se llevara el televisor y el escritorio donde leían y escribían, además de la colección de objetos perdidos. Todo lo habían comprado entre los dos. Después, el hermano de Felipe le contó que todo el tiempo había tenido una adicción a la cocaína y hasta el día de hoy Alberto se preguntaba cómo había hecho para esconder tal cosa. Encontraron su cuerpo meses después de la graduación. Alberto pensó que tal vez todo había empeorado una vez habían dejado de vivir en el mismo lugar. Hubiera podido ayudarlo, o tal vez ya no necesitaba ayuda. Al final, el padre de Felipe le entregó una cajita llena de aretes, llaves, llaveros, cauchos para el pelo y otros objetos sin valor alguno. Alberto los conservaba todavía en la parte superior de su armario.

Unas horas después se había acabado toda la botella de detergente, pero su sed no disminuía. No tenía más licor en la casa, de modo que decidió salir a comprar más o a quedarse en un bar

hasta el amanecer. Caminó con el viento helado y los charcos en la calle por mucho rato, hasta que encontró una cantina en un sótano de aspecto sórdido. No había mucha gente para ser viernes. Se sentó en la barra y dijo al camarero que le dejara la botella de una vez, para no tener que llamarlo todo el tiempo. Un anciano con una chaqueta de gamuza estaba al lado, mirándolo de reojo. Se acercó unas cuantas sillas para hablar. Alberto miró para otro lado, no estaba de ánimos para una típica conversación de bar.

–Parece preocupado –dijo el viejo.

–El alcohol me pone nostálgico.

–¿Sabe? –Un tufo a whisky le salía de la boca –A mí se me murió un hermano cuando tenía quince años.

Alberto volteó la cabeza, no completamente seguro de haber escuchado bien. Mantuvo la calma, sin embargo.

–¿Qué le pasó?

–Estábamos en el río y él se bañaba, el agua estaba turbia –contestó, cabizbajo–. La corriente se lo empezó a llevar y yo cogí una rama para ver si se podía sostener, pero al final se fue, y le vi la cara de preocupación antes de que se ahogara.

–Eso suena horrible.

–Siempre pienso en él, todo el tiempo me pregunto qué estaría haciendo –El olor a whisky se intensificaba, estaba claro que el anciano llevaba ebrio unas cuantas horas.

–Es una lástima.

–Nunca lloré por él y ya creo que no lo voy a hacer.

–Tal vez deba intentarlo –dijo Alberto, mientras se paraba y arqueaba la espalda.

Pagó la botella y se despidió del viejo y se fue con la mitad de ella, vagó por la calle hasta que se le acabó. Parecía que ya nada podía emborracharlo, siempre llegaba a la casa muy lúcido, pero en el momento en que caía en la cama se quedaba desmayado, y a veces no despertaba hasta la siguiente noche. Lucía lo sabía y no podía hacer nada, irse no era una solución, él era quien trabajaba y pagaba todo, ella ocasionalmente hacía pasteles para sus amigas pero no conseguía mucho dinero. Hace unos meses había tenido un trabajo fugaz en una fábrica de cajas pero atascó una máquina y la echaron en quince días. Ella se limitaba a aguantar y a desocupar las botellas que encontraba escondidas en la casa.

Se dio un baño, pero aún sentía el mismo malestar. Quiso acostarse, pero hacía mucho frío y no había nada para taparse. Fue a la sala y vio cuatro marcas redondas en el tapete, algo faltaba pero no quería pensar ni decir qué era. Se devolvió al cuarto.

–Lucía, ¿quieres entrar un momento? –La cara de Alberto no tenía expresión alguna.

Lucía entró por la puerta trasera.

–¿Qué pasa? –dijo.

–¿En serio? –La miró con fiereza–. ¿En serio es el momento para hacerte la estúpida?

–Tranquilo, cariño.

–¿Dónde está?

–Ya no está –contestó.

–En serio.

–Se lo llevaron –dijo, mirando hacia la calle–. Unos vagabundos.

–¿Lo tiraste?

–Olía a moho, ya era hora.

Lucía se acercó y le acarició la mano y lo abrazó. Luego soltó un suspiro en su hombro y se mantuvo cerca por un momento. Sintió que la respiración agitada de él suavemente descendiendo. Un gemido leve empezó a repetirse, Alberto estaba llorando. Se separaron y Lucía vio la cara de su esposo un tanto hinchada y los ojos rojos, tomó un pañuelo del bolsillo y limpió unas lágrimas que todavía escurrían. Lo tomó de las manos.

–También tiré la caja que estaba en el armario.

–Era lo mejor –dijo, entre lamentos.

Se sentaron en el comedor aún con las manos apretadas y oyeron el llanto de uno de los niños en el jardín. Martín se había raspado la rodilla.

## V

De pronto me encuentro hablando solo.  
En murmullos digo algo que no se escucha  
y me río de un chiste que hice para mi deleite.

Hablo con mis amigos pero ellos no ponen atención,  
mis palabras no importan.

Si suspiro y me asusto al momento de dormir  
es porque sé que nadie me acompaña,  
es porque no he hablado con nadie todo el día.

Nadie conoce mi nombre,  
Nadie advierte mi presencia,  
Nadie sabe que me gusta espiar a las parejas con ojos brillantes  
que sonríen y se dicen cosas tiernas al oído.

## **La luz de la sala**

Nuestra casa era muy pequeña, mi esposo se había comprado a un anciano que tenía cataratas. Tenía solo un cuarto, una cocina diminuta y una sala donde apenas cabía un sofá de cuero y dos sillas. El segundo piso era un ático habitado por ratas y al cual nunca subíamos. En esos momentos él trabajaba en una agencia inmobiliaria, pero no había vendido una sola casa en tres meses y estaban a punto de botarlo. Yo no tenía empleo, me sentaba a escribir en las mañanas y pensaba que algún día saldría en una revista importante. Me encargaba de la casa, de cuidar el jardín, de ir al supermercado a comprar lo que necesitáramos. Él era mayor que yo, él me mantenía, él decidía todo. Yo me aburría y de vez en cuando iba al casino con mi amiga Natalia, ella siempre ganaba y me daba la mitad de sus monedas y perdíamos todo al final. A veces nos dábamos besos entre las máquinas, besos inofensivos y entre risas. Ella venía después a nuestra casa y tomábamos vodka con jugo de fresa, nos dormíamos hasta que él llegaba y nos despertaba y Natalia se iba tambaleando. Yo me pegaba mucho a él en la cama y teníamos sexo casi todos los días.

Un día Natalia me dijo que buscaban mujeres jóvenes en una editorial, dijo que debería ir por una entrevista. Me maquillé y me puse mis tacones altos. Me peiné y mandé a hacerme las uñas. No sé para qué buscaban mujeres bonitas, igual fui. Me recibió un chico menor que yo, tenía los ojos azules y llevaba un gorrito que lo hacía ver adorable. Él mismo me hizo la entrevista, dijo que estaban buscando una recepcionista, la última había renunciado por un caso de acoso sexual. Dijo que no debía preocuparme por eso. No me entusiasmé, pero la manera de hablar de él era hipnotizante y ya no podía hacer más que sonreír y asentir a todo lo que decía. La mayor parte de la entrevista hablamos de libros, pero también mencionó que había ido al concierto de Björk el mes pasado y yo le dije que había estado en la primera fila. Me contó de la cantidad exorbitante de marihuana que había fumado. Nos reímos un buen rato. Al final comentó que yo le había gustado, consultaría con una de sus compañeras de recursos humanos para recomendarme y dar una respuesta casi de inmediato. Cuando salí sentí una opresión en el pecho y el estómago y tenía una sonrisa que no me podía quitar de los labios. Llamé de inmediato a Natalia y le conté todo, menos que el chico era guapo.

De ahí en adelante todo se vino abajo. El matrimonio y mi trabajo y todo lo demás. Él nos encontró besándonos en el sofá, un lunes a las once de la mañana. Creo que ya sabía desde hace

un tiempo: un día cualquiera salió de la casa y el anciano Daniel regaba su jardín. Yo vi por la ventana cómo se saludaban y cómo Daniel negaba con la cabeza y apretaba sus labios una vez él se había ido. Ese mismo día él llegó de trabajar tardísimo, yo estaba medio dormida en nuestra cama con el televisor prendido. El ruido de la puerta me despertó y fui a encontrarme con él. Me pidió que le hiciera algo de comer, cualquier cosa. Luego dijo que se daría un baño mientras tanto. Le hice dos sánduches de queso derretido y un café oscuro y lo llamé desde la cocina. No contestó. Lo llamé más fuerte esperando una respuesta. Fui hasta la habitación y estaba tirado boca abajo con la chaqueta puesta y el maletín en la mano izquierda. Traté de levantarlo pero no pude, lo dejé en ese descanso profundo y me comí lo que le había hecho. Esa noche dormí en el sofá para no despertarlo, y porque ya tenía una culpa honda en el corazón que no podía disimular por mucho más tiempo.

Al amanecer me dolía el cuello. Abrí la puerta de nuestro cuarto con precaución, él estaba debajo de las cobijas, desnudo y con el reloj ajustado en la muñeca. Era lo único que no se había quitado. Me apresuré a hacerle el desayuno y mientras lo hacía asomé la cabeza por la ventana que daba hacia la calle y el anciano Daniel estaba sentado en una mecedora, comiendo lo que parecía ser una manzana cortada en rodajas. Me rasqué la nariz y tendí un mantel sobre la mesa. La mañana era luminosa, el sol apenas estaba cogiendo fuerza y el aire estaba limpio. Esperé allí parada unos segundos y luego fui a levantarlo. Mientras comía, yo lo miraba en silencio, con la mandíbula apoyada en una de mis manos. Él me dirigió una sola mirada fría. Pasó muy cerquita de mí cuando terminó. Salió luego de la casa sin despedirse. Era la primera vez que no hablábamos, por más de cinco minutos.

Pensé toda el día en la incertidumbre. Llamé al chico, para tranquilizarme o para confirmar mis dudas, él se sintió preocupado y quiso venir a verme, el riesgo que significaban esos encuentros me producían un palpitar fuerte del corazón y una presión sensación de vacío en el vientre, como cuando se baja muy rápido de una calle empinada en un carro. Llegó y nos acostamos un buen rato en la cama, frente a frente, pensando en qué hacer. Salimos al casino, ahora hacía mucho calor y no había una sola nube en el cielo. Natalia estaba allí y por supuesto ella sabía de todo el asunto, pero nunca había conocido al chico. Lo desaprobaba con miradas despectivas y frunciendo el entrecejo, después se le pasó y sonreía con sus dientes blancos. Ya cuando el atardecer acababa, el chico me dejó a unas cuantas calles de la casa, desde donde caminé despacio, contemplando el cielo arrebolado, sin ganas de llegar y encontrarme con lo



desagradable. Pero llegué, y era como si nada hubiera pasado. Me dio un beso fuerte, dijo que estaba helada. Nos sentamos a ver televisión en la cama con una manta para los dos, repetían una película de vaqueros. Con lentitud y luego de repente, los dos nos quedamos dormidos. En la madrugada hacía frío, el televisor estaba apagado, y él seguía allí, abrazándome, con una expresión tranquila en el rostro.

Pasaron algunas semanas tranquilas. Le había dicho al chico que no me llamara, que ahora solo nos veríamos en el trabajo. Aún así, sabía que él llegaba tarde de vez en cuando y el chico se aparecía tocando el timbre, con su Toyota aparcado en la acera, como si fuera su casa. Pero luego dejó de venir porque yo solo dejaba que me besara el cuello, nunca íbamos más allá. Me lo reprochaba todo el tiempo, subía la mano por mi muslo hasta la entrepierna y tenía que alejarlo como una adolescente de película americana, por más de que me hiciera estremecer.

Un viernes en la noche mi esposo llegó, estaba muy agitado y tenía pequeñas gotas de sudor en la frente. El pelo lo llevaba bien peinado hacia atrás, llevaba su traje lujoso, el único que tenía, y los zapatos brillantes, sin ningún error. Parecía que fuera a salir de la casa, como si fuera todavía la mañana. Se acercó y me puso una mano en cada mejilla y me besó con fuerza, Se quedó mirándome muy cerca, sonriendo. “¿Qué paso?” dije, “¿por qué estás así?”. Sacó su pañuelo y se limpió el sudor de la frente. “¿Hay whisky?” preguntó. Yo contesté, “debe quedar un poco”. Fui a mirar a nuestro improvisado bar al lado del sofá de cuero, le serví un trago y se lo pasé. Nos sentamos en el sofá.

“¿Me vas a decir qué pasa?” inquirí, ya un tanto impaciente. Tomó la mitad del trago y aclaró la garganta, y sentía de nuevo ese vacío en el vientre. “¿Te acuerdas de la casa a las afueras?” dijo. Asentí con la cabeza y tomé lo que quedaba de whisky en el vaso de él. “Adivina” dijo. Iba a hacer que yo lo dijera, me limite a sonreír y lo abracé con vigor, sentí su perfume fuerte, la áspera textura del traje. No me quise separar de una vez porque yo ya tenía lágrimas en los ojos, y no eran de felicidad. Había conseguido que un viejo con ascendencia libanesa comprara esa mansión, que era la más cara que él manejaba. Era un regalo para su mujer, una muchacha de veinte años. Él se ganaría una buena parte de la comisión. Dijo después que ya podría renunciar a mi trabajo porque nos iba a llegar una buena suma.

Esa fue la última noche que tuvimos sexo. Traté de disfrutarlo de todas las maneras posibles, pero su aliento me daba asco ahora, su piel y su pelo y sus ojos eran insoportables. No sé qué

había pasado, me sentía feliz porque íbamos a tener un poco de dinero por un tiempo, pero él ya me repugnaba.

Al día siguiente llegué al trabajo a contarle las noticias al chico, fuimos a una pequeña cocina que había al lado de su oficina. No se mostró feliz, tenía una expresión dura, cada minuto miraba su reloj y se pasaba la mano por la frente. “Lucía” empezó. Me puse seria, después de haber llevado una sonrisa falsa por largo tiempo. “¿Por qué no me volviste a llamar?” preguntó. Fruncí el ceño y me quedé en silencio por unos segundos, no sabía qué decir, ni siquiera podía mirarlo. Le repetí que me iba a mudar y ya no tendría que trabajar más por ahora. El chico se limitaba a renegar con la cabeza, escuchando sin querer lo que yo decía. Al final se calmó un poco, aunque seguía resentido, y nos despedimos con un abrazo intenso y prolongado y dijo que me iba a buscar después, donde quiera que estuviese.

Él encontró una casa más cerca de su trabajo, en el norte, en un mejor barrio, donde las sirvientas sacaban a pasear a los perros de raza pura y en donde toda la hierba era verde y bien conservada. En menos de diez días tuvimos todo empacado. Un lunes me levanté y él ya se había ido a trabajar, había cajas por todos lados, era difícil encontrar una taza para servirse el café o un sartén para cocinar. Bostecé y me paré de puntas con los brazos extendidos por encima de la cabeza. Me asomé a la ventana, Daniel volvía de dejar la basura en el andén, tres bolsas negras miserables. Lo observé en su caminar lento y parsimonioso, no me vio, pero yo sabía que él estaba enterado de todo. Cerró la puerta sin mirar atrás. Me acomodé en el sofá con el último vaso de vidrio –que llené de café negro– a dormir, a pensar en nada concreto. El fuerte sonido del timbre me puso en alerta, eran un poco más de las once y no podía imaginar quién era, lo pensé un segundo y enseguida lo supe. Me restregué los ojos, cerré mi bata y abrí la puerta. Allí estaba parado el chico, con sus ojos azules y una sonrisa seductora. No quería que estuviese en mi casa desordenada, pero igual lo hice pasar. Lo primero que me preguntó fue: “¿Y cómo está tu amiga? La del casino...”. “No sé” dije, despreocupada. “No he vuelto a ir”. “Me la encontré el otro día”, dijo con la sonrisa todavía ahí, “nos tomamos unas copas... es en verdad muy atractiva”. “Espera... ¿tú y ella?” pregunté, casi gritando.

El sonido de una llave llegó a nuestros oídos sin ningún aviso. Los dos tornamos la cabeza hacia la puerta. Un instante después estaba él parado en frente de nosotros. Tenía una cita cerca y pensaba pasar a almorzar. Le temblaba la mano derecha, no podía contener los movimientos frenéticos que sus labios hacían inconscientemente, por unos segundos se quedó ahí quieto,

contemplándonos. Luego, puso la mirada fija en él y se le lanzó encima. Los dos rodaron por el piso y rompieron la pequeña mesa de vidrio que estaba entre el televisor y el sofá. Él era un hombre fornido, y el chico era muy menudo y de baja estatura, en un momento llegué a temer por su seguridad. Era inútil tratar de separarlos, lo único que yo hacía era gritar como una desesperada. En un momento mi esposo se levantó, sangrando en la comisura de los labios, el chico estaba tendido en el piso tosiendo sin aliento, lo cogió de la camisa e hizo que se levantara él también y le mandó un derechazo terrible que lo dejó tendido en medio de la sala, sangrando por todas partes, inconsciente.

“¿Sabes?” gritó, “Daniel me dijo... me dijo que todas las tardes un muchacho venía en un Toyota... y que salía una hora después... ¿pensabas que no sabía?”. Yo estaba sentada, llorando amargamente, viendo el cuerpo aún inconsciente del chico, no podía dirigirle una sola mirada a mi esposo. Sabía que cuando lo hiciera me pegaría una cachetada, o algo mucho peor. “Ya teníamos casa nueva” siguió, tratando de contener la leve hemorragia con la tela de su camisa. “Quise ignorarlo... pensé que era mentira... ¿Qué pasó?”. En ese instante me quedé helada. Quieta. Sin saber qué hacer, qué decir. El chico empezaba a despertarse con lentitud, saliendo de un letargo que pareció muy largo, aunque no debió pasar más de un minuto. Mi esposo lo miró de reojo, no quería dejar de mirarme. Por fin me decidí a hablar. Las únicas palabras que pude pronunciar, antes de que me interrumpiera fueron: “Ya no nos volvimos a ver... Hace tiempo se acabó”. En ese momento el chico recuperó la conciencia y empezó a arrastrarse por la sala hasta que encontró el borde de una de las sillas y pudo incorporarse, aún tambaleando. “Los dos... Afuera” dijo mi esposo. Y nada más.

Cuando se sintió en condiciones de manejar, el chico tomó camino y yo me quedé en el andén, sin saber a dónde ir. Solo tenía a Natalia de amiga, pero ahora ya me parecía extraño que estuviera con él, era perturbador. Igual la llamé, pero no contestó, ella también se sentiría extraña. Caminé entonces hasta una cafetería que quedaba cerca de casa y me senté en una mesa y ordené un té helado. Era mediodía. Pasé la tarde rondando sin sentido, fui a un parque y estuve horas mirando el cielo. Me decidí a tomar un taxi pero no me alcanzaba el dinero. Tomé entonces un autobús que me llevó hasta el casino, donde recorrí muchas máquinas, esperando encontrarme a Natalia. Pero ella nunca apareció. Ese día no fue al casino. Llamé al chico de un teléfono público y me contestó con una voz lejana y cansada. Me dijo que pasara por su casa, si quería. No deseaba volver a mi casa, la herida era muy reciente para él. Caminé hasta donde el

chico y toqué en su puerta. Abrió con la cara hinchada y unos cuantos hielos envueltos en una servilleta de tela. Nos paramos en la cocina. “¿Qué piensas?” dijo. “En nada... No quiero ir con él” contesté. “Quédate aquí”. “No”. “¿Adónde vas a ir entonces?”. “No sé... ¿Cómo viviríamos?” dije. “Yo tengo trabajo... te puedo dar el que tenías si quieres”. El chico despegaba la servilleta cada minuto y sentía con la punta de los dedos los moretones que se iban formando poco a poco. Fui al baño. En el lavamanos había gotitas de sangre por todos lados. Me miré al espejo. Tenía ojeras hondas y grises, la piel estaba pálida, el pelo seco y sucio, las manos llenas de mugre y pudor. No podía hacerlo. No me podía quedar con el chico. Mi marido me esperaba, me esperaba tal vez para otra pelea. Pero la pelea pasaría y volveríamos a ser felices hasta que él buscara otra o yo encontrara otro chico a quien fastidiar. Así sería. Tendríamos otras relaciones y no importarían, porque nuestros destinos estaban unidos. Me despedí del chico sabiendo que ya no lo vería más.

Todavía tenía unas cuantas monedas para volver a casa. Y eso fue lo que hice. Me bajé del bus y caminé despacio, porque sabía lo que tenía que hacer y me asustaba. Llegué al jardín y subí los escalones del porche. Solo había una luz prendida en toda la casa. La luz de la sala. Él estaría allí, leyendo el periódico, *esperando*. Abrí la puerta.

## VI

Una pared blanca. El escritorio café con verde y la tinta negra. Un libro de César Vallejo, el afiche de la mujer de cincuenta pies. Afuera suenan los estallidos de la pólvora, propios de la época. Los perros ladran en el silencio nocturno. Él se sienta tranquilo en la silla. Una mujer ha cruzado su mente más de diez veces en dos días. Un amor lejano, imposible, viejo como él mismo. Así parece ese amor. Y ya hace mucho no pensaba en ella, el ambiente de los días pasados, de remembranza, habían sugerido tales pensamientos. Hoy justamente la había observado en una foto, es preciosa. Se da cuenta de que el idilio de una niñez ya acabada todavía persiste, está arraigada en lo más profundo. Por más de que trate de negarlo, ese amor nunca fue correspondido. Vuelve esa tensión en el pecho entonces, el suspiro inevitable y delicado, la distracción constante. Ya está amando nuevamente a una quimera, esa idealización que ahora crea. Luego de mucho tiempo de estar guardado, el tormento del amor eterno, primero y último, se manifiesta y retumba en cada rincón de su cabeza y nada se puede hacer, la mente se ha nublado y ahora andará por el mundo sonriendo y pensando que ya ese amor ha sido suyo en otro tiempo. Pero nunca lo fue. Ni lo será.

## Despedida

Entré a la cocina y el pescado se cocinaba en el aceite. Ella estaba en la ducha, esperábamos a alguien. Yo tenía puesta mi única camisa, una de azul gastado que hace años mi madre me había regalado. Me había puesto colonia y mis zapatos brillaban. La cocina estaba impecable. En la mañana yo había pasado la aspiradora por todo el apartamento y luego había cepillado todos los tapetes y descolgado la ropa recién lavada. Metí la mano en los bolsillos viendo el pescado hacer saltar pequeñas gotas de grasa. Tenía mi billetera y dos monedas con algunas palabras que me repetía todos los días. Una decía: “sé justo”, y la otra: “acepta la pérdida”. Nunca las había dejado, se mantenían todo el tiempo conmigo. Ella me las había regalado mucho tiempo después de nuestra primera y más larga separación. Llegó a mi casa en las afueras de la ciudad y no dijo nada y me entregó esa suerte de amuletos y se fue, con una sonrisa. En mi billetera solo había unos cuantos papeles y fotos sin importancia. Me senté en la sala a esperar. Abrí todas las ventanas para disipar el olor del pescado frito. El sonido de la ducha desapareció de repente, desde la sala la vi salir con el pelo mojado y la toalla bien ajustada arriba de los senos. El aroma del shampoo inundó el recinto, combinándose con las emanaciones del aceite. Se quitó la toalla y empezó a secar su pelo y luego lo peinó con cuidado y aplicó una loción para que se mantuviera en orden todo el día. Luego se puso un sostén rosado y unos calzones negros. Me veía mirándola y seguía vistiéndose con tranquilidad, incluso más despacio para que yo me pudiese fijar en su cuerpo blanco, en las pecas que tenía en el pecho y los brazos, en el pelo rojizo, casi rubio de su pubis. Miré de nuevo el róbalo, cuidando de no acercarme tanto. Le dije a ella que ya estaba listo y nuestra compañía no había llegado aún, ni siquiera habían llamado para confirmar. Ella sabía la hora en que llegarían realmente, por eso no se molestaba en apurar sus movimientos. Por el contrario se tomó el tiempo para aplicar una crema de flor de Jamaica en sus muslos y en sus pantorrillas y luego en su cara y su cuello. Se lavó los dientes y empezó a maquillarse: primero una base del tono de su piel, la pestañina y el delineador y un toque de sombra en los ojos, los labios de color café, ocre; un poco de rubor. Apagué la estufa y alisté la mesa y abrí el vino, un vino tinto que había costado más de lo normal y aun así traía corcho de plástico. Me senté a la cabeza del comedor. Todavía podía oír en silencio los movimientos silenciosos de ella, a veces interrumpidos por una tos o cuando se aclaraba la garganta. Maldijo al darse cuenta que se había maquillado antes de ponerse el vestido; ahora debía proceder con cuidado. Salió por fin perfumada y no me dejó darle un beso porque me llenaría de labial. Entonces sonó el timbre. Un

hombre gordo —no excesivamente gordo— me pasó la mano para que la estrechara y me sonrió. Tenía los dientes amarillos y en uno de sus colmillos aparecía un retazo de metal, llevaba un blazer gris y una camisa blanca y pantalones negros. Zapatos de gamuza. El hombre era calvo, no tendría más de cincuenta años, y el pelo que le quedaba a los lados era de color azabache. Tenía la tez morena y unas manchas oscuras en su cabeza a causa, probablemente, del sol. A su lado iba una jovencita de quince años con un vestido rojo corto y medias de malla y zapatos de tacón con una suela elegante de color verde. Ella también saludó con la mano y mostró sus dientes perfectos. Pasaron a la mesa, como les indiqué. Le serví vino al hombre y miré dudoso a la joven, quien asintió en señal de aprobación. El vino sabía terrible pero a los dos invitados les gustó, les pareció de buena calidad. Mi mujer no salió del cuarto al instante, le gustaba que su ausencia se notara y le gustaba aún más que todo el mundo sintiera su presencia entrando. Salió entonces caminando derecha, como una modelo, saludó al hombre y a la niña le tiró una sonrisa y le puso una mano en el hombro. Yo pasé los platos con la comida. Una ensalada de rúgula con brie, el róbalo apanado y unas papas gratinadas con queso. La joven pidió un vaso de agua. Se habló de la elección oportuna del licor y de la excelencia del queso de la ensalada. De nada más. No podíamos abordar el *tema* a menos de que él lo hiciera. Ella estaba nerviosa, se reía en momentos inoportunos y hacía preguntas que no podían ser respondidas. Una vez pasamos a la sala a comer postre —un pie de limón casero—, el hombre se quedó callado mirando al vacío y nosotros nos sentamos al borde de dos sillas con enorme expectativa. La joven movía su pierna cruzada mostrando gran parte de sus muslos lozanos. No me disgustaba. El hombre planteó la cuestión, tan simple como era. Pero nosotros no sabíamos qué decir. Nos excusamos para discutirlo a solas en nuestro cuarto, en nuestra cama. Ella estaba de acuerdo. Yo no. Debíamos viajar a la mañana siguiente. Era eso o *nada*. Salimos y el hombre y la niña se miraban. Pidieron más vino y no se dijo palabra alguna. Ella saltó con nuestra conclusión. No habría que preocuparse por diligencias, ni visas ni dinero. Solo tendríamos que aparecer en el aeropuerto con las cosas que más importaran. El hombre agradeció la comida y dijo que la joven se quedaría un rato más con nosotros. Salió por la puerta sin despedirse. Nos abrazamos mientras la niña miraba. Nos sentamos frente a ella. Nos tomamos otra botella de vino. Nos miramos y luego ya no nos volvimos a mirar. La joven nos dio los detalles del viaje, los tiquetes sin regreso y un sobre sellado lleno de dólares. Se despidió como había saludado: dientes blancos y uniformes en una boca preciosa. En la noche no pudimos dormir. Apagamos todas las luces y decidimos que

no llevaríamos nada. Acostados, mirando al techo, lamentamos nuestra existencia y también agradecemos al mundo. No cerramos los ojos de inmediato. No pensamos en nada.



## VII

Cada lunes corría todas las cortinas y me desnudaba completamente. Solía mirarme en el espejo, detallando cada espacio de mi cuerpo, fijándome específicamente en lo que no me gustaba, aquello que odiaba. Casi siempre terminaba explorando mis piernas gordas, otras veces era mi culo chato, con celulitis. Nunca me habían dicho fea, pero a la gente le gusta mentir. Luego iba, todavía desnuda, a mirar por la ventana que daba al patio trasero, en donde por ninguna parte me podrían ver. Miraba mis flores y el limonero en la mitad del patio. Si me sentía valiente salía con un canasto y recogía algunos limones con apuro y una sonrisa leve en los labios. Mi madre llegaba puntual a las siete de la noche, hora en la que yo ya estaba vestida. Le tenía comida lista y nos sentábamos a ver las noticias. Pasaba toda la semana esperando que fuera otra vez lunes, para vivir esa vida secreta que nadie conocía.

## Culpa

*Her eyes were terrible and deep, and he held them  
as long as he could.*

Raymond Carver, *One more thing*

Martín cumplía un año y sus padres organizarían una fiesta para celebrar este acontecimiento. Su madre, Lucía, llamaría a todas sus amigas que tenían hijos, llamaría a su hermana, a sus tías y a su mamá. Todas vendrían, tomarían una copa de vino y hablarían del nuevo restaurante cantonés, de la última colección de Marc Jacobs y del divorcio de Margarita, que nadie se lo creía. El esposo de Lucía, Alberto, no haría nada, se sentaría con su hijo en un brazo y un vaso lleno hasta el tope de whisky. Lucía se maquillaría y se pondría sus únicos Louboutin e iría a la peluquería a arreglarse el pelo. Se tomaría dos copas de vino, como siempre. Allí conocería a Carolina, la hija de su amiga Clarita. Luego de que todos se fuesen, Lucía cuidaría de su niño, no dejaría que su esposo lo tocara, aún cuando hace algunas horas ni siquiera lo miraba. Lo acostaría y le daría sus remedios, se dormiría ella y se levantaría a medianoche a llorar sin razón.

Carolina. Tenía los ojos azules, no era muy alta, el pelo largo y liso le llegaba casi hasta el final de la espalda. Resultó siendo una buena candidata, confiable. Ayer le hicimos la entrevista, le preguntamos sobre su vida y su familia y lo que le gustaba hacer. Ya tenía experiencia en cuidar niños pequeños, tiene cuatro hermanos, todos menores que ella. Nunca dejó de sonreír, no sé si estaba nerviosa o es así todo el tiempo. Cada dos minutos se pasaba la mano por el pelo, se trataba de peinar aunque estaba perfectamente ¿Cuántos años tendría?, creo que nunca le preguntamos. Mi esposo, Alberto, quedó encantado con ella. Es bastante atractiva, tiene amplias caderas y es muy flaca. Donde me entere de que algo pase entre ellos, ahora sí me separo de él. Esto no se soporta dos veces. Y a él que le gustan así, de menos de veinte. Antes de tener a Martín me veía con otros ojos. Cuando nació Martín todo se complicó, el doctor dijo que iba a ser un niño enfermo, que tenía un problema en los pulmones. Tuvimos que pasar tres meses en el hospital antes de que él se recuperara completamente. Después de eso, no lo hemos sacado a la calle ni una sola vez. Pero, como dijo Clarita, ya era necesario que yo saliera porque si no me iba

a enloquecer sentada mirándolo a él todo el día. Por eso nos recomendó a su hija mayor, además de que Carolina necesitaba la plata para ir a un concierto.

Estaba maquillándome en nuestra cama, cuando él salió del baño con la toalla envuelta en la cintura. Todavía tiene un buen cuerpo, firme, deseable. Tenía el pelo muy corto, lo que le hacía ver la nariz más grande, siempre se lo decía, pero él no ponía atención.

–Apúrate mi amor, que ya vamos tarde –Le dije, mirando el pequeño espejo circular enfrente mío.

–Sólo me tengo que vestir –Se pasaba la mano por la barbilla recién afeitada.

–¿Ya le diste a Carolina tu celular?

–Sí, ya te había dicho –Se quitó la toalla y su miembro arrugado por el agua quedó a la vista–. No va a pasar nada.

–Bueno, te espero abajo –Le dije mientras se ponía su ropa interior.

La casa olía a perfume. A jabón y a perfume. Cuando lo acostó se quejó y trató de llorar pero luego se calmó. Ya estaba cansada, llevaba horas cargándolo mientras ellos se arreglaban y se iban. Alberto la miró varias veces, de arriba abajo. Ella no le puso atención. Fue a la cocina y puso un poco de mantequilla sobre una tostada y se recostó sobre la pared. Salió al balcón y se quedó observando el horizonte, las casas sobre el monte iluminaban la vista de Carolina. Metió la mano en el bolsillo y encontró el papel con los números de celular de los dos. Extrajo la cajetilla de cigarrillos y encendió uno. Lo fumó despacio, exhalando el humo hacia arriba. Vio el parque oscuro, los árboles suavemente ondeándose por el viento. Le dio una última chupada y botó la colilla al abismo. Cuando entró, oyó el llanto de Martín, y fue corriendo hacia su cuarto. Prendió la luz y lo encontró con la cara completamente roja, tosiendo y llorando al mismo tiempo. Las lágrimas le escurrían rápidas por las mejillas. No dejó de llorar cuando lo cargó, ni cuando lo meció ni cuando le intentó dar de comer. Se preocupó entonces y tomó el papelito y llamó.

–No vayas a tomar mucho –dije, mientras esperábamos a que abrieran la puerta del apartamento.

–Nunca tomo mucho.

–Siempre terminas ebrio y haces un escándalo.

–¡Hola Carlitos! ¿cómo estás? –Le dije efusiva al esposo de mi amiga, un hombre pequeñísimo, con pelo rizado y una voz aguda.

–Muy bien María, me alegra que vinieras con Alberto –Se acercó a mí, y me dio un beso un poco húmedo–. Por favor sigan.

El apartamento estaba lleno. No era muy grande, pero aún así la gente parecía no caber en ese lugar. No conocía a nadie, con excepción de Carlitos y Rebeca, mi amiga. Habían pasado menos treinta segundos y ya teníamos un trago de whiskey en la mano. Mi esposo se lo tomó de una vez y le pidió otro a Carlitos. Yo me quedé con los brazos cruzadas sobre mi pecho, sin hablar con nadie y sólo pensando en Martín. Rebeca me vio y empezó a hablar. La música comenzó a subir en volumen, y hubo un punto en que ya no podía escuchar nada de lo que decía. Le dije que debía ir al baño. Eché el whiskey por el lavabo y salí de nuevo a buscar a mi esposo. Bailaba en ese momento con una mujer que nunca había visto en mi vida. Tenía tetas postizas y gruesos labios. Se sonreían uno a otro. Una vez me encontró con la vista, saludó con la mano que no estaba en la cintura de la mujer y siguió bailando hasta que se terminó la canción. Se acercó apestando al perfume barato de esa suripanta. Me dio un beso en el cuello y yo lo alejé con fuerza.

Lucía salió al pasillo, a Rebeca no le gustaba que fumaran dentro del apartamento. Sonó el celular antes de que pudiera prender el cigarrillo. Era Carolina. Entró corriendo luego de colgar y tomó a su esposo del brazo. Cogieron un taxi y se devolvieron a la casa. Sólo llevaban media hora en la fiesta. Llegaron en menos de diez minutos en un taxi endemoniado. Carolina lo tenía cargado, movía su cuerpo en diferentes direcciones. Lucía lo tomó enseguida, dándole besitos en la frente, tocándole sus mejillas para ver si tenía fiebre. Alberto se quedó al lado de ella, mirándolos, atónito.

–¿Será que puedes llamar una ambulancia, por favor? –grité, furiosa.

–Tranquila mi amor –Se pasó la mano derecha por la cabeza–. Carolina, pásame el teléfono por favor.

–Él estaba bien cuando se fueron. Yo salí al balcón a fumar y cuando regresé estaba así, todo rojo –dijo Carolina pálida, al borde de las lágrimas.

No le quise dirigir la palabra. La miré con los ojos hirviendo de ira. Claro, ella sólo me quería quitar a Alberto, que le iba importar mi bebé. La muy zorra. Y la sigue mirando. Todo esto es culpa de ella. Seguro que lo dejó solo todo el tiempo y se puso a hablar con sus amiguitos. Mi esposo llamó la ambulancia. Martín tosía y tosía. Le trataba de dar agua, pero no me la recibía, todo lo que yo hacía era inútil. Nunca debí haberme ido, Clarita me obligó, al igual que mi esposo y Carlitos y Rebeca. Puse entonces el termómetro debajo del sobaco, y lloró un poco, estaba frío. Un minuto eterno después, marcaba 39.5 °C. Más de cuarenta y ya tenía pocas posibilidades. Miré hacia la ventana e involuntariamente empecé a rezar. En los momentos difíciles la fe es lo único que queda.

La ambulancia nunca llegó. Cogí las llaves de la moto de mi esposo, los dos carros estaban en el taller. Entre unas mantas envolví a Martín. Alberto me siguió y quitó las llaves de mi mano, dijo que él conduciría, yo iría atrás con el bebé. Le pagamos a Carolina por la noche completa. Ella se fue todavía con la cara descompuesta, preocupada porque no había hecho un buen trabajo. Pero la culpa era de nosotros. Le pregunté a Alberto que si estaba en condiciones de manejar, dijo que sí con la cabeza, mientras se ponía el casco. El hospital estaba a veinte minutos de la casa, llegaríamos en diez. Cuando empezó a subir la velocidad de la moto, sostuve a Martín lo más fuerte posible, apoyándolo con una mano contra mi pecho mientras con la otra me agarraba de la cintura de él. La noche estaba tranquila, no había muchos carros en la ciudad, pudimos pasar todos los semáforos en rojo. Unas pocas nubes se empezaban a acumular para cubrir la luna tenue. Un viento frío nos pasaba por todo el cuerpo. Las hojas secas a lado y lado del camino volaban a nuestro paso, mi corazón palpitaba cada vez más rápido a medida que nos acercábamos.

La sala de emergencias estaba llena y nos tocó esperar un montón de tiempo y luego nos acomodaron en una silla miserable e infinitamente incómoda en la que terminé pasando dos noches antes de que nos asignaran un cuarto pequeño en el octavo piso del hospital. Él seguía un poco borracho, aunque ahora se le veía más consciente y la expresión de su rostro era de preocupación. ¿Sería como cuando nació? Yo no podría aguantar de nuevo esto. Pasó la primera noche y solo nos informaron que tenía los pulmones cerrados y tendrían que abrirlos con sucesivas nebulizaciones e inhaladores especiales para niños de aquella edad. A la salida del sol

estaba exhausta, Alberto pidió que me fuera a la casa y durmiera un poco y que luego volviera. Y que por favor comiera algo.

Lucía volvió a la casa todavía con su vestido de noche. En el espejo que había a la entrada miró sus ojos cansados y llenos de pestañina y gastada y dispersada. Se metió al baño y se dio una ducha larga y sin apuros; Pensó en Carolina, que era en realidad una buena chica y era imposible que Alberto viera algo en esa juventud floreciente. Intentó no pensar en Martín en todo el rato, evadir esos pensamientos cuando estaba sola era lo único que la mantenía sana mentalmente. Alberto la llamó y a ella le dio un vuelco el corazón. Él solo quería saber cómo le estaba yendo y quería decirle que no se preocupara, que el niño estaba estable por ahora. Lucía volvió a la silla y pasó el resto del día allí sentada, con Martín en los brazos, acariciando su pelo y mirando que el cable del oxígeno no se le enredara con nada.

Al tercer día pudieron subir a una habitación compartida con otra madre y una niña con ojos azules y cabello rubio. Martín se veía mejor. Alberto y Lucía iban y venían entre doctores y enfermeras para saber del progreso de la enfermedad, cada resultado de cada examen era lento y parecía que con una nueva noticia venían unos cuantos procedimientos más que atenuaban la tranquilidad de la pareja. La niña rubia tenía un brillo más pálido en sus mejillas y una mirada más honda en sus ojos azules. Su madre dormía cuando la niña dormía, se acostaba en un sofá diminuto y pasaba allí diez cortos minutos hasta que escuchaba un leve gemido o una tos proveniente de su hija. Una vez se fueron desearon suerte a la madre aunque las posibilidades eran pocas, ya los párpados de la niña estaban azules y no despertaba sino para llorar o comer.

Volvieron a casa luego de una semana. Lucía no se sentía bien. Lloraba todo el tiempo, no quería que Alberto le hablara ni la tocara. Solía acurrucarse en la cama con Martín a su lado y pasaba tardes enteras contemplándolo, sin importarle el desorden de la casa o el hecho de que él llegara todos los días borracho y con un hedor a sexo. Una mañana despertó y miró por la ventana del cuarto hacia las montañas. Martín dormía. Alberto ya estaría trabajando. Sintió una calma irresistible y dejó perder su mirada en el verdor del paisaje.

## VIII

La muñeca de trapo me mira. Tiene el pelo liso y negro. Es japonesa. Cada vez que poso mis ojos en esa repisa, ella está allí. Uno se acostumbra a las cosas que tiene alrededor y luego se vuelve ciego y no ve lo que está en frente. Cuando alguien mueve algo, una neurosis extraña toma mi mente y debo dejar el objeto nuevamente donde estaba. La muñeca, también tiene un vestido de flores anaranjadas y no lleva zapatos pero sí maquillaje en los labios y los ojos. Nunca me pude desapegar de la *realidad* de esa muñeca. Me trae recuerdos de un viaje a Japón que hizo mi abuelo, a todos los viajes que hizo, cuando conoció a Pelé o cuando me traía de España una colonia fuertísima pero que me gustaba mucho. Recuerdos de salchichas alemanas en un frasco con vinagre. Trae recuerdos de una infancia sin sombras, llena de luz, de certidumbre. ¿Cómo olvidar un pasado así?

No puedo verla más. La levanto de su lugar natural, el polvo que emana de su vestido me hace estornudar. La pongo debajo de mi cama y apago la luz. No soporto retornar a la infancia. No soporto regresar a donde no había dolor ni pena. No soporto regresar a donde aún había vida.

## **La puerta del mundo**

Los nueve meses pasaron lentos antes de la última visita al hospital. Lucía estaba de mal humor todo el tiempo, se quejaba por la falta de dinero y el problema de alcohol que me había inventado y cualquier plato sucio o mugre que dejara en la cocina. Las contracciones ya iban a siete minutos de separación, eran las siete de la mañana y no teníamos nada listo, no teníamos donde dejar a Martín ni a quien llamar para que nos ayudara, todos vivían lejos. Nuestra vecina, una anciana simpática con mejillas arreboladas y el pelo morado, se hizo cargo de él mientras Lucía llamaba a su madre para que se ocupara de ciertos asuntos. Pero ella sino dentro de unas horas porque vivía en otro pueblo, cerca de la ciudad. Desde la noche anterior, a medianoche, Lucía había dicho que ese día nacería nuestra hija, sentía el vientre duro y la cabeza del feto estaba perfectamente orientada hacia abajo, hacia la puerta del mundo. Ninguno de los dos durmió, yo me tuve que excusar en el trabajo, mi jefe ya sabía de nuestra situación. Al momento de irnos al hospital ella tenía pequeñas gotas de sudor en toda la frente, pero se veía tranquila y su pelo estaba más hermoso que nunca. Una vez llegamos se descontroló y pataleó y no paró de llorar sino tres días después, ya en casa y con una niña en sus brazos.

La espera para mí, sin embargo, fue eterna. Al mediodía la sala de urgencia estaba atestada de gente, unos se retiraban llorando por sus muertos y otros permanecían allí como yo, con noticias muy vagas del estado de mi mujer, noticias sobre centímetros de dilatación y epidurales para ser puestas en el momento indicado. Había un hombre que se mantenía sentado por horas sin moverse, con las piernas temblándole y una mirada fija hacia las puertas de donde salían las enfermeras con aquellas noticias efímeras. Con besos y abrazos pasaron a visitar familiares de Lucía, su madre, una prima ruidosa y sonriente y su hermana Mariana. Las tres me llevaron a almorzar una comida desagradable que me indispuso por el resto del día. Ellas se fueron a las ocho, y parecía que ya hubiera pasado un día entero desde que habíamos ingresado allí. Pude dormir un rato en medio del caos, de las toses y el lejano zumbido de las ambulancias aparcando frente a una puerta grande que daba a la calle.

Soñé que iba caminando de noche por una arboleda llena de limoneros y mangos y naranjos. Cada árbol me daba una sensación de serenidad. De inmediato sentí que corría vertiginosamente por un sendero, me daba miedo no poder parar por la increíble velocidad que había alcanzado. La única manera que concebí para detenerme fue agarrarme de un naranjo que veía a unos cuantos metros. Cuando lo hice mis pies siguieron andando en el mismo lugar, mientras yo abrazaba a



aquel tronco con un olor cítrico intenso. Una mano suave y perfumada movía mi hombro, la enfermera tenía que decirme algo. Abrí los ojos y me los restregué, debía tenerlos todos rojos. Necesitaba un trago, tenía la boca seca. Dijo que existían algunas complicaciones para controlar a mi esposa, Lucía estaba un tanto histérica y se rehusaba a tomar un calmante, lo que no ayudaba en nada con la dilatación. Me pidió la autorización para forzarle una pastilla y tranquilizarla.

Fui al baño a echarme un poco de agua en la cara. Me senté en el inodoro, hace días que estaba constipado, mi estomago estaba templado. Podía pasar horas allí tratando de relajarme sin ningún resultado, y por el contrario me ponía a pensar en ella y los niños y en el empleo miserable que tenía y entonces se hacía más difícil. Me lavé las manos y vi a mi lado un hombre mayor con un sombrero de ala ancha y una gabardina. Miraba hacia abajo mientras se deshacía la espuma del jabón. Tal vez estaba llorando, no podía saberlo. Se dio cuenta de que yo lo observaba y miró hacia otro lado, tratando de esconder su vergüenza.

–Mi esposa... –dijo, entre sollozos–. Ya no...

Se largó a llorar entonces, ahora con fuerza, sin pudor alguno.

–¿Ya no qué? –pregunté.

–No responde –Se sonó la nariz con un pañuelo de algodón–. Ya le sacaron el bebé.

Hasta entonces me daba cuenta de que era el mismo hombre de la sala de urgencias, el único que había permanecido ahí desde que yo estaba, antes no llevaba sombrero.

–Lo siento... –dije, y traté de acercarme un poco.

–¿Se tomaría un trago conmigo? –dijo, y sacó una bolsa de papel marrón de la gabardina.

–¡Por favor! –Le dije, casi en un grito–. No puedo más de los nervios.

Salimos y el recinto estaba ahora casi vacío. Los dos nos acomodamos en el rincón más alejado de las puertas y el murmullo de los doctores, él cruzó una pierna sobre otra y se quitó el sombrero. Tenía un corte de militar, los lados de la cabeza casi completamente rapados y arriba un rectángulo de pelo más largo asemejando un cepillo. Abrió la botellita de licor transparente y me ofreció primero.

–Primero los que sufren –indiqué.

Él sonrió tanto como su condición se lo permitía.

–¿Cómo se llama su esposa? –preguntó.

–Lucía... Es muy bonita... Y amable, usted le agradecería –Ahora sí recibí la botella–. ¿Y la suya?

–Silvia –Se quedó pensando unos segundos–. Creo que así le voy a poner... A la bebé.

–Yo también voy a tener una... Se va a llamar Rita, como mi abuela –Tomé un trago corto–. Ella escogió el de nuestro primer hijo.

Una hora después, Lucía había entrado en trabajo de parto, no faltaría mucho más para que me llamaran a conocer a una niñita morada y peluda, preciosa y con los ojos hinchados y una boquita rosada. Al hombre no le habían dado noticias de nada, al parecer su mujer seguía perdiendo sangre e iba a ser necesaria una transfusión. Ya habíamos, por otro lado, agotado el licor, y los nervios se volvían a concentrar en nuestros órganos internos. Le dije que iba a traer café para los dos. Fui a la cafetería vacía y pedí dos tintos que sabían a tierra. Pero cuando volví él ya no estaba, lo debían haber llamado para firmar algún documento o en todo caso para ver a su primera hija. Sorbí el café hasta terminarlo y ya eran las once, el hombre no había vuelto, aunque la bolsa de papel se mantenía intacta donde él se sentaba. Salió entonces la misma enfermera perfumada y me preguntó si no había visto a un hombre con sombrero y gabardina. No supe qué decir. Al final le comenté que yo estaba con él hacía un rato, pero que luego había desaparecido, tal vez estaría en el baño o afuera fumando un cigarrillo. Ella dijo que era urgente y que volvería después.

Cuando entré, Lucía estaba completamente bañada en sudor, el pelo hecho un desastre y una sonrisa de lado a lado. Me acordé que no me quiso contar que estaba embarazada sino dos meses después de haberse enterado. Un día su madre llamó y sin querer me deseó buena suerte y bendiciones, pero yo no tenía idea de qué hablaba. Colgué el teléfono, ella no estaba en casa. Pensé largo rato en la penumbra del atardecer lo que le diría, en que tendríamos que hacer *esto* otra vez, comprar leche en polvo y sacar gases y tal vez lidiar con una enfermedad pulmonar, como la de su hermano. Lucía llegó por la noche llorando y ni siquiera me dio tiempo de decir las líneas que tan concienzudamente había preparado en mi mente. Se sentía terrible por no haberme contado, varias veces su madre –Clara– le había reprochado su silencio frente al tema. La abracé fuerte y enseguida me puse a reírme con ganas. Los dos nos miramos fijamente y yo le acaricié la mejilla con la mano, aun sonriendo.

Alcé a Rita y la llevé a la única ventana de la habitación que tenía vista de toda la ciudad. Observé, como había predicho, su carita toda morada, el pelo rojizo por completo pegado a su cabeza que ahora estaba protegida por un gorrito con huellas de perro rosadas.

–Este fue como *veinte* veces peor que Martín.

–¿No te dieron los calmantes?

–Sí, pero no sirvieron de nada.

–Martín salió en solo tres horas, ¿no? –Sonreí viendo a Rita.

–Sí... –Ella nos miraba alegre–. Ya estoy vieja, mis caderas no respondieron bien.

–¿Vieja? –Le dije–. Mírame a mí... Parezco su abuelo.

Me senté en un sofá amplio que había al lado de la cama, con la niña en brazos. No hablamos durante mucho tiempo y los dos conseguimos dormir luego de haber contemplado la vida nueva por lapso prolongado. Luego llegó otra enfermera que se ofrecía a darle un baño a la niña. Pero Lucía desconfiaba muchísimo y no dejó que lo hiciera, además nos había despertado. La enfermera se retiró ofendida. Dejé que Lucía le diera de comer y fui por una botella de agua, decía sentir tanta sed que su boca parecía llena de arena. Pasé por la sala de espera y allí estaba de nuevo el hombre sentado en la misma silla, con las piernas aún temblándole.

–Ya nació –dije.

–Felicitaciones –me pasó la mano, tenía la cara llena de lágrimas.

–Lo buscaban antes...

–Sí, no era capaz de entrar... –La voz le trepidaba–. Quería escapar... Pero no pude hacerlo...

No puedo hacer nada... ¿Cómo se supone que voy a criar a una niña yo solo?

No sabía cómo preguntarle sobre su esposa. Al final solo dije:

–Y... ¿Ella?

–Está agonizando... –Se paró de la silla–. Esperan que yo decida qué hacer.

–¿No sirvió la transfusión?

–Nada funcionó... –Bajó la mirada y mostró una sonrisa sin esperanza–. Y la niña es *tan* linda, igual de blanca a ella.

–Haga lo que tenga que hacer –Le dije, dándole unas palmadas en la espalda.

–¿No tiene algo de tomar?

–Lo siento... Nos vemos luego.

Volví al cuarto y Lucía lloraba mientras Rita succionaba uno de sus pezones. Estaba toda sonrojada. Me acerqué y acaricié su cabello, pegado, sudoroso. Ya faltaba poco para salir, para ir a la casa y dormir juntos. No me acordé de Martín sino hasta ese momento cuando regresé con el agua para ella. ¿Qué estaría haciendo? La niña soltó el pezón para tomar aire y la leche no dejó de salir, se escurría lentamente, gota a gota, por la bata que le habían puesto. Por un momento me pareció un espectáculo grotesco, volteé la mirada y observé la ciudad de nuevo. Suspiré sin querer. Lucía lloraba de nostalgia, de tristeza y de felicidad, las hormonas no eran controlables en ese momento.

Horas después yo la llevaba por un pasillo largo en una silla de ruedas, ella cargaba a su niña con un cuidado propio de alguien que lleva huevos en una bolsa plástica. En la primera habitación, justo antes de la salida, estaba parado el hombre con una maraña de cobijas en los brazos. A lo lejos me reconoció. Pasé y le hice una pequeña reverencia con la cabeza. El hombre sonreía. No sabía la decisión que había tomado, si su esposa estaría muerta o no, pero en todo caso llevaba esa sonrisa que me dio tranquilidad. Salimos del hospital con la luz de un día que apenas aclaraba. Debían ser las cinco o las seis, el rocío estaba sobre la hierba fresca. Llegamos a la casa y Martín nos esperaba con la madre de Lucía. Ella se retiró y nos quedamos los tres solos mirando a la criatura. Yo la tomé y la acosté en la cuna y luego fui a la cama con Lucía y nos dormimos profundamente, hasta la sensación de angustia por Rita nos despertó. Pero fuimos a verla y ella tenía los ojos cerrados y debía tener frío. Debía extrañar el agua.

## IX

Era cualquier día en la lluvia. Iba a bajar en el ascensor y ella se subió. No la miré. No me atrevía. De inmediato mis ojos fueron al techo, a cuatro lucecitas que alumbraban ese espacio diminuto. Ella me miraba, no sé cómo, pero me miraba. No sabía por supuesto del amor que yo llevaba dentro. Ya la había oído hablar hace unos cuantos minutos en clase, en inglés, de algún autor inasible. Tal vez era Dos Passos. Llegamos hasta abajo y los dos dudamos en salir. Ella tomó la decisión primero. Y ya. No le hablé. No le sonreí. No le dije que me encantaba que se dejara el pelo suelto. Salió y se fue. Cuando me atrapa una depresión, lo único que puedo hacer es caminar. Fui hacia el sur, pero no me sentía bien. Ya tenía que irme a casa, a contemplar el cielo tal vez, a mirar las luces de las casas de los pobres en el monte. Cogí un bus plateado. Pero *aquel* que controla las vidas no estaba satisfecho con mi amargura. Se quería reír en mi cara hasta que yo empezara a llorar. Así, una calle después ella se subió también. Sí, se subió al mismo puto bus. Pasó tranquila y me miró. Otra vez, como un idiota, tenía la mirada en el cielo, por la ventana. Se sentó en la última silla. Me debía cambiar de puesto, debía tirarle una sonrisa, un saludo con la mano. Pero nada de eso pasó. Y se bajó allí donde muchas veces yo también lo hice, al frente de un edificio blanco llamado El Virrey. En otra realidad me hubiera bajado ahí también y le hubiera preguntado para dónde iba. Sencillo. Pero no. Me quedé con un vacío en el estómago, sentado en una silla incómoda. Nunca existió la acción. Todo quedó en mi cabeza, y cuando se lo conté a un amigo parecía el suceso menos importante de toda la historia porque, ¿qué tiene de raro encontrarse a una persona dos veces en un día? Así es como yo existo. Y si me dicen que soy tímido, es porque pretendo ser una isla. Es porque trato de afirmar mi invisibilidad constantemente.

## **Pingüinos**

*Sentía la soledad de muerte que llega al cabo de cada día de la vida que uno ha desperdiciado.*

Ernest Hemingway, *El verano peligroso*

Alberto apagó la ducha de agua helada que caía sobre sus hombros cada mañana, todavía era de noche, sus hijos estarían dormidos. Abrió la puerta del baño y el olor a café le llegó intenso desde la cocina, su esposa se había levantado también, con el rumor del agua cayendo en las baldosas. Se quedó sentado en la cama, con la toalla en la cintura, tratando de no pensar en ese día horrible que comenzaba, otra jornada en la que tendría que ir a trabajar a la fábrica. En ese tiempo Alberto era uno de los miembros del departamento de control de calidad para una fábrica de dentífricos y enjuagues bucales. Su labor consistía en revisar cada envase de líquido amarillo, verde y en algunos casos rojo; debía ver que las tapas estuvieran bien enroscadas y que los rótulos no estuvieran puestos al revés. A veces la máquina superponía dos etiquetas y tenía que desechar una sin llegar a dañar la otra. Debía llegar todos los días a las seis. Lucía se despertaba cada madrugada a poner agua para el café, aunque Alberto en repetidas ocasiones le había implorado que durmiese más y no se preocupara tanto, los niños no se despertaban sino hasta dentro de dos horas. Era viernes y él tendría que trabajar también el sábado y el domingo. Se vistió todavía con un velo de sueño delante de los ojos, no prendió la luz para ponerse las medias ni para abotonarse la camisa, le gustaba que la penumbra se fuera convirtiendo en amanecer y luego en mañana. Fue a la cocina y encontró a su esposa con los ojos cerrados, quieta, frente a la estufa y el humo del tinto recién hecho. Se acercó por detrás y le susurró en el oído que volviera a la cama. Lucía asintió y arrastró los pies hasta el cuarto.

Él caminó las treinta calles que había de la casa hasta la fábrica, sintió el aire fresquísimo y el sonido de los primeros autobuses casi vacíos, habitados únicamente por las gentes más humildes. Llegó a las seis menos diez. Prendió un cigarrillo y se sentó en una banca que había frente a la puerta de entrada. Apenas le había dado dos chupadas al pitillo cuando llegó su compañero, Omar, un individuo enjuto, con unas gafas grandes y el pelo muy rizado que más largo hubiera formado un afro. Era moreno y tenía ascendencia mexicana, llevaba siempre un naipe para cualquier descanso que hubiera, porque según lo que contaba, hace veinte años había ganado un campeonato nacional de póker. Era un tanto mitómano, pero esta era una de las pocas mentiras

en las que insistía. Se sentó al lado de Alberto, le pidió un cigarrillo y le dio una larga y honda aspirada, luego botó el humo por la nariz, que se confundía con el vaho que se hacía visible en las horas antes del sol.

–Ayer conocí a una chica –dijo Omar.

–¿En dónde?

–En un bar –Miró a su interlocutor–. Tiene veintidós.

–¿Te la tiraste? –dijo Alberto y le dio una calada a lo que ya era una colilla.

–No... Me gusta.

–¿Y a ella también le gustaste? –dijo.

–Tiene el pelo rojo, como tu esposa.

–Me imagino que va por tu dinero –Alberto soltó una risa sin vigor.

–Es lo más probable.

–¿Y qué hacías tú en un bar donde hay niñas de veintidós años, ah?

–Explorando –Omar esbozó una sonrisa y puso el cigarrillo entre sus labios.

–Una vez hice eso... Conocí a una mujer con unos senos enormes, estaba borracho– Indicó Alberto–. No me la tiré la primera vez, pero si la segunda y la tercera, pero era tan estúpida que no pude... No pude seguir haciéndolo.

–Ana estudia literatura.

–¿Ah, es que tiene nombre y todo?

Empezaban a llegar los rostros adustos de otros operarios que habían venido desde lejos, todos con sus chaquetas amplias con piel de oveja y con las manos gruesas.

–De verdad le gusta leer –dijo Omar, botando el filtro encendido a la acera.

“¿Y qué vio en este imbécil que tiene un trabajo más precario que el mío?”, pensó Alberto.

–Quedamos de comer algo algún día... Me dio su teléfono –Siguió Omar.

–¿Qué le gusta leer?

En otro tiempo Alberto tenía una avidez por la lectura de novelas y cuentos que nadie pudo nunca entender. Tenía dieciocho años y no sabía qué hacer con su vida. Cada semana sacaba un libro nuevo de la biblioteca y lo leía despacio y captando cada detalle, sin ninguna capacidad de abstracción o actitud crítica.

–Poesía... También escribe.

“Muchachos de veinte años escribiendo poemas en una universidad, ¡Qué desgracia!”, reflexionaba Alberto mientras Omar le contaba de las andanzas de Ana, lo poco que había alcanzado a conocer de ella. “Probablemente anda con sacos de lana y nada de maquillaje y cree ser aventurera y aspira a ser admirada algún día y que quiere publicar sus porquerías a toda costa para que otras niñas ahora más inteligentes e inútiles la lean. Sacos de lana, cómo se atreven”.

En ese momento dieron las seis y una pequeña campana que sonaba desde el centro de la fábrica pero que resonaba hasta afuera anunció que era la hora de entrada, rompiendo el silencio matutino. Los dos se pararon y caminaron hasta la pequeña puerta por donde todos se colaban.

–Espero que esta sea –dijo Alberto, y palmeó la espalda de su compañero.

–Gracias –gritó Omar adelantándose para luego desaparecer.

El día en la fábrica fue tranquilo, nada inusual ocurrió, excepto que la compañera de Alberto marcó mal una botella de enjuague, puso el rótulo de sabor a canela en uno que era de menta, y el supervisor se dio cuenta de inmediato y le hizo llevar el envase con ella y además pagarlo con el mísero salario que les tocaba. Alberto salió en su hora de almuerzo pero no comió nada, se sentó en la misma silla para admirar el cielo de mediodía, ya empezaba a hacer calor. La campana de las seis de la tarde sonó y Alberto caminó de nuevo hasta su casa, concentrando sus pensamientos en la placidez que le esperaba, una cama cómoda y alta, su esposa calurosa y sus hijos ya no tan inocentes.

Era medianoche y Alberto no podía dormir. Se sentía acalorado, todas las cobijas estaban del lado de su esposa, en el techo todavía se mantenían múltiples cadáveres de zancudos otrora destripados por un periódico o un zapato. No tenía camiseta puesta, solo unos pantaloncillos pegados al cuerpo. Cerró los ojos tratando de soñar y le apareció la figura de su padre llevándolo al zoológico para ver los pingüinos. Recordó que vestía un disfraz de vaquero aunque no era octubre. Estaban los dos solos y su padre le hablaba de la naturaleza de aquellos animales al parecer tan nobles. Atrás de ellos apareció un hombrecillo con un raudal de globos de todos los tamaños y diferentes colores. Alberto escogió uno rojo que traía el número tres, simulando una bola de billar. El pequeño hombre se la ató a la muñeca y se fue silbando, mientras su padre seguía contemplando una pareja de pingüinos que estaban parados uno frente al otro y ahora solo se miraba, sin emitir ningún sonido. Su esposa se movió dormida y quedó con la cara apuntando hacia Alberto. Él distinguió las pestañas largas y aquellos párpados que guardaban unos ojos



verdes hermosos. Observó el pelo rojizo y la piel blanca y sintió aún más calor, una asfixia insostenible. Se levantó en la oscuridad y fue a la sala, para mirar por la ventana que daba a la calle. Ya en unas horas se tendría que despertar.

Se quedó mirando la copa de un pino que se veía a unos cuantos metros de la casa, no podía quitar su mirada de aquellas ramas diminutas al final del árbol. En medio del ensueño en el que se había sumido vio a la mujer con los senos grandes, aquella de la que le había hablado a Omar. Se sonrió y no dejó que la imagen escapara. Ella se llamaba Olivia, y toda la noche pensó que tenía un nombre muy llamativo, siendo ella una mujer tan básica. Se acordó de que ella estudiaba arquitectura y por un momento pensó en llevarla a una cita de verdad, no como la había conocido, en aquella discoteca sucia con olor a marihuana. Eso fue no mucho antes de conocer a Lucía. Alberto se levantó y buscó una botella de whisky que había guardado debajo del lavaplatos, intentando no hacer ruido y sin prender la luz. Tomó un trago largo desde la botella, allí parado, con el pecho desnudo. “Será mejor que me vaya a dormir”, pensaba Alberto, pasando saliva para hacer menos intenso el sabor a alcohol en su boca, tapó la botella y la volvió a poner donde estaba. Caminó sin sentido unos minutos por toda la casa y volvió a la cama. Ya estaba fría. Prendió un cigarrillo, intentando despertar a su esposa. Se movió y tosió y por fin se atrevió a zarandearla un poco y llamarla con ternura, en un susurro.

–¿Lucía?

–Hm...

–¿Quieres un cigarrillo?

–Hm... No... ¿Qué hora es?

–Las tres y media.

–¿Qué haces despierto? –dijo ella, todavía sin moverse.

–Quería contarte algo...

–Ya casi te tienes que bañar.

–Sí... Es mejor que me duerma... –dijo Alberto, botando el humo por la boca–. No sé por qué te levanté.

–¿Quieres hablar?

–Duérmete... No importa.

Lucía acomodó la almohada para poderse recostar en la pared, se restregó los ojos pero no los abrió. Alberto prendió la lámpara de noche, ahora tenía frío en los hombros, pero en su mente le seguía hirviendo la piel.

–Dame uno –susurró ella.

Le pasó la cajetilla y luego ella lo prendió.

–Tengo calor.

–¿En qué pensabas?

–En mi padre –dijo él–. Deberías dormir, amanecerás cansada.

–No... Cuéntame.

–Una vez me llevó a ver los pingüinos al zoológico –hizo una pequeña pausa–. ¿Yo cuándo he llevado a los niños al zoológico?

–Después los llevaremos –Lucía tanteaba por un cenicero en su mesa de noche, sin abrir completamente los ojos–. Hueles a whisky.

–Me tomé un trago.

Se hizo un silencio que duró unos cuantos segundos.

–Cuando me despertaste estaba soñando... Martín iba caminando delante de mí –Bostezó sin querer–. Yo miraba hacia atrás por un segundo y veía un hombre altísimo, y luego oía un lloriqueo... Volteaba y Martín se había caído y tenía sangre en los codos y las rodillas. Me daba angustia.

Los dos se quedaron pensando en esas palabras graves.

–Hoy hablé con Omar...

Unas cuantas veces lo habían invitado a cenar, Omar llevaba siempre una botella de vino blanco de mediana calidad y un blazer a cuadros verdes y marrones. Quería mucho a los dos niños, jugaba con ellos y se reían todos juntos. Asomaba al irse una sonrisa melancólica, tal vez deseando quedarse.

–¿Qué te dijo?

–Tiene una nueva mujer.

–¿Otra de veinte?

–Sí... Pero esta es inteligente.

Lucía soltó una pequeña risa y movió la cabeza de lado a lado, negando.

–Mi amor –dijo ella–. Deberías dormir –Le acarició la parte de atrás de la cabeza.

–Es verdad.

Apagó la lámpara y abrazó a su mujer y trató de dormir en ese ambiente ahora enviciado por el humo del cigarrillo. No juntó los párpados inmediatamente, miró al vacío, olió el pelo de su mujer.

–Cariño... ¿Habrá tiempo de llevar los niños a ver los animales?

–Sí, amor, habrá tiempo...

Alberto cerró los ojos y vio pinos de treinta metros de altura alzándose hacia el sol.